Ismael

Daniel Quinn

Gracias Milu, por las traducciones,
y por todo lo demás…

Capítulo
UNO

1

La primera vez que leí el anuncio, casi me atraganté, dije un taco, escupí y lancé el periódico al suelo. Como aquello no me pareció suficiente, lo cogí rápidamente, me fui derecho a la cocina y lo tiré al cubo de la basura. Mientras estaba allí, me preparé un pequeño desayuno y me di un poco de tiempo para calmarme. Mientras comía, pensé en cosas completamente distintas. Mucho mejor. Luego recogí el periódico de la basura y volví a la sección "personales" para ver si aquella chorrada seguía aún allí, tal y como la recordaba. Decía lo siguiente:

MAESTRO busca alumno.
Ha de tener verdadero deseo de salvar el mundo.
Presentarse personalmente.

¡Un verdadero deseo de salvar el mundo!. Ya, qué bonito. Realmente interesante. Un verdadero deseo de salvar el mundo. Sí, realmente espléndido. A mediodía, doscientos capullos, tontos, bobos, simplones, cabezas de chorlito, ceporros, débiles mentales y besugos harían cola con toda seguridad a la puerta de la dirección indicada, dispuestos a entregar todos sus bienes terrenales a cambio del raro privilegio de sentarse a los pies de un gurú, cuyo mensaje sería que todo iría mucho mejor si cada cual se volviera hacia su prójimo y le diese un abrazo.

Y alguien se preguntará: ¿por qué está tan indignado este hombre? ¿Tan enfadado? Buena pregunta. En realidad, es una pregunta que yo me estaba haciendo también.

La respuesta se remonta a hace un par de décadas, una época en la que tuve la tonta idea de que lo que más necesitaba en este mundo era... encontrar un maestro. Cierto. Yo imaginaba que quería, que necesitaba un maestro. Para que me dijera cómo se podía... salvar el mundo.
Una estupidez, ¿no? Una chiquillada. Una ingenuidad. Una simpleza. Una falta de madurez. O, si se quiere, una sandez por los cuatro costados. En una persona tan manifiestamente normal en otros aspectos, parece necesaria una explicación.

Así se desarrollaron las cosas.

Durante la revuelta de los sesenta y los setenta, yo era ya suficientemente maduro para comprender qué era lo que tenían en la cabeza aquellos chavales —poner el mundo patas arriba— y suficientemente joven para creer que podrían conseguirlo. De verdad. Todas las mañanas, al abrir los ojos, esperaba ver que había comenzado la nueva era, que el cielo era más azul y la hierba más verde. Esperaba oír risas por doquier y ver a la gente bailando en la calle, y no sólo los niños: ¡todo el mundo! No voy a disculparme por mi candidez; no hay más que oír las canciones de entonces para saber que yo no estaba solo.

Luego, un buen día, cuando debía de tener unos quince años, me desperté y me di cuenta de que la nueva era no iba a empezar nunca. La revuelta no había sido sofocada, se había ido sutilizando hasta convertirse en una consigna a la moda. ¿Es posible que yo fuera el único en el mundo que se había sentido frustrado por eso? ¿El único desconcertado? Eso parecía. Todo el mundo parecía de acuerdo en despachar el asunto con una sonrisita cínica, como diciendo: "Bueno, ¿y qué te esperabas? Es lo que hay, y nunca ha habido más que eso. Nadie va a salvar el mundo, pues a nadie le importa un comino el mundo. No es más que una panda de niños mentecatos con mucho

blablablá. Consiguen un puesto de trabajo, hacen un poco de dinero, trabajan hasta los sesenta y se mudan a Florida para morirse allí".

Yo no podía encogerme de hombros simplemente y, en mi inocencia, pensé que tenía que haber por ahí *alguien* con una sabiduría especial capaz de disipar mi desencanto y desazón: un maestro.

Pero estaba claro que no lo había.

Yo no quería un gurú ni un maestro de kung-fu ni un director espiritual. Yo no quería convertirme en un brujo, aprender el zen del tiro con arco, hacer meditación trascendental, alinear mis chakras ni descubrir encarnaciones anteriores. Este tipo de artes y disciplinas son básicamente egoístas: todas están destinadas a beneficiar al alumno, no al mundo. Yo buscaba algo comple-tamente distinto, pero no era en las páginas amarillas, ni en ningún otro sitio, donde podría descubrirlo.

En el *Viaje a Oriente,* de Hermann Hesse, nunca descubrí en qué consistía la terrible sabiduría de Leo. Y ello porque Hesse no podía decirnos algo que él mismo desconocía.

Hesse era como yo: deseaba que hubiera en el mundo alguien como Leo, alguien con un conocimiento secreto y una sabiduría más allá de la suya propia. Pero está claro que no existe ningún conocimiento secreto; nadie sabe nada que no se pueda encontrar en los estantes de una biblioteca pública. Pero yo no sabía eso entonces.

Así pues, busqué. Aunque ahora pueda parecer una bobada, busqué. En comparación, andar tras el Grial habría tenido más sentido. Pero no voy a hablar de eso, es demasiado embarazoso. Busqué hasta que maduré un poco. Dejé de hacer el ridículo; pero algo murió dentro de mí, algo que de algún modo siempre me había gustado o que yo había admirado. Y su lugar lo ocupó una cicatriz, una marca particularmente sensible.

Y, ahora que han pasado tantos años desde que abandoné la búsqueda, aparece un charlatán buscando en el periódico a ese tipo de joven soñador que yo había sido quince años antes.

Pero esto no explica todavía mi agravio, ¿verdad?

Hagamos la siguiente suposición: durante una década has estado enamorado de alguien, de alguien que apenas sabes si aún vive. Has hecho todo, lo has intentado todo para que este alguien vea que eres una persona valiosa, estimable, y que tu amor vale la pena. Luego, un buen día, abres el periódico por la sección "personales", y ves que la persona amada ha puesto un anuncio...

Ah, ya sé que no es exactamente lo mismo. ¿Por qué esperaba que este maestro desconocido contactara conmigo en vez de poner un anuncio buscando un alumno? Y, a la inversa, si este maestro era un charlatán, como suponía, ¿por qué iba yo a *querer* que contactara conmigo?

No le des más vueltas. Lo mires por donde lo mires, no hay por dónde cogerlo. Cosas que ocurren.

2

Por supuesto, tenía que ir allí, tenía que quedarme a gusto y comprobar que se trataba de una impostura más. Ustedes me comprenden. Me bastarían treinta segundos, una sola mirada, diez palabras salidas de su boca. Me daría cuenta enseguida. Luego me iría tranquilamente a casa y me olvidaría del asunto.

Al llegar, me sorprendió descubrir que se trataba de un edificio de oficinas de lo más corriente, ocupado por empresas publicitarias, abogados, dentistas y agencias de viaje de segunda categoría, más un quiropráctico y un detective privado, o dos, tal vez. Yo me había esperado un edificio algo más atractivo: gres marrón, paneles prefabricados, techos altos y contraventanas, tal vez. Busqué la oficina 105, y la encontré en la parte posterior, donde las ventanas debían de dar al callejón. La puerta no ofrecía ninguna información. La abrí y entré a una sala grande, vacía. Este espacio nada corriente era el

resultado de derribar varios tabiques, de los que quedaba algún rastro en el suelo de madera.

Mi primera impresión fue la de vacío. La segunda fue de índole olfativa: el lugar olía a circo. No, mejor dicho, a parque zoológico: un olor inconfundible, pero no desagradable. Miré a mi alrededor. La sala no estaba completamente vacía. Junto a la pared de la izquierda había una pequeña estantería con treinta o cuarenta volúmenes, en su mayor parte de historia, prehistoria y antropología. En medio había un solitario sillón tapizado, que miraba a la pared de la derecha, como si los de la mudanza lo hubieran dejado allí olvidado. No me cupo la menor duda de que estaría reservado al maestro; los discípulos se arrodillarían o sentarían en semicírculo en el suelo.

¿Y dónde estaban los alumnos que, según había vaticinado yo, acudirían a porrillo? ¿Habían llegado antes que yo y se los habían llevado como a los niños de Hamelin? La capa de polvo que cubría el suelo desmentía semejante hipótesis.

Aquella sala tenía algo de extraño, pero hasta que no eché otro vistazo no descubrí lo que era. En la pared de enfrente había dos ventanas altas con postigos que dejaban entrar una débil claridad del callejón. En la pared de la izquierda, común a la oficina de al lado, no había nada. En la de la derecha, había una ventana con cristales, pero no era una ventana que daba al mundo exterior, pues no recibía ningún tipo de luz; era una ventana que daba a la habitación contigua, con menos luz todavía que la sala donde yo me encontraba. Me pregunte qué objeto de veneración se guardaría allí detrás, a salvo de cualquier mano curiosa. ¿Sería algún yeti o abominable hombre de la nieve embalsamado, recubierto de piel de gato y *papier maché?* ¿Sería el cuerpo de un *ovninauta* abatido por un guardia nacional antes de que hubiera podido entregar algún sublime mensaje astral ("Somos hermanos. Seamos buenos")?

Al estar secundado por la oscuridad, el cristal de esta ventana se veía negro: opaco, reflectante. Conforme fui avanzando, no hice el menor intento

por ver lo que se hallaba al otro lado; yo era el objeto de observación. Al llegar, vi primero mis propios ojos y luego miré al otro lado del cristal, topándome con otro par de ojos.

Sobresaltado, retrocedí. Luego, tras constatar lo que veían mis ojos, retrocedí de nuevo, esta vez un poco asustado.

Lo que se hallaba al otro lado del cristal era un gorila de cuerpo entero.

De cuerpo entero es decir poco, por supuesto. Era amedrentadoramente enorme, un auténtico peñón, un megalito de Stonehenge. Su enorme masa era alarmante de por sí, aun cuando no la estuviera utilizando de manera amenazadora. Al contrario, estaba medio sentado, plácidamente reclinado, mordisqueando suavemente una ramita que tenía en la mano izquierda, a modo de varita mágica.

Yo no supe qué decir. Comprenderán ustedes mejor mi gran desazón si les digo que me pareció como si tuviera obligación de hablar: disculparme, explicar mi presencia, justificar mi intrusión, pedir perdón a aquel animal. Creí que era una afrenta mirarle a los ojos; pero me sentía paralizado, inerme. No podía mirar nada que no fuera su cara, más fea que cualquier otra del reino animal a causa de su semejanza con la nuestra aunque, en cierto modo, más noble que cualquier ideal de perfección griego.

A decir verdad, entre nosotros no se interponía ningún obstáculo. El cristal se habría roto como una capa fina al menor contacto. Estaba sentado, mirándome a los ojos, mordisqueando la punta de una rama, esperando. No, no estaba esperando; estaba simplemente *allí,* estaba allí antes de mi llegada y seguiría allí después de mi partida. Sentía que para él no tenía mayor importancia que la que tiene una nube pasajera para un pastor reclinado en la ladera de una colina.

Conforme fue disminuyendo mi temor, fui recuperando la conciencia de mi situación. Me dije para mis adentros que, simplemente, el maestro no se había presentado y que, como no había nada que me retuviera allí, debía

irme a casa. Pero yo no quería irme, como suele decirse, con las manos vacías. Miré a mi alrededor y pensé que debía dejar una nota, si es que encontraba algo donde y con que escribir; pero no había nada. Sin embargo, mi búsqueda no resultó vana: hizo que mi atención se posara en algo en que no había reparado antes y que estaba al otro lado del cristal. Era una especie de letrero o póster que pendía de la pared por detrás del gorila. Rezaba así:

DESAPARECIDO EL HOMBRE,
¿HAY ESPERANZA PARA EL GORILA?

Aquella pancarta me detuvo, o, más bien, el texto de la misma. Mi profesión son las palabras. Me centré en ellas y les pedí que se explicaran, que dejaran de ser ambiguas. ¿Querían decir que la esperanza de los gorilas se cifraba en la extinción de la raza humana, o más bien en la supervivencia de ésta? Se podían interpretar de las dos maneras.

Por supuesto, se trataba de un oxímoron, de algo que se antoja inexplicable. Me repateaba por esta razón, pero también por esta otra: porque parecía como si el magnífico animal que se hallaba al otro lado del espejo estuviera cautivo simplemente para servir de ilustración viviente a dicho oxímoron.

La verdad es que deberías hacer algo al respecto, me dije para mis adentros, enfadado. Luego añadí: *Lo mejor sería sentarse y guardar silencio.*

Oí el eco de aquella extraña admonición cual fragmento de una música que no se logra identificar del todo. Miré a la silla y me pregunté: *¿Sería* mejor sentarse y guardar silencio? Y, en tal caso, ¿porqué? La respuesta llegó rápidamente sola: *porque, si guardas silencio, podrás oír mejor*. Sí, pensé. Aquello era innegablemente cierto.

Sin ningún motivo consciente, levanté los ojos hacia los de mi compañero animal de la estancia contigua. Como todo el mundo sabe, los ojos *hablan*. Dos extraños se pueden revelar sin ningún esfuerzo su interés y

atracción mutuos con una sola mirada. *Sus* ojos hablaban, y yo comprendí. Mis piernas se volvieron de mantequilla, y apenas si pude alcanzar la silla sin caerme.

— Pero ¿cómo? —me dije, sin atreverme a decirlo en voz alta.

—¿Qué importa? —contestó él de manera igualmente silenciosa—. Es así, y no hay por qué decir más.

—Pero tú... —chapurreé—. Tú eres...

Descubrí que no podía articular la palabra que quería pronunciar. Un instante después, él asintió, como reconociendo mi dificultad.

— Yo soy el maestro.

Durante unos instantes nos miramos mutuamente a los ojos, y mi cabeza se sintió más vacía que un pajar abandonado. Luego preguntó:

— Necesitas un poco de tiempo para recobrar la calma, ¿no?

— ¡Sí! —exclamé, hablando en voz alta por primera vez.

Él volvió su maciza cabeza a un lado para mirarme con curiosidad.

— ¿Te podría servir de alguna ayuda escuchar mi historia?

— Por supuesto que sí —contesté—. Pero, primero, si no te importa, dime por favor cómo te llamas.

Se me quedó mirando un rato sin contestar y, por lo que pude apreciar, sin expresión alguna esta vez. Luego prosiguió como si no le hubiera hecho ninguna pregunta.

— Nací en algún lugar de la jungla de África Ecuatorial. Nunca me he esforzado lo más mínimo por descubrir dónde exactamente, ni veo razón alguna por la que debiera esforzarme ahora. ¿Has oído hablar, por casualidad, de los métodos que empleaban los que cazaban animales para venderlos a los zoos y los circos?

Levanté la vista, sorprendido.

— Pues no, yo no he oído nada al respecto.

— Hubo un tiempo, al menos durante los años treinta, en que el método más utilizado con los gorilas era éste: al encontrar una manada, abatían a las hembras y se llevaban a todos los pequeños que veían.

— Qué horror —exclamé sin pensar.

El animal respondió encogiéndose de hombros.

— Yo no me acuerdo realmente de aquello, pese a que guardo recuerdos de cosas que ocurrieron incluso antes. En fin, el caso es que los Johnson me vendieron al zoo de una pequeña ciudad del noreste, no sabría decir cuál, pues yo no tenía conciencia de tales cosas por aquel entonces. Allí crecí y viví durante bastantes años.

Hizo una pausa y estuvo un rato mordisqueando la ramita con aire ausente, como si estuviera haciendo memoria.

3

En dichos lugares —prosiguió, por fin—, donde los animales están simplemente encerrados, casi siempre son más reflexivos que sus primos de la selva. Ello es porque ni siquiera los más cortos de luces pueden dejar de percibir que hay algo en ese modo de vida que no funciona. Cuando digo que son más reflexivos no pretendo decir que posean capacidad de raciocinio. Pero el tigre que ves yendo y viniendo como un loco por su jaula está dándole vueltas a algo que los humanos reconoceríamos, sin lugar a dudas, como "un pensamiento". Y este pensamiento es una pregunta: *¿por qué?* "¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué?", se pregunta el tigre hora tras hora, día tras día, año tras año, mientras recorre su camino interminable tras los barrotes de la jaula. No puede analizar la pregunta ni hacer silogismos al respecto. Si pudiéramos preguntar al animal: "¿por qué *qué?*", éste sería incapaz de contestamos. Sin embargo, es una pregunta abrasadora, que le quema la mente como un fuego inextinguible, infligiéndole un dolor lancinante que no disminuye hasta que el animal se sume en un letargo

definitivo, que los guardas del zoo reconocen como un rechazo irreversible a la vida. Por supuesto, este cuestionarse cosas es algo que no hace ningún tigre en su habitad normal.

Al poco tiempo, también yo empecé a preguntarme por *qué*. Al estar neurológicamente bastante adelantado respecto del tigre, pude examinar lo que entendía por aquella pregunta, al menos de manera rudimentaria. Yo recordaba un tipo de vida diferente, muy interesante y agradable para quienes la vivían. En cambio, la vida que llevaba entonces era insoportablemente aburrida y nunca agradable. Así, al preguntarme *porqué*, estaba tratando de dilucidar por qué la vida tenía que dividirse de esta manera, una mitad interesante y agradable y otra mitad aburrida y desagradable. Yo no me imaginaba a mí mismo como un cautivo, ni se me pasaba por la cabeza que alguien estuviera impidiéndome llevar una vida interesante y agradable. Cuando vi que no iba a haber ninguna respuesta a mi pregunta, empecé a considerar las diferencias entre los dos estilos de vida. La diferencia fundamental era que, en África, yo era miembro de una familia, de una especie de familia que no se ha dado en tu cultura en los últimos mil años. Si los gorilas fueran capaces de expresarse conforme a esto, te dirían que, para ellos, la familia se parece a una mano de la que ellos son los dedos. Son plenamente conscientes de ser una familia, pero son muy poco conscientes de ser individuos. En el zoo, había otros gorilas, pero no había familia alguna. Cinco dedos separados no forman una mano.

También reflexioné sobre la cuestión de nuestra alimentación. Los niños humanos sueñan con un país en el que las montañas sean de gelatina, los árboles de mazapán y las piedras de caramelo. Para un gorila, África es precisamente ese país. Adonde quiera que vayamos, hay algo maravilloso que comer. Nunca pensamos: "Ay, cómo me gustaría encontrar algo que comer". La comida está por todas partes, y la cogemos casi sin prestar atención, como cuando cogemos aire para respirar. En realidad, no pensamos en la comida como una actividad aparte. Es más bien como una música deliciosa que suena

acompañando a todas las actividades a lo largo del día. A decir verdad, la alimentación se convirtió en alimentación sólo en el zoo, donde dos veces al día nos echaban en la jaula un montón de pasto insípido.

Fue haciéndome este tipo de pequeñas preguntas como empezó a surgir mi vida interior. Prácticamente sin darme cuenta.

Aunque, naturalmente, yo no sabía nada de ese problema, la Gran Depresión estaba cobrándose su tributo en todos los aspectos de la vida americana. Todos los zoos del país se vieron obligados a ahorrar dinero y a reducir el número de animales a mantener; es decir, a reducir gastos de cualquier tipo. Un gran número de animales fueron abatidos sin más, creo saber, pues en el sector privado no había salida para los animales que o bien no eran fáciles de mantener o bien no eran ni muy vistosos ni muy espectaculares. Las excepciones eran, por supuesto, los grandes felinos y los primates.

En fin, para abreviar, diré que me vendieron al propietario de un pequeño circo ambulante que tenía un carromato vacío. Yo era un adolescente grande c impresionante que representaba sin duda una importante inversión a largo plazo.

Se podría imaginar que la vida en una jaula se parece a la vida en cualquier jaula, pero eso no es cierto. Consideremos, por ejemplo, la cuestión del contacto con los humanos. En el zoo, todos los gorilas éramos conscientes de nuestros visitantes humanos. Nos resultaban algo curioso, merecedores de verse, de la misma manera que las aves o ardillas que rodean una casa podrían parecer dignas de ser observadas por una familia humana. Esta claro que estos extraños animales nos estaban mirando a nosotros, pero nunca se nos pasó por la cabeza que hubieran acudido expresamente por ese motivo. En el circo ambulante, no obstante, acabé percatándome realmente de este fenómeno.

A decir verdad, mi educación en este sentido comenzó en el momento en el que fui expuesto por primera vez. Algunos visitantes se acercaron a mi

carromato y, al poco tiempo, empezaron a *hablarme*. Yo no salía de mi asombro. En el zoo, los visitantes hablaban *unos con otros,* nunca con nosotros. "Es probable que esta gente esté confundida", me dije para mis adentros. "Que me haya confundido con uno de los suyos". Mi asombro y perplejidad fueron en aumento, sin embargo, al comprobar que cada grupo que visitaba mi carromato se comportaba de la misma manera. Simplemente no sabía qué pensar.

Aquella noche, casi sin darme cuenta, hice mi primer intento por reunir mis pensamientos a fin de resolver un problema. ¿Era posible —me pregunté— que aquel cambio de situación *me* hubiera cambiado de alguna manera? Yo no me sentía cambiado lo más mínimo, y ciertamente nada de mi aspecto parecía haber cambiado tampoco. Tal vez, pensé, la gente que me había visitado aquel día pertenecía a una especie distinta de la que acudía al zoo. Aquel razonamiento no me impresionó. Los dos grupos eran idénticos en todos los sentidos, menos en una cosa: que los de un grupo hablaban unos con otros y los del otro hablaban conmigo. El sonido de la charla era el mismo. Tenía que tratarse, entonces, de algo distinto.

A la noche siguiente abordé el problema de nuevo, razonando de la siguiente manera: si no ha cambiado nada en mí ni tampoco en ellos, entonces ha debido cambiar *alguna otra cosa.* Yo soy el mismo y ellos son los mismos, luego hay alguna otra cosa que *no* es igual. Planteando el problema de esta manera, sólo podía ver una respuesta: en el zoo había muchos gorilas, mientras que aquí sólo había uno. Barruntaba la fuerza de aquel razonamiento, pero sin poder averiguar por qué los visitantes se portaban de una manera en presencia de muchos gorilas y de otra distinta en presencia de uno solo.

Al día siguiente intenté prestar mayor atención a lo que decían mis visitantes. Pronto reparé en que, si bien cada conversación era diferente, había un sonido que se repetía una y otra vez, y me pareció que lo hacían

para llamar mi atención. Por supuesto, yo no podía adivinar su significado. Yo no poseía nada que me sirviera de piedra Roseta.

El carromato que había a mi derecha estaba ocupado por una chimpancé con una criatura, y yo ya había observado que los visitantes le hablaban de la misma manera que a mí. Noté también que los visitantes utilizaban siempre un sonido distinto para llamar su atención. Cuando estaban delante de su carromato, los visitantes gritaban: "¡Zsa-Zsa! ¡Zsa-Zsa! ¡Zsa-Zsa!", mientras que delante del mío exclamaban: "¡Goliat! ¡Goliat! ¡Goliat!".

Mediante pequeñas observaciones como aquélla, pronto comprendí que dichos sonidos estaban, de alguna manera misteriosa, directamente asociados a nosotros dos *como individuos*. Tú, que tienes un nombre desde la cuna y probablemente piensas que incluso un perrito mascota es consciente de tener un nombre, lo cual no es cierto, no puedes imaginar la revolución perceptiva que produjo en mí la adquisición de un nombre. No sería exagerado afirmar que yo nací verdaderamente en aquel momento, que nací como persona.

De la conciencia de que yo tenía un nombre a la conciencia de que *todo* tenía un nombre, el paso no era muy grande. Se podría pensar que un animal enjaulado tiene pocas posibilidades de aprender la lengua de sus visitantes, pero no es así. Los circos ambulantes atraen a las familias, y pronto descubrí que los padres no dejan de aleccionar a sus hijos en las artes del lenguaje: "Mira, Johnny, ¡eso es un pato! ¿Sabes decir pato? ¡Paaa-too! ¿Y sabes cómo hace el pato? El pato hace *¡cua-cua!"*.

Un par de años después, era capaz de seguir la mayor parte de las conversaciones que se mantenían a mi alrededor, pero descubrí que aquella comprensión por mi parte iba acompañada de una gran dosis de perplejidad. Yo sabía ya que era un gorila y que Zsa-Zsa era una chimpancé. También sabía que todos los habitantes de los carromatos eran *animales*. Pero no acertaba a averiguar del todo cuál era el rasgo distintivo de un animal; nuestros visitantes humanos distinguían claramente entre ellos mismos y los animales, pero yo no columbraba por qué. Si bien comprendía lo que nos

hacía animales, o creía comprenderlo, no comprendía qué era lo que hacía que ellos *no* fueran animales.

La naturaleza de nuestra cautividad ya no era ningún misterio, pues la había oído explicar a cientos de niños. Todos los animales del circo ambulante habíamos vivido al principio en un lugar llamado "selva", que se extendía por todo el mundo, independientemente de lo que fuera el "mundo". Nos habían cogido en la selva y nos habían llevado a un mismo lugar, ya que, por alguna extraña razón, la gente nos encontraba interesantes. Nos mantenían en jaulas porque éramos "salvajes" y "peligrosos", términos éstos que me desconcertaban un tanto, pues, evidentemente, se referían a unas cualidades que yo simbolizaba. Quiero decir que, cuando los padres querían enseñar a sus hijos un animal particularmente salvaje y peligroso, me señalaban a mí. Es cierto que también señalaban a los grandes felinos, pero, como yo no había visto a un gran felino fuera de una jaula, aquello no me sacaba de dudas.

En su conjunto, la vida en el circo ambulante representaba una mejora respecto a la vida en el zoo, pues no era tan opresivamente aburrida. No se me ocurrió sentir rencor hacia mis guardianes. Aunque ellos tenían un margen de movimiento mucho mayor que yo, parecían tan atados al circo como el resto de nosotros, y a mí no se me ocurría en absoluto que pudieran llevar un tipo de vida completamente distinto fuera del recinto. La idea de que yo había sido despojado injustamente de algún derecho innato, como el derecho a vivir como mejor me pareciera, era algo tan ajeno a mí como la ley de Boyle.

Debieron de transcurrir unos tres o cuatro años. Luego, un día en que el lugar estaba desierto, recibí a un visitante muy especial: un hombre solitario que parecía anciano y decrépito pero que, según supe después, no tenía más que cuarenta y cinco años. Su manera de acercarse era distinta. Desde la entrada, miró metódicamente todos los carromatos, uno tras otro, y luego se dirigió directamente al mío. Se detuvo ante la cuerda colocada a

metro y medio de distancia, hincó el bastón en el barro justo delante de sus zapatos y se quedó mirándome fijamente a los ojos. A mí no me ha turbado nunca ninguna mirada humana, por lo que le devolví plácidamente la mirada. Me senté, y él estuvo varios minutos sin moverse. Recuerdo haber sentido una admiración inusual hacia aquel hombre, que tan estoicamente aguantaba la llovizna que le golpeaba pertinazmente la cara y le empapaba la ropa.

Al final, se irguió y me hizo un saludo con la cabeza, como si hubiera llegado a una conclusión bien meditada.

— Tú *no* eres Goliat —dictaminó.

Tras lo cual, se dio media vuelta y marchó por donde había venido, sin mirar a la derecha ni a la izquierda.

4

Yo me quedé atónito, como podrás imaginar, ¿Que yo *no* era Goliat? ¿Qué podía significar realmente aquello de que yo *no* era Goliat?

No se me ocurrió decir: "Bueno, si yo no soy Goliat, entonces ¿quién *soy?"*. Un humano se haría esta pregunta, consciente de que, sea cual sea su nombre, es desde luego *alguien*. Pero yo, no. Al contrario, me pareció que, si no era Goliat, entonces no era nadie en absoluto.

Aunque aquel desconocido nunca había puesto sus ojos en mí antes, no dudé un momento de que hablaba con una autoridad incuestionable. Miles de personas me habían llamado con el nombre de Goliat, incluidos quienes, como los empleados del circo ambulante, me conocían muy bien; pero estaba claro que aquello no era importante, que no servía de nada. El desconocido no había dicho: "Tú no te *llamas* Goliat", sino *"Tú* no eres Goliat". I labia una diferencia abismal. Sentí —aunque no podría haberlo expresado así en aquella época— como si él hubiera declarado nula mi conciencia de la identidad.

Caí en una especie de estado de semi-inconsciencia. Pasó cerca de mí un empleado con comida, pero no reparé en el. Se hizo de noche, pero no dormí. Dejó de llover y salió el sol sin que tampoco me diera cuenta. Y luego llegó el gentío habitual, que se puso a gritar: "¡Goliat! ¡Goliat! ¡Goliat!". Pero yo no presté la menor atención.

Pasé varios días de esta manera. Luego, una noche, después de cerrar el circo, bebí todo el contenido de mi tazón y me quedé dormido: le habían echado al agua un sedante muy poderoso. Al amanecer, me desperté en otra jaula. Al principio, al ser tan grande y tener una forma muy extraña, ni siquiera me pareció una jaula. Era circular, y tenía todos los lados al aire; según me enteré después, se trataba de una glorieta que habían reformado para que me sirviera de jaula. A excepción de la gran casona blanca que había al lado, la jaula estaba sola en medio de un atractivo parque, que imaginé debía extenderse hasta los confines de la Tierra.

No tardé mucho en encontrar una explicación a aquella extraña mudanza. La gente que visitaba el circo ambulante venía, al menos en parte, con la idea de ver a un gorila llamado Goliat. Yo no sabía de dónde sacaban dicha idea, pero ciertamente parecían tenerla. Y, cuando el propietario del circo se enteró de que en realidad yo *no* era Goliat, ya no pudo seguir exhibiéndome como tal, y no le quedó más remedio que despedirme. Yo no sabía si lamentarlo o no. Mi nuevo hogar era mucho más agradable que todos los que había tenido desde que saliera de África, aunque, sin el estímulo cotidiano de la muchedumbre, pronto se volvería angustiosamente más aburrido que el zoo, donde al menos contaba con la compañía de otros gorilas. Yo andaba ponderando aún aquellas cuestiones cuando, a media mañana, levanté los ojos y vi que no estaba solo. Había un hombre justo al otro lado de los barrotes, negra silueta recortada sobre la casa iluminada por el sol. Me acerqué con cautela y me quedé boquiabierto cuando le reconocí.

Cual repetición de nuestro anterior encuentro, estuvimos mirándonos mutuamente a los ojos durante varios minutos, yo sentado en el suelo de la jaula y él apoyado en su bastón. Constaté que, con otra ropa y al no estar lloviendo como la otra vez, no era el anciano por el que lo había tomado. Tenía el rostro alargado, moreno y chupado; los ojos quemados por una extraña intensidad, y en su boca se dibujaba una mueca de amarga alegría. A! fin, me saludó con una inclinación de cabeza, como la vez anterior.

— En efecto, estaba en lo cierto. Tú no eres Goliat. Eres Ismael.

Una vez más, como si una cuestión trascendental se hubiera resuelto finalmente, se dio media vuelta y se alejó.

Y, una vez más, yo me quedé boquiabierto, pero aquella vez con una sensación de profundo alivio, como rescatado del olvido. Mejor aún, el error que me había hecho vivir como un impostor involuntario durante tantos años se había subsanado al fin. Me sentía como una verdadera persona, y no otra vez sino por primera vez.

Me consumía la curiosidad acerca de mi salvador. No se me ocurrió asociarlo con mi alejamiento del circo ambulante y mi mudanza a aquel encantador *belvedere,* pues era aún incapaz de la más primitiva de las falacias: *post hoc, ergo propter hoc* 3. Él era para mí un ser sobrenatural. Para una mente predispuesta a la mitología, él fue el comienzo de mi experiencia de lo que se entiende por *divino*. Había hecho dos breves apariciones en mi vida, y las dos, tras una simple aserción, me habían transformado. Traté de buscar el significado oculto de aquellas apariciones, pero no encontraba más que preguntas. ¿I labia acudido al circo en busca de Goliat o en mi busca? ¿Y ello porque *esperaba* que yo fuera Goliat o porque sospechaba que yo *no* era Goliat? ¿Cómo es que me había encontrado tan rápidamente en mi nuevo emplazamiento? Yo no tenía ningún elemento para medir el alcance del conocimiento humano; si todo el mundo sabía que se me podía encontrar en el circo ambulante —eso, al menos, me había parecido a mí—, ¿sabría igualmente que también se me podía encontrar

aquí? Al margen de todas aquellas preguntas incontestables, estaba el hecho incontrovertible de que aquel desconocido me había buscado dos veces con el fin de abordarme de una manera sin precedentes: como a una persona. Yo estaba seguro de que, zanjada al fin la cuestión de mi identidad, él iba a desaparecer de mi vida para siempre. ¿Qué otra cosa le quedaba por hacer?

3. En latín significa "después del hecho, por lo tanto debido al hecho".

Probablemente pienses que todas estas consideraciones precipitadas no son más que paparruchas. Sin embargo, la verdad —como supe después— no era mucho menos fantástica.

Mi benefactor era un acaudalado comerciante judío de aquella ciudad, de nombre Walter Sokolow. El día que me descubrió en el circo ambulante, había estado paseando bajo la lluvia, presa de una especie de tristeza suicida que se había apoderado de él unos meses antes, tras enterarse de que toda su familia había desaparecido en el holocausto nazi. Sus vagabundeos lo condujeron hasta una feria instalada en las afueras de la ciudad. A causa de la lluvia, la mayor parte de las casetas y demás atracciones estaban cerradas, lo que daba al lugar un aire de abandono, perfectamente a tono con la melancolía que embargaba a su persona. Al final vino a parar a la zona de las fieras, cuyos elementos de interés estaban anunciados en una serie de pinturas chillonas. En una de ellas, más chillona aún que las demás, aparecía el gorila Goliat blandiendo el cadáver destrozado de un nativo africano a modo de arma. Walter Sokolow, pensando tal vez que un gorila llamado Goliat podía ser un símbolo apropiado del gigante nazi que estaba entonces empeñado en acabar con la raza de David, decidió que podía ser interesante contemplar a semejante monstruo entre rejas.

Entró, se acercó a mi carromato y, tras mirarme a los ojos, se dio cuenta enseguida de que yo no tenía nada que ver con el monstruo sanguinario de la pintura, ni tampoco con el atormentador filisteo de su raza. Sintió que no le producía ninguna satisfacción el verme entre rejas. Antes al

contrario, en un gesto quijotesco de culpabilidad y desafío, decidió rescatarme de mi jaula y convertirme —horrible pensamiento— en una especie de sustituto de la familia a la que no había podido rescatar de la jaula de Europa. El propietario del circo ambulante aceptó llegar a un trato; incluso se alegró cuando el señor Sokolow le pidió contratar al domador que me había cuidado desde mi llegada. El propietario era un hombre realista: con la entrada inevitable de Estados Unidos en la guerra, los espectáculos itinerantes como el suyo o bien tendrían que retirarse a sus cuarteles de invierno o simplemente desaparecerían de la circulación.

El señor Sokolow dejó pasar un día entero para que me hiciera al nuevo ambiente, y acudió de nuevo para que empezáramos a conocemos. Quería que el domador lo tuviera al tanto de todo lo relacionado conmigo, desde el tipo de comida que me daban hasta la limpieza de la jaula. Le preguntó si creía que yo era peligroso. El domador le contestó que yo parecía un peso pesado, peligroso si acaso por mi tamaño y mi fuerza, pero no por mi temperamento.

Alrededor de una hora después, el señor Sokolow le dijo que podía marcharse, y nosotros nos miramos en silencio durante un largo tiempo, igual que las dos veces anteriores. Finalmente, a regañadientes, como si hubiera vencido alguna barrera interna formidable, empezó a hablarme, no de la manera guasona como me hablaba el público visitante, sino más bien como se habla al viento o a las olas que llegan a la playa, diciendo cosas que hay que decir pero que nadie debe oír. Mientras daba rienda suelta a sus cuitas y auto-recriminaciones, se fue olvidando de la necesidad de ser prudente. Una hora después aproximadamente, estaba apoyado en la jaula, con una mano alrededor de un barrote. Estaba mirando el suelo, sumido en sus pensamientos, oportunidad que yo aproveché para expresarle mi simpatía sacando a mi vez la mano y acariciando suavemente los nudillos de la suya. Él se sobresaltó, horrorizado, pero al mirarme de nuevo a los ojos se tranquilizó, convencido de que mi gesto no era tan amenazador como le había parecido

en un primer momento.

Alertado por esta experiencia, empezó a sospechar que yo poseía una verdadera inteligencia, y unas simples pruebas le bastaron para convencerse. Tras comprobar que yo comprendía sus palabras, llegó a la conclusión —como harían otros más tarde trabajando con más primates— de que yo era capaz de articular algunas palabras. Y fue así como decidió enseñarme a hablar. No me voy a detener en los dolorosos y humillantes meses que siguieron.

Ninguno de los dos comprendió que la dificultad era insuperable, debido a la falta básica de dotación fónica por mi parte. Al no comprender esto, seguimos trabajando convencidos de que, si perseverábamos, un don especial se manifestaría un día como por arte de magia. Pero llegó el día en que ya no podía proseguir y, angustiado por no poder *decírselo con palabras, se lo dije con el pensamiento,* con toda la fuerza mental que encontré en mí. Él se quedó atónito, igual que yo al ver que había oído mi grito mental.

No te cansaré contándote cada uno de los pasos de mi progreso, una vez que entre nosotros se estableció una plena comunicación, pues es algo que se puede imaginar fácilmente, me parece a mí. A lo largo de la siguiente década, me fue enseñando todo lo que sabía acerca del mundo, el universo y la historia humana, y cuando mis preguntas superaban su conocimiento, estudiábamos codo con codo. Y al final, cuando mis estudios me llevaron más allá de sus propios intereses, aceptó de buen grado ser mi ayudante en la investigación, buscándome libros e información que, por supuesto, no estaban al alcance de mi mano.

Como mi educación absorbió la mayor parte del interés de mi benefactor, el remordimiento dejó pronto de atormentarlo y, de esta manera, fue saliendo paulatinamente de su postración. A principios de los sesenta, yo era como un huésped que apenas necesita la atención de su anfitrión, por lo que el señor Sokolow empezó a ser redescubierto en los círculos sociales, con el predecible resultado de que no tardó en caer en los brazos de una joven mujer de unos cuarenta años, que no veía ninguna razón

por la que no pudiera convertirse en su esposa en toda regla. A decir verdad, él no era en absoluto contrario al matrimonio, pero cometió un terrible error de cálculo: decidió que debía ocultarle a su mujer nuestra relación especial. No era una decisión extraña para aquellos tiempos, y, por mi parte, yo no estaba suficientemente experimentado para reconocerla como el error que era.

Volví a la glorieta tan pronto como terminó su reforma, realizada en función de los nuevos hábitos civilizados que yo había adquirido. Pero, desde el principio, la señora Sokolow me vio como una mascota peligrosa y empezó a hacer campaña para que me trasladaran a otra parte o se deshicieran de mí lo más rápidamente posible. Por fortuna, mi benefactor, que estaba acostumbrado a hacer lo que creía más conveniente, dejó bien claro que, por mucho que le suplicaran o lo presionaran, no conseguirían cambiar sus planes para conmigo.

Unos meses después de la boda, se pasó para decirme que su mujer, al igual que Sara, la anciana esposa de Abraham, iba pronto a regalarle un hijo.

"Yo no pensé en esto al ponerte el nombre de Ismael", me dijo. "Pero no te preocupes, que no permitiré que te expulse de mi casa como Sara expulsó a tu tocayo de la casa de Abraham". Sin embargo, me dijo con tono divertido que, si era chico, se llamaría Isaac. Pero resultó ser niña, y se llamó Raquel.

5

En aquel momento, Ismael hizo una pausa muy larga, con los ojos cerrados, tan larga que empecé a preguntarme si no se habría quedado dormido. Pero, al cabo de un rato, prosiguió:

—No sé si fue una decisión prudente o alocada, el caso es que mi benefactor me hizo saber que yo sería el mentor de la niña, y, fuera una decisión prudente o alocada, a mí me encantó tener aquella oportunidad de

mostrarle mi agradecimiento. En brazos de su padre, Raquel pasaba casi tanto tiempo conmigo como con su madre, lo que, por supuesto, no contribuyó a mejorar mis relaciones con esa persona. Como yo podía comunicarme con la niña en un lenguaje más directo que el discurso hablado, podía consolarla y divertirla cuando otros no lo conseguían, y así, poco a poco, se fue creando entre nosotros un vínculo comparable al que existe entre dos gemelos, sólo que yo era a la vez su hermano, mascota, tutor y cuidador.

»La señora Sokolow estaba deseando que llegara el día en que Raquel fuera a la escuela, pues entonces sus nuevos intereses la convertirían en una extraña para mí. Al ver que no se producía dicho resultado, renovó sus maquinaciones para que me mandaran lejos de allí, argumentando que mi presencia no haría sino entorpecer el desarrollo social de la pequeña. Pero éste no se vio entorpecido ni siquiera por el hecho de haber sido capaz de saltarse tres cursos de primaria y otro curso de secundaria para acabar licenciándose en biología antes de cumplir veinte años. Al final, después de tantos años fracasando en un asunto que tocaba tan de cerca al gobierno de su casa, la señora Sokolow no necesitó ya ninguna razón particular para desear que me fuera.

»A la muerte de mi benefactor, ocurrida en 1985, Raquel se convirtió en mi protectora. Yo no iba ya a seguir viviendo en la glorieta. Con los fondos destinados a este fin según el testamento de su padre, Raquel me trasladó a un lugar que había sido preparado para mí de antemano.

De nuevo, Ismael guardó silencio durante varios minutos. Luego prosiguió.

—En los años siguientes, las cosas no salieron tal y como se había planeado, o esperado. Yo descubrí que no estaba contento con mi vida retirada. Tras haber pasado toda la vida, por así decir, retirado, ahora quería avanzar otro poco hasta llegar al centro mismo de vuestra cultura, y casi agoté la paciencia de mi protectora buscando todo tipo de iniciativas a este

fin. Por su parte, la señora Sokolow, que no estaba dispuesta a dejar las cosas tal y como estaban, convenció a un juez para que se redujeran a la mitad los fondos destinados a mi mantenimiento.

»Hasta 1989 no se aclaró, finalmente, mi situación. Aquel año comprendí que mi verdadera vocación era la de enseñar, e ideé un sistema para poder subsistir en circunstancias tolerables en esta ciudad.

Asintió con la cabeza, dándome a entender que aquello era el final de su historia, o que era todo lo que quería contar.

6

Hay veces en las que tener demasiado que decir puede resultar tan enojoso como tener demasiado poco que decir. No se me ocurría ninguna contestación adecuada a aquel cuento. Finalmente, hice una pregunta que no me pareció ni más ni menos fútil que las otras docenas que acudían a mi mente.

—¿Y has tenido muchos discípulos?

—Cuatro, y he fracasado con los cuatro.

—Ah. Y ¿por qué has fracasado?

Cerró los ojos para reflexionar unos instantes.

—He fracasado por infravalorar la dificultad de lo que intentaba enseñar, y por no comprender la mente de mis alumnos suficientemente bien.

—Ya veo —asentí—. ¿Y qué es lo que *enseñas?*

Ismael cogió una nueva ramita de un montón que había a su derecha, la examinó brevemente y luego empezó a mordisquearla, mirándome lánguidamente a los ojos. Al final, me preguntó:

—Basándote en mi historia, ¿en qué tema crees tú que podría yo estar más cualificado?

Parpadeé y le dije que no lo sabía.

—Claro que lo sabes. Mi tema es: la *cautividad*.

—¿La cautividad?

—Correcto.

Un minuto después, sin levantarme del sillón, comenté:

—Intento averiguar qué tiene esto que ver con salvar el mundo.

Ismael reflexionó unos instantes.

—Entre los de tu cultura, ¿quiénes son los que quieren destruir el mundo?

—¿Quiénes son los que *quieren* destruir el mundo? Que yo sepa, nadie en concreto *quiere* destruir el mundo.

—Y, sin embargo, vosotros lo estáis destruyendo. Cada uno de vosotros está contribuyendo a diario a su destrucción.

—Si, eso es cierto.

—¿Y por qué no detenéis ese proceso?

Me encogí de hombros.

—Sinceramente, no sabemos cómo hacerlo.

—Son cautivos de un sistema de civilización que los obliga más o menos a seguir destruyendo el mundo para vivir.

—Sí, eso parece.

—Bien. Vosotros sois unos cautivos, y habéis hecho también cautivo al mundo. Ese es el *quid* de la cuestión, ¿no? Vuestra cautividad y la cautividad del mundo.

—Sí, así es. Yo no había enfocado nunca el problema de esa manera.

—Y tú mismo estás también cautivo a tu manera, ¿no es cierto?

—¿Sí? ¿Cómo?

Ismael sonrió, revelando dos enormes hileras de dientes color marfil. Hasta aquel momento, no se me había ocurrido que pudiera sonreír. Agregué:

—Bueno, tengo la *impresión* de ser un cautivo, pero no sé explicar por qué tengo esa impresión.

—Hace años — serías muy pequeño entonces, por eso no te acordarás—, muchos jóvenes de este país tuvieron esa misma impresión. Hicieron un

esfuerzo ingenuo y desorganizado por escapar de dicha cautividad, pero al final fracasaron.

—¿Por qué?

—Por ser incapaces de descubrir los barrotes de la jaula. Si no se puede descubrir lo que nos mantiene encerrados, la voluntad de salir pronto se convierte en algo confuso e ineficaz.

—Sí, ésa es la impresión que tengo yo también.

Ismael asintió con la cabeza.

—Pero, me permito preguntar de nuevo, ¿qué relación tiene eso con lo de salvar el mundo?

El mundo no puede sobrevivir mucho más tiempo si la humanidad está cautiva. ¿Necesita esto de explicación?

—No. Al menos para mí.

—Creo que entre vosotros hay muchos a quienes les gustaría liberar al mundo de la cautividad.

—Sí, estoy de acuerdo.

—¿Y qué les impide llevarlo a cabo?

—No lo sé.

—He aquí lo que se lo impide: que no consiguen descubrir los barrotes de la jaula.

—Sí —dije—. Entiendo. Y entonces... ¿qué hacemos ahora?

Ismael sonrió de nuevo.

—Como yo te he contado la historia de cómo he llegado hasta aquí, tal vez tú podrías hacer lo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tal vez *tú* me podrías contar una historia que explicara cómo es que has llegado hasta aquí.

—Ah —repuse—. Bueno, dame un momento.

—Puedes disponer de todos los momentos que quieras —contestó gravemente.

7

—Cuando estudiaba en la universidad —comencé finalmente—, hice en cierta ocasión un trabajo para la clase de filosofía. No recuerdo exactamente el tema; algo relacionado con la epistemología. Esto es lo que, a grandes rasgos, decía yo en dicho trabajo: ¿Sabéis una cosa? Al final, los nazis no perdieron la guerra. La ganaron y prosperaron.

Se apoderaron del mundo y borraron del mapa a cuanto judío, gitano, negro, indio o mulato encontraron. Luego, llevada a cabo esta operación, borraron también del mapa a los rusos, polacos, bohemios, moravos, búlgaros, serbios y croatas, básicamente a todos los eslavos. A continuación, la emprendieron con los polinesios, coreanos, chinos y japoneses, todos los pueblos de Asia. Les llevó mucho, mucho tiempo, pero una vez que hubieron terminado, todos los habitantes del mundo eran cien por cien arios, y todos eran muy, muy felices.

«Naturalmente, en los libros de texto utilizados en las escuelas ya no se mencionaba más raza que la aria, más lengua que el alemán, más religión que el hitlerismo ni más sistema político que el nacionalsocialismo. No habría tenido ningún sentido. Unas generaciones después, a nadie se le habría ocurrido escribir algo diferente en los libros de texto, aun cuando hubiera querido, pues nadie *conocía* otra cosa diferente.

»Pero, un buen día, dos estudiantes estaban charlando en la Universidad de New Heidelberg, en Tokio. Los dos eran apuestos, con una apostura aria, pero uno de ellos parecía algo caviloso e infeliz. Se llamaba Kurt. Su amigo le preguntó: "¿Qué te ocurre, Kurt? ¿Por qué andas siempre cabizbajo y meditabundo?". Kurt le contestó: "Te lo diré, Hans. *Hay* algo que me quita el sueño". Su amigo le preguntó qué. "Es esto", respondió Kurt.

"No puedo ahu-yentar la disparatada sensación de que nos han *mentido* en algo".

»Y con aquello concluía mi trabajo.

Ismael asintió con aire pensativo.

— ¿Y qué te dijo tu profesor al respecto?

— Quiso saber si yo tenía la misma disparatada sensación que Kurt. Al decirle que sí, me preguntó por aquello sobre lo que yo creía que nos estaban mintiendo. Yo le contesté: "¿Cómo puedo saberlo? No tengo más información de la que tenía Kurt". Por supuesto, no se creyó que estuviera hablando en serio. Supuso que se trataba de un mero ejercicio de epistemología.

— ¿Y aún te sigues preguntando si te han mentido?

— Sí, pero no tan desesperadamente como entonces.

— ¿No tan desesperadamente? ¿Por qué no?

— Porque he descubierto que la cosa no tiene ninguna importancia en la práctica. Nos estén mintiendo o no, tenemos que levantarnos todas las mañanas, ir a trabajar y pagar los recibos y todo eso.

— A no ser, por supuesto, que *lodos* empecéis a sospechar que os están mintiendo, y que *todos* descubráis cuál es la mentira.

— ¿Qué quieres decir?

— Si sólo tú descubrieras la mentira, entonces probablemente estarías en lo cierto: en la práctica la cosa no tendría ninguna importancia. Pero si *todos* descubrieseis la mentira, la cosa podría tener muchísima importancia en la práctica.

— Cierto.

— Entonces, es a eso a lo que debemos aspirar.

Empecé a preguntarle qué quería decir con eso, pero él me tendió su coriácea mano negra y me dijo:

— Mañana.

8

Aquella tarde me fui a dar un paseo. Pasear por pasear es algo que hago muy pocas veces. Dentro de mi piso me sentía inexplicablemente

nervioso. Necesitaba hablar con alguien, que me tranquilizaran. O tal vez confesar mi pecado: una vez más, estaba teniendo pensamientos impuros sobre salvar el mundo. O tal vez no se trataba de ninguna de esas cosas y sólo estaba soñando. Y, de hecho, considerando los acontecimientos de la jornada, era más que probable que estuviera soñando. A veces vuelo en mis sueños, y entonces me digo a mí mismo: "¡Por fin está sucediendo *en la realidad* y no en un sueño!".

En fin, que necesitaba hablar con alguien pero estaba solo. Es mi situación habitual, por elección propia, o al menos eso me digo a mí mismo. El simple compadreo me deja insatisfecho, y hay pocas personas dispuestas a cargar con el peso y el riesgo de la amistad, tal y como yo la entiendo.

La gente dice que estoy amargado y que soy un poco misántropo, y yo les contesto que probablemente sea cierto. Cualquier tipo de discusión sobre el tema que sea, siempre me ha parecido una pérdida de tiempo.

A la mañana siguiente, pensé al despertarme: "A pesar de todo, *podría* ser un sueño. Se puede dormir en un sueño, incluso tener sueños en un sueño". Mientras me entregaba a la rutina de preparar el desayuno, comer y lavarme, noté que el corazón me latía con fuerza. Me pareció que me decía: "¿Cómo quieres no estar aterrorizado?".

Y así fue pasando el tiempo. Cogí el coche para dirigirme al centro. El edificio seguía allí. El despacho al final del pasillo de la planta baja seguía allí, sin que le hubieran echado el cerrojo.

Al abrir la puerta, me recibió, de sopetón, el intenso y acre aroma de Ismael. Temblándome las piernas, me dirigí hacia la silla y me senté.

Ismael me miró con aire grave a través del espejo oscuro, como preguntándose si yo sería suficientemente fuerte para aguantar aquella conversación tan seria. Una vez tomada la decisión, se lanzó a hablar sin más preámbulos, y pude comprobar que aquella era su manera habitual de proceder.

Capítulo
DOS

1

—Es curioso —arrancó—, pero fue mi benefactor quien suscitó en mí el interés por el tema de la cautividad, no mi propia condición. Como seguramente ya mencioné en mi relato de ayer, lo tenían obsesionado los acontecimientos que se estaban produ-ciendo a la sazón en la Alemania nazi.

—Ya me lo imaginé.

—Por lo que me contaste ayer sobre Kurt y Hans, deduzco que eres un estudioso de la vida y época del pueblo alemán bajo Adolf Hitler.

—¿Estudioso? No, yo no diría tanto. He leído algunos libros bastante conocidos, las memorias de Speer, *Auge* y *caída del Tercer Reich* de Shirer, etcétera, y ciertos estudios sobre Hitler.

—En ese caso, estoy seguro de que comprenderás lo que tanto empeño puso el señor Sokolow en que yo comprendiera: que no sólo fueron los judíos los cautivos de Hitler. Toda la nación entera estuvo cautiva, incluidos sus más entusiastas seguidores. Unos detestaban lo que él hacía, otros simplemente

siguieron tirando lo mejor que pudieron, y a otros les fue francamente bien; pero todos ellos fueron cautivos.

—Creo que sé lo que quieres decir.

—¿Y qué era lo que los mantenía cautivos?

—Pues... el terror, supongo.

Ismael sacudió la cabeza.

—Sin duda has visto películas de las grandes concentraciones anteriores a la guerra, donde aparecen cientos de miles de personas aclamándolo con una sola voz. No era el terror lo que las empujaba a esos alardes de unidad y de fuerza.

—Ya. Digamos entonces que era el carisma de Hitler.

—Sin duda que lo tenía. Pero con carisma sólo atraes la atención de la gente. Una vez que te has ganado su atención, debes tener algo que contar. Y ¿qué era lo que Hitler tenía que contarle al pueblo alemán?

Reflexioné unos instantes.

—Aparte de la cuestión judía, no creo que pueda contestar a esa pregunta.

—Lo que tenía que contarle era una historia.

—¿Una historia?

—Una historia donde la raza aria en general y el pueblo de Alemania en particular aparecían desposeídos, maniatados, vejados, violentados y pisoteados por las razas mestizas, los comunistas y los judíos. Una historia donde, bajo la égida de Adolf Hitler, la raza aria rompería sus cadenas, consumaría su venganza sobre sus opresores, purificaría a la humanidad de sus bajezas y recuperaría su papel legítimo como señora de todas las razas.

—Ya.

Ahora puede parecemos increíble que la gente se dejara seducir por semejantes paparruchas; pero, después de casi dos décadas de humillación y sufrimiento tras la Primera Guerra Mundial, encerraban un atractivo irresistible para el pueblo de Alemania, y además estaban reforzadas no sólo

por los medios habituales de la propaganda, sino también por programas bien diseñados de educación de jóvenes y reeducación de mayores.

— Cierto.

— Como digo, en Alemania muchos calificaron esta historia de mitología rancia, pero acabaron siendo cautivos de ella simplemente porque la inmensa mayoría la creía maravillosa y estaba dispuesta a dar la vida por convertirla en realidad. Sabes lo que quiero decir, ¿no?

—Creo que sí. Aunque no fueras personalmente un cautivo de esa historia, acababas siendo cautivo porque la gente de tu alrededor te *convertía* en cautivo. Algo parecido al animal que se ve arrastrado en medio de una estampida.

—Exacto. Aunque en privado creyeras que todo era una locura, tenías que representar tu papel, tenías que ocupar tu lugar en la historia. La única manera de evitarlo era huir de Alemania.

—Ya.

—Sabes por qué te estoy contando esto, ¿no?

—Creo que sí, aunque no estoy del todo seguro.

—Te estoy contando esto porque los de tu cultura se encuentran en una situación muy parecida. Al igual que en la Alemania nazi, es cautiva de una historia.

Estuve unos momentos parpadeando.

—Yo no conozco ninguna historia de ese tipo —repuse al final.

—Quieres decir que nunca has oído hablar de ella?

—Exacto.

Ismael asintió con la cabeza.

—Eso es porque no existe ninguna *necesidad* de oírla. No existe ninguna necesidad de nombrarla ni de hablar de ella. Todos y cada uno de vosotros la conocéis de memoria desde que teníais seis o siete años. Blancos y negros, hombres y mujeres, ricos y pobres, cristianos y judíos, americanos y rusos, noruegos y chinos. Todos la conocéis. Y la oís incesantemente porque todos

los medios propagandísticos, todos los medios educativos, la difunden incesantemente. Y al oírla incesantemente, no le prestáis verdadera atención. No existe ninguna *necesidad* de prestarle atención. Está siempre ahí, runruneando como una música de fondo; por eso no hay ninguna necesidad de prestarle atención. Incluso te parecerá —al menos inicialmente— que resulta *difícil* prestarle atención. Es como el ronroneo de un motor distante que no cesa; al final, nadie parece oírlo.

—Eso es muy interesante —asentí—. Pero también me resulta un poco difícil de creer.

Ismael cerró suavemente los ojos y esbozó una sonrisa indulgente.

—No se trata de creer. Una vez que conoces esa historia, la oirás por doquier en tu cultura, y te asombrará que la gente de tu alrededor no la oiga sino que la asuma sin más.

2

—Ayer me dijiste que no tienes la *impresión* de ser un cautivo. Eso lo dices porque existe una enorme presión sobre ti para que juegues un papel en la historia que tu cultura está representando en el mundo, no importa el papel que sea. Esta presión se ejerce de muchas maneras, y a muchos niveles, pero la manera más habitual es la siguiente: quienes se niegan a jugar un papel dejan de ser alimentados.

—Sí, así es.

—Un alemán que no quisiera jugar un papel en la historia de Hitler tenía una opción: podía abandonar Alemania. Pero vosotros no tenéis esa opción. Adonde quiera que vayáis, descubrís que se está representando la misma historia, y, si no queréis jugar ningún papel en ella, dejáis de ser alimentados.

—Eso es cierto.

—La Madre Cultura nos enseña que es así como debe ser. Salvo unos cuantos miles de salvajes diseminados aquí y allá, todos los pueblos de la Tierra están ahora viviendo esta historia. El hombre nació para representar esta historia, y alejarse de ella es apartarse de la raza humana propiamente tal; es arriesgarse a caer en el olvido. Vuestro lugar está *aquí,* vuestro papel consiste en participar en esta historia, en arrimar el hombro y, como recompensa, ser alimentados. No existe "ninguna otra cosa". Salirse de esta historia es caer por los bordes del mundo. No existe otra manera de salir que no sea a través de la muerte.

—Sí, eso creo yo también.

Ismael marcó una pausa para pensar un poco.

—Lo dicho hasta aquí no es más que una introducción a nuestro trabajo. Yo quería que la oyeras porque quería que tuvieras al menos una vaga idea de dónde te estás introduciendo.

Una vez que aprendas a discernir la voz de la Madre Cultura, que, cual música de fondo, cuenta su historia una y otra vez a los de tu cultura, ya no dejarás nunca de oírla. Adonde quiera que vayas en lo que te quede de vida, sentirás la necesidad de decir a la gente que te rodea: "¿Cómo podéis escuchar esas paparruchas y no reconocerlas como tales?". Y entonces la gente te mirará extrañada y se preguntará de qué diablos estás hablando. En otras palabras, que si emprendes este viaje educativo conmigo, descubrirás que te has enajenado de la gente que te rodea: amigos, familia, socios, compañeros, etcétera.

—Eso lo puedo soportar — me limité a decir.

3

—Mi fantasía más querida, y a la vez más irrealizable, es viajar un día por vuestro mundo como vosotros viajáis, libremente y sin que nadie me moleste; salir a la calle y parar un taxi para que me lleve al aeropuerto,

donde cogería un vuelo a Nueva York, Londres o Florencia. Cuando me entrego a esa fantasía, me deleito haciendo los preparativos del viaje, imaginando lo que me tengo que llevar y lo que me puedo dejar en casa (comprenderás que, por supuesto, viajaría bajo un disfraz humano). Si me llevase demasiadas cosas, arrastrándolas de un lugar a otro, el viaje resultaría fatigoso; pero, si no me llevase las suficientes, tendría que interrumpir constan-temente el viaje para adquirir lo que me faltase, lo cual podría resultar más fatigoso todavía.

—Sí, eso creo —observé a modo de cortesía.

—Pues eso es precisamente lo que vamos a hacer hoy: preparar la maleta para nuestro viaje juntos. En esa maleta voy a meter algunas cosas que no quiero pararme a recoger después. Unas cosas que significarán poco o nada para ti en este momento. Te las enseñaré sólo de pasada y luego las lanzaré a la maleta. De esa manera las podrás reconocer cuando las saque más adelante.

—Muy bien.

—En primer lugar, un poco de vocabulario. Veamos algunos nombres para que, por ejemplo, no tengamos que seguir hablando de "los de tu cultura" y "los de las demás culturas". Ya he utilizado algunos nombres con otros alumnos, pero ahora voy a probar una nueva pareja de nombres contigo. Supongo que estás familiarizado con la expresión "o lo tomas o lo dejas". En tal orden de cosas, ¿tendrían las palabras *Tomadores* y *Dejadores* alguna connotación importante para ti?

—No veo exactamente lo que quieres decir.

—Quiero decir que, si por ejemplo llamo a un grupo los Tomadores y a otro los Dejadores, ¿tienes la impresión de que uno se compone de buenos y el otro de malos?

—No. Me suenan perfectamente neutrales.

—Bien. Entonces, a partir de ahora llamaré a los de tu cultura los Tomadores y a los de todas las demás culturas los Dejadores.

—Mmmm —musité—. Tengo una salvedad que hacer.

—Adelante.

—No veo cómo puedes meter a todo el resto del mundo en una misma categoría, como acabas de hacer.

—Es precisamente la manera como procedéis en vuestra cultura, salvo que vosotros utilizáis una pareja de términos muy marcados en vez de términos relativamente neutros. Vosotros os autodenomináis *civilizados* y al resto del mundo *primitivos*. Aceptáis estos términos a nivel universal.

Quiero decir que, vosotros, los habitantes de Londres, París, Bagdad, Seúl, Detroit, Buenos Aires o Toronto, sabéis que, independientemente de lo que pueda diferenciaros, os une el ser *civilizados* y distintos de los pueblos de la Edad de Piedra que se hallan diseminados por todo el mundo; y pensáis que, sean cuales sean sus diferencias, los pueblos de la Edad de Piedra se hallan igualmente agrupados bajo la categoría de *primitivos*.

—Sí, es cierto.

—¿Te resultaría más cómodo que utilizara los términos *civilizados* y *primitivos?*

—Sí, supongo que sí; pero sólo porque mi oído está acostumbrado a ellos. Pero por mí puedes usar los Tomadores y los Dejadores.

4

—En segundo lugar, el mapa. Yo tengo uno. No tienes necesidad de memorizar el itinerario. O sea, que no te preocupes si, al final de una jornada, te das cuenta de repente de que no recuerdas ni una palabra de lo que he dicho. No importa. Es el viaje mismo el que te va a cambiar. ¿Ves lo que quiero decir?

—No estoy seguro.

Ismael meditó unos momentos.

—Te daré una idea general de hacia dónde nos estamos dirigiendo, y seguro que lo entenderás.

—De acuerdo.

—La Madre Cultura, cuya voz resuena en tu oído desde el día de tu nacimiento, te ha suministrado una explicación de ***por qué las cosas están como están***. Tú la conoces bien: todos los de vuestra cultura la conocéis muy bien, Pero esta explicación no se te dio de golpe. Nadie te llamó para decirte: "Mira, es así como las cosas han acabado siendo como son, desde que iniciaran su andadura hace unos diez o quince mil millones de años". Antes bien, esta explicación se parece a un mosaico que has ido componiendo a partir de un millón de fragmentos de información recabados de otros que comparten esta misma explicación. Provienen de las conversaciones que mantenían tus familiares en casa, de los dibujos animados que veías en la tele, de las clases de catequesis, de lo que te enseñaban tus libros de texto y tus profesores, de los noticiarios, de las películas, novelas, sermones, obras de teatro, publicaciones varias y demás fuentes. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—Esta explicación de *por qué las cosas están como están* forma parte del aire que respiráis en vuestra cultura. Todo el mundo la conoce y todo el mundo la acepta sin rechistar.

—Sí.

—En el transcurso de nuestro viaje vamos a examinar las piezas clave de ese mosaico. Las vamos a sacar de tu mosaico y a encajar en un mosaico enteramente diferente, en una explicación completamente diferente de *por qué las cosas están como están.*

—De acuerdo.

—Y, cuando hayamos terminado, tendrás una visión com-pletamente nueva del mundo y de cuanto ha acontecido en él. Y ya no importará si

recuerdas o no cómo se formó esa visión. Este viaje te va a cambiar; por lo cual, no necesitas preocuparte de memo-rizar el camino recorrido hasta lograr ese cambio.

—Estupendo. Veo lo que quieres decir.

5

—En tercer lugar —prosiguió—, están las definiciones. Hay algunas palabras que encierran un significado especial para nosotros. Primera definición: la *historia*. Una historia es un escenario donde se interrelacionan el hombre, el mundo y los dioses.

—De acuerdo.

—Segunda definición: *representar*. Representar una historia es vivir de manera que esa historia se convierta en realidad. En otras palabras, representar una historia es esforzarse por hacerla realidad. Convendrás conmigo en que fue eso lo que trató de hacer el pueblo de Alemania en tiempos de Hitler. Convertir en realidad el Reinado de los Mil años. Convertir en realidad la historia que Hitler estaba contando.

—Así es.

—Tercera definición: la *cultura*. Una cultura es un pueblo que está representando una historia.

—¿Un pueblo que está representando una historia? ¿Y una historia es a su vez...?

—Un escenario donde se interrelacionan el hombre, el mundo y los dioses.

—Vale. Así que lo que pretendes decir es que los de mi cultura están representando su propia historia acerca del hombre, el mundo y los dioses.

—Así es.

—Pero sigo sin saber cuál es esa historia.

—Ya lo sabrás. No tengas prisa. Por el momento, lo único que tienes que saber es que durante la historia de la humanidad se han representado dos historias completamente distintas. Una empezó a representarse hará dos o tres millones de años por parte de los que hemos convenido en llamar los Dejadores, y sigue siendo representada por ellos con el mismo éxito de siempre. La otra empezó a representarse hará unos diez o doce mil años por parte de los que hemos convenido en llamar los Tomadores, y al parecer está a punto de terminar en una catástrofe.

—Ah —exclamé con un tinte de perplejidad.

6

—Si la Madre Cultura decidiera suministrar una explicación de la historia humana utilizando estos términos, sonaría más o menos así: "Los Dejadores constituyeron el primer capítulo de la historia humana, un largo y aburrido capítulo. Su capítulo de la historia humana terminó hace unos diez mil años con el nacimiento de la agricultura en Oriente Próximo. Este acontecimiento marcó el inicio del segundo capítulo, el capítulo de los Tomadores. Sin duda todavía viven en el mundo algunos Dejadores, pero son un anacronismo, como fósiles; gente que vive en el pasado, gente que no se da cuenta de que su capítulo en la historia humana ha concluido.

—Ya.

—Así es, a grandes rasgos, la historia humana, tal y como vuestra cultura la percibe.

—Yo diría que así es, en efecto.

—Como verás después, lo que yo digo es bastante distinto de esto.

Los Dejadores no son el primer capítulo de una historia en la que los Tomadores son el segundo capítulo.

—¿Puedes repetir esto?

—Lo diré de otra manera. Los Dejadores y los Tomadores están representando dos historias distintas, basadas en unas premisas completamente diferentes y contradictorias. Sobre esto nos detendremos después; así que en este momento no tienes por qué comprenderlo.

—De acuerdo.

7

Ismael se rascó la mandíbula con aire pensativo. Desde mi lado del cristal, yo no le oí rascarse; pero en mi imaginación sonó como una pala arrastrada sobre la grava.

—Creo que nuestra maleta está llena hasta arriba. Como te he dicho antes, no espero que recuerdes todo lo que hoy meteré en ella. Cuando te marches, es probable que todo te parezca un gran embrollo.

—Es probable —lo secundé con convicción.

—Pero no importa. Si mañana saco de nuestra maleta algo de lo que he metido hoy, lo reconocerás al instante; eso es lo que importa realmente.

—Vale. Me alegra oírte decir eso.

—Hoy tendremos una sesión breve. El viaje propiamente tal comienza mañana. Hasta entonces, puedes reflexionar sobre la historia que los de tu cultura han venido representando en el mundo durante los últimos diez mil años. ¿Recuerdas de qué se trata?

—No. ¿De qué se trata?

—Se trata del sentido del mundo, de las intenciones divinas en el mundo y del destino humano.

—Ya. Sobre todo eso te puedo contar varias *historias;* no creo que haya *una* sola.

—Se trata de la historia que todo el mundo de tu cultura conoce y acepta.

—Siento decir que no sé a cuál te refieres.

—Tal vez te ayude a comprenderlo si te digo que se trata de una historia *explicativa,* del tipo de "¿Cómo consiguió la trompa el elefante?", o "¿Cómo consiguió las manchas el leopardo?".

—Ya veo.

—Y ¿qué imaginas que explica esa historia vuestra?

—Pues... No tengo la menor idea.

—Debería haber quedado claro por lo que te he dicho antes. Explica *por qué las cosas están como están.* Desde los inicios hasta el tiempo presente.

—Ah —balbuceé mientras miraba por la ventana unos segundos—. No creo conocer dicha historia. Como he dicho, conozco varias *historias;* no sólo *una.*

Ismael se sumió en sus reflexiones durante un par de minutos.

—Uno de los alumnos que mencioné ayer, una alumna en concreto, se sintió obligada a explicarme qué estaba buscando y dijo:

"¿Por qué nadie parece inmutarse? En la lavandería oigo a mucha gente hablar del fin del mundo, y no se inmuta más que si estuviera comparando distintos detergentes. La gente habla de la destrucción de la capa de ozono y de la aniquilación de la vida. Habla de la deforestación de la selva tropical, de la mortífera contaminación que se va a quedar con nosotros durante miles y millones de años, de la desaparición de docenas de especies cada día que pasa, del fin de la especiación propiamente tal. Y parece quedarse tan pancha".

»Yo le contesté: "¿Es esto lo que quieres saber, entonces? ¿Por qué la gente no se inmuta ante la destrucción del mundo?". Ella se quedó pensando un rato y, al final, respondió:

"No; yo sé por qué no se inmutan. No se inmutan porque se creen lo que les cuentan".

»Yo repuse: "¿Sí?".

»¿Qué le han contado a la gente que le impide inmutarse, que la mantiene relativamente tranquila mientras contempla el terrible daño que están infligiendo a este planeta?

—No lo sé.

—Le han contado una historia explicativa. Le han dado una explicación de *por qué las cosas están como están,* la cual sirve para desactivar cualquier alarma. Esta explicación lo abarca todo: el deterioro de la capa de ozono, la contaminación de los océanos, la destrucción de la selva tropical, e incluso la extinción de la humanidad; y esa explicación parece dejarla satisfecha. O tal vez sería más exacto decir que la *pacifica.* La gente arrima el hombro durante el día, se entontece con drogas o con la televisión por la noche y trata de no pensar demasiado en serio en el mundo que va a legar a sus hijos.

—Cierto.

—A ti también te dieron la misma explicación de *por qué las cosas están como están,* pero al parecer no te satisface. Tú la has oído desde la infancia, pero nunca te la has tragado. Tienes la sensación de que algo importante se ha quedado fuera, de que se han comido algo. Tienes la sensación de que te han mentido sobre algo, y te gustaría saber qué es, y por eso estás aquí, en esta habitación.

—Déjame pensar un rato. No estarás afirmando que esa historia explicativa encierra las mentiras de las que yo hablaba en mi trabajo sobre Kurt y Hans...

—Sí, señor. Eso mismo.

—Me siento un poco aturdido. Yo no conozco semejante historia. Y desde luego no una historia *única.*

—Es una historia única, perfectamente delimitada. Basta con que pienses de manera mitológica.

—¿Qué?

—Me estoy refiriendo a la mitología de vuestra cultura, por supuesto. Creía que resultaba evidente.

—No para mí.

—Cualquier historia que explica el sentido del mundo, las intenciones de los dioses y el destino del hombre es de por sí una mitología.

—Puede que sea así, pero yo no soy consciente de nada remotamente parecido a tal cosa. Que yo sepa, en nuestra cultura no hay nada que pueda llamarse mitología, a no ser que estemos hablando de la mitología griega, de la mitología nórdica o cosas así.

—Estoy hablando de una mitología *viva*. No está registrada en ningún libro; está registrada en la mente de los de tu cultura, y está siendo representada por todo el mundo ahora mismo, mientras nosotros estamos sentados aquí, hablando de ella.

—Perdona, pero, que yo sepa, no hay nada que se parezca a eso en nuestra cultura.

Ismael frunció su negra frente mientras me lanzaba una mirada de divertida exasperación.

—Eso es porque concebís la mitología como un conjunto de cuentos fantásticos. Los griegos no concebían su mitología de esa manera. Seguro que ves lo que quiero decir. Si pudieras acercarte a un hombre de la Grecia homérica y preguntarle qué cuentos fantásticos le cuenta a sus hijos sobre los dioses y los héroes, no sabría de qué le estás hablando. El diría lo mismo que tú dijiste antes: "Que yo sepa, no hay nada parecido en nuestra cultura".

Un escandinavo del pasado diría exactamente lo mismo.

—Ya. Pero no acabo de verlo del todo.

—De acuerdo. Voy a simplificar un poco más. Esta historia, como cualquier historia, tiene un comienzo, un desarrollo y un final. Y cada una de estas partes es una historia en sí. Antes de reunimos mañana, trata de ver si puedes encontrar el principio de la historia.

—¿El comienzo de la historia?

—Sí. Piensa..., antropológicamente.

Me eché a reír.

—¿Qué significa eso?

Si fueras un antropólogo que busca la historia representada por los aborígenes alawa de Australia, esperarías oír una historia con un comienzo, un desarrollo y un final, ¿no?

—De acuerdo.

—¿Y cuál esperarías que fuera el comienzo de la historia?

—No tengo la menor idea.

—Por supuesto que sí la tienes. Te estás haciendo el tonto.

Permanecí callado un minuto, tratando de dilucidar cómo dejar de hacerme el tonto.

—Vale —contesté al fin—. Supongo que me esperaría que se tratara de su mito de la creación.

—Eso es.

—Pero no veo en qué podría ayudarme eso.

—Te lo diré sin más ambages. Tú estás buscando el mito de la creación de tu propia cultura.

Le lancé una mirada torva.

—Nosotros no *tenemos* ningún mito de la creación —sentencié—. Es una certeza.

Capítulo
TRES

1

—¿Qué es eso? —pregunté al llegar a la mañana siguiente. Me refería a un objeto que había en el brazo de mi sillón.

—¿Qué dirías que es?

—Un magnetófono.

—Pues sí, eso es.

—¿Y para qué está ahí?

—Para que queden grabadas para la posteridad las curiosas leyendas de una cultura condenada a desaparecer, que me vas a contar ahora.

Me reí y tomé asiento.

—Siento decirte que no he encontrado aún ninguna curiosa leyenda para contarte.

—Así que mi sugerencia de que buscaras un mito de la creación no ha producido ningún fruto...

—Nosotros no tenemos ningún mito de la creación —insistí—. A no ser que estés refiriéndote al del Génesis.

—No seas absurdo. Si un profesor de octavo te invitara a explicar cómo empezó todo esto, ¿le leerías a la clase el primer capítulo del Génesis?

—Por supuesto que no.

—¿Y qué le contarías?

—Le contaría algo, pero ciertamente no un *mito*.

—Ah, tú no lo considerarías un mito, claro. Ningún relato de la creación es un mito para quien lo cuenta. Es simplemente la *historia*.

—De acuerdo, pero la historia que voy a contar al respecto no tiene absolutamente nada de mito. Algunas partes están aún en tela de juicio, me parece, y supongo que los estudios del futuro podrían revisarla un poco; pero te aseguro que no es un mito.

—Enciende el magnetófono y empieza. Luego hablaremos.

Le eché una mirada reprobadora.

—¿Quieres decir que quieres de veras que...?

—Que me cuentes la historia, eso es.

—No puedo contarla de corrido, así de pronto. Necesito algún tiempo para ordenar las piezas.

—Tenemos tiempo de sobra. Es una cinta de noventa minutos.

Suspiré, pulsé el botón de grabar y cerré los ojos.

2

—Todo comenzó hace mucho, mucho tiempo, hará unos diez o quince mil millones de años —me lancé unos minutos después—. No sé muy bien cuál es la teoría más seguida actualmente, si la del estado de equilibrio o la del *big bang;* pero, en cualquier caso el universo empezó a andar hace muchísimo

tiempo.

Llegado a aquel punto, abrí los ojos y lancé a Ismael una mirada inquisitiva.

Mirada que él me devolvió, con estas palabras:

—¿Eso es todo? ¿Esa es la historia?

—No, sólo quería hacer una comprobación. —Cerré los ojos y empecé de nuevo—. Después, no sé. Supongo que unos seis o siete mil millones de años, nació nuestro sistema solar... Conservo en mi mente la imagen de una enciclopedia escolar con pegotes gelatinosos proyectados o fusionándose... Ésos fueron los planetas; los cuales, en los dos o tres mil millones de años siguientes, se enfriaron y solidificaron... En fin. Y la vida apareció en el caldo químico de nuestros antiguos océanos hará unos... Qué sé yo, ¿unos cinco mil millones de años?

—Tres mil millones y medio, o cuatro mil.

—Bien. Entonces se desarrollaron bacterias, microorganismos que se convirtieron en formas superiores, formas más complejas que se convirtieron a su vez en formas aún más complejas. La vida fue extendiéndose paulatinamente por toda la Tierra. No sé... barro al borde de los océanos..., anfibios. Los anfibios se trasladaron luego a la tierra firme y se convirtieron en reptiles; los cuales se convirtieron a su vez en mamíferos. ¿Esto cuándo sería? Hará quizá mil millones de años.

—Hace sólo doscientos o trescientos millones de años.

—Bien. En cualquier caso, los mamíferos... No sé. Unos animalillos en pequeñas madrigueras... debajo de matorrales, subidos a los árboles... De los subidos a los árboles proceden los primates. Luego, qué sé yo, hará tal vez diez o quince millones de años, una rama de los primates abandonó los árboles y... Me había quedado sin resuello.

—Esto no es un examen —me hizo saber Ismael—. Basta a grandes rasgos; la historia tal y como se la conoce popularmente, tal y como la conocen los conductores de autobús, los jornaleros y los senadores.

—De acuerdo —asentí, y cerré los ojos de nuevo—. De acuerdo. En fin, que una cosa condujo a la otra. Unas especies siguieron a otras especies y, finalmente, apareció el hombre. ¿Cuándo fue esto? ¿Hace tres millones de años?

—Más o menos, sí.

—Bien.

—¿Ya está?

—Pues... a grandes rasgos, sí.

—La historia de la creación tal y como es contada en vuestra cultura.

—Así es. Según el estado actual de los conocimientos.

Ismael asintió y me invitó a que apagara el magnetófono. Luego se reclinó y exhaló un suspiro que retumbó a través del cristal, cual volcán distante; apoyó las manos sobre la barriga y me lanzó una mirada larga, inescrutable.

—Y tú, que eres una persona inteligente y bastante instruida, pretendes que yo crea que eso no es un mito.

—¿Qué hay de mítico en todo eso?

—Yo no he dicho que haya algo de mítico *en* eso. He dicho que eso es un mito.

Creo que me embargó una risa nerviosa.

—Probablemente desconozco lo que tú entiendes por mito.

—Pues supongo que lo mismo que tú. Estoy utilizando la palabra en su sentido más usual.

—Pues no se trata de un mito.

—Sí que es un mito. Escucha un momento. —Ismael me invitó a que rebobinara la cinta y pulsara la tecla de "reproducir".

Después de oírla, permanecí unos instantes con aire pensativo, aunque sólo para despistar. Luego declaré:

—No es un mito. Puedes poner esto en un examen de Ciencias Naturales de bachillerato, y no creo que a nadie se le ocurra poner la menor objeción, creacionistas aparte.

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿No he dicho yo antes que la historia pernea toda vuestra cultura? Los niños la aprenden en todo tipo de medios, libros de texto incluidos.

—Entonces ¿qué es lo que me estás diciendo realmente? ¿Estás tratando de decirme que no se trata de una narración de hechos empíricos?

—Está llena de datos empíricos, por supuesto; pero su ordenamiento es puramente mítico.

—No sé de qué me estás hablando.

—Está claro que tu mente se halla obnubilada. La Madre Cultura te ha canturreado la consabida nana para adormecerte.

Le lancé una mirada de pocos amigos.

—¿Estás diciendo que la evolución es un mito?

—No.

—¿Estás diciendo que el hombre no evolucionó?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo?

Ismael me miró con una sonrisa. Luego se encogió de hombros. Finalmente, enarcó las cejas.

Yo le miré fijamente, diciéndome para mis adentros: *me está tomando el pelo un gorila*. Pero sirvió de poco.

—Aprieta el botón otra vez —me invitó.

Cuando la grabación hubo llegado a su fin, le dije:

—De acuerdo, hay una palabra que llama un poco la atención: *apareció*. He dicho que el hombre *apareció*. ¿Es eso?

—No, no es nada de eso. No voy a discutir por una palabra. Por el contexto resulta claro que la palabra *apareció* es sinónimo de *evolucionó*.

—Entonces, ¿de qué diablos se trata?

—Siento decirte que no estás reflexionando. Has recitado una historia que has oído mil veces, y ahora estás oyendo a la Madre Cultura, que te susurra al oído: "Mira, hijo mío, no hay nada en que pensar, nada por lo que preocuparse. Que nada te quite el sueño, no escuches a ese animal tan desagradable. No hay ningún mito, nada de lo que yo te cuento es un mito. Así que no hay nada en que pensar, nada de que preocuparse. Sólo tienes que escuchar mi voz e irte a dormir, a dormir, a dormir.

Me mordí un labio unos instantes y luego dije:

—Eso tampoco me aclara nada.

—Muy bien —dijo—, le contaré una historia mía, que tal vez te lo aclare.

Mordisqueó una ramita durante unos instantes, cerró los ojos y comenzó:

La historia, dijo Ismael, transcurre hace quinientos millones de años, en una época remota, muy remota, cuando este planeta era completamente irreconocible para ti. En la Tierra no se movía nada, salvo el viento y el polvo. No había ni una brizna de hierba que ondeara al viento, ni un grillo que cantara, ni un pájaro que surcara el cielo. Todas estas cosas tendrían lugar decenas de millones de años después. Hasta los mares estaban aún fantasmagóricamente silenciosos, pues también los vertebrados tardarían en aparecer decenas de millones de años.

Pero, por supuesto, por allí merodeaba un antropólogo. ¿Puede haber un mundo sin antropólogos? Sin embargo, este antropólogo estaba muy deprimido y desilusionado, pues había recorrido el planeta en busca de alguien a quien entrevistar, y todas las cintas que llevaba en la mochila estaban más limpias que el cielo. Hasta que, un día que iba deambulando lánguidamente por la orilla del océano, vio en el agua, a poca distancia, una cosa que parecía tener vida. Tenía el cuerpo gelatinoso, su aspecto no era particularmente vistoso; pero era el único ser vivo que había visto en todos

sus viajes, por lo que se adentró en el agua hasta donde la cosa se hallaba flotando.

Saludó con cortesía a la criatura marina, que lo saludó a su vez, y enseguida se hicieron buenos amigos. El antropólogo le explicó lo mejor que pudo a su nuevo amigo que se dedicaba al estudio de los distintos usos y costumbres, y le pidió información al respecto, que enseguida le fue facilitada.

—Y ahora —le hizo saber después—, me gustaría grabar en una cinta algunas de las historias que contáis entre vosotros.

—¿Historias? —preguntó el otro.

—Sí. Por ejemplo, el mito de la creación, si tenéis alguno.

—¿Qué es un mito de la creación? —preguntó la criatura marina.

—Bueno..., ya sabes—divagó el antropólogo—. La historia fantástica que contáis a vuestros hijos sobre los orígenes del mundo.

En aquel momento, la criatura se irguió indignada, al menos todo lo que podía erguirse un pegote gelatinoso, y le soltó que su pueblo no tenía tales historias fantásticas.

—Entonces, ¿no tenéis ninguna explicación acerca de la creación?

—Hombre, una explicación acerca de la creación claro que la tenemos — repuso—. Pero no tiene nada que ver con un *mito*.

—Ah, por supuesto que no —se corrigió el antropólogo, recordando al fin lo que le habían enseñado en la universidad—. Te estaré terriblemente agradecido si me das a conocer la narración.

—Bien —contestó la criatura—. Pero quiero que tengas bien presente que, al igual que vosotros, nosotros somos un pueblo muy racional, que no acepta nada que no se base en la observación, la lógica y el método científico.

—Claro, claro —asintió el antropólogo.

Y fue así como el animal marino empezó a contar su historia.

—El universo —comenzó—, nació hace mucho, mucho tiempo; hará de eso tal vez diez o quince mil millones de años. Nuestro sistema solar (es decir, este planeta y todos los demás) debió de formarse hará unos dos o tres mil millones de años. Durante bastante tiempo, aquí no existió ningún tipo de vida. Pero luego, aproximadamente mil millones de años después, apareció la vida.

—Disculpa —le interrumpió el antropólogo—. Dices que la vida apareció. ¿Dónde ocurrió eso según vuestro mito, perdón, quiero decir según vuestra explicación científica?

El ser pareció desconcertado ante aquella pregunta, adoptando el color del espliego.

—¿Quieres decir en qué lugar exacto?

—No, quiero decir si tuvo lugar en tierra o en mar.

—¿En tierra? —preguntó el otro—. ¿Qué es la tierra?

—Bueno eso debes de saberlo —contestó el antropólogo señalando hacia la costa—: la extensión de arena y de rocas que empieza allí.

El color de la criatura se volvió más espliego todavía.

—No entiendo de qué me estás hablando —protestó—. La arena y las rocas que hay ahí son simplemente el borde del vasto cuenco que contiene el mar.

—Ah, vale —aceptó el antropólogo—. Ya veo lo que quieres decir. Perfectamente. Sigue.

—Muy bien —dijo el otro—. Durante muchos millones de siglos, en el mundo sólo vivían microorganismos que flotaban a la deriva en medio de un caldo químico. Pero, poco a poco, fueron apareciendo formas más complejas: seres unicelulares, cienos, algas, pólipos, etcétera. Y, finalmente…

—Apostilló la criatura, volviéndose complemente rosa de orgullo alcanzado el clímax de su historia—, finalmente *apareció la medusa*.

4

Durante los siguientes noventa segundos aproximadamente, no se me ocurrió nada que decir, concentrado como estaba en tratar de contener la rabia. Luego manifesté:

—No me parece justo.

—¿Qué quieres decir?

—No sé exactamente lo que quiero decir. Has querido demostrar una tesis, pero no sé exactamente cuál.

—¿No?

—No. No lo sé.

—¿Qué quiso decir la medusa con lo de "y al final apareció la medusa"?

—Pues quiso decir... Que era el punto hacia y en el que todo confluía. Que los diez o quince mil millones de años anteriores desembocaban en la medusa.

—De acuerdo. Y ¿por qué *tu* explicación de la creación no termina con la aparición de la medusa?

Supongo que en aquel momento me esforcé por contener una risotada.

—Hombre, porque iban a venir más cosas después de la medusa.

—Cierto. La creación no se terminaba con la medusa. Todavía estaban por venir los vertebrados, los anfibios, los reptiles, los mamíferos y, por supuesto y finalmente, el hombre.

—Sí.

—De modo que tu explicación de la creación termina con "y finalmente apareció el hombre".

—Exacto.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que ya no iban a venir más cosas. Que la creación había tocado a su fin.

—Que era el término donde todo iba a parar, ¿no es eso?

—Sí.

—Claro. Todos los de tu cultura dicen lo mismo. La cima se alcanzó con el hombre. El hombre es la culminación de toda la representación cósmica de la creación.

—Pues sí.

—Cuando apareció finalmente el hombre, la creación tocó a su fin, pues el objetivo ya había sido alcanzado. Ya no quedaba nada por crear.

—Me parece que es la suposición subyacente, tácita, en efecto.

—No es en absoluto tácita. Las religiones de tu cultura no se callan al respecto, ni mucho menos. El hombre es el producto final de la creación. El hombre es la criatura para la que se hizo el resto de la creación: este mundo, este sistema solar, esta galaxia, el universo como tal.

—Así es.

—Todos los de tu cultura asumís que el mundo no fue creado para la medusa, el salmón, las iguanas o los gorilas. Fue creado para el hombre.

—Correcto.

Ismael me miró con sorna.

—¿Y esto no es mitología?

—Bueno... Los hechos son los hechos.

—Sin duda. Los hechos son los hechos, aunque estén rodeados de mitología. Pero ¿qué me dices del resto? ¿Es que todo el proceso cósmico de la creación terminó hace tres millones de años, justo aquí, en este pequeño planeta, con la aparición del hombre?

—No.

—¿Terminó igualmente el proceso planetario de la creación hace tres millones de años con la aparición del hombre? ¿Se detuvo bruscamente la evolución justo porque llegó el hombre?

—No. Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué contaste la historia de esa manera?

—Supongo que te la conté de esa manera porque es así como se cuenta.

—Ésa es la manera como se cuenta entre los Tomadores. Pero ciertamente no es la única manera como se puede contar.

—Vale. Ahora lo veo. Y tú, ¿cómo la contarías?

Asintió en dirección del mundo que había fuera de su ventana.

—¿Tú ves en cualquier sitio del universo una sola prueba de que la creación terminara con el nacimiento del hombre? ¿Ves en algún lugar de ahí fuera una sola prueba de que el hombre fuera el punto culminante hacia el cual se hubiera estado dirigiendo la creación desde el principio?

—No. Ni siquiera se me ocurre cuál podría ser dicha prueba.

—Eso debería resultar obvio. Si los astrofísicos pudieran afirmar que los principales procesos creadores del universo se detuvieron hace cinco mil millones de años, allá cuando hizo su aparición nuestro sistema solar, eso ofrecería al menos alguna base para esas nociones.

—Sí, veo lo que quieres decir.

—O si los biólogos y paleontólogos pudieran afirmar que la especiación se detuvo hace tres millones de años, también eso resultaría bastante instructivo.

—Sí.

—Pero tú sabes que no ocurrió ninguna de estas cosas. Antes al contrario, el universo siguió como antes. El planeta siguió como antes. La aparición del hombre no causó mayor sensación que la aparición de la medusa.

—Cierto.

Ismael hizo un gesto hacia el magnetófono.

—¿Cómo interpretamos entonces la historia que has contado antes?

Dejé ver los dientes al esbozar una sonrisa desabrida.

—Es un mito. Por increíble que pueda parecer, es un mito.

5

—Ayer te dije que la historia que está representando el pueblo de tu cultura trata acerca del sentido del mundo, de las intervenciones divinas en el mundo y del destino humano.

—Sí.

—Y, según esta primera parte de la historia, ¿cuál es el sentido del mundo?

Reflexioné un momento.

—No veo exactamente cómo esta historia puede explicar el sentido del mundo.

—Hacia la mitad de tu historia, el centro de atención pasó del universo en su conjunto a este planeta nuestro. ¿Por qué?

—Porque este planeta estaba destinado a ser el lugar de nacimiento del hombre.

—Por supuesto. Como dices tú, el nacimiento del hombre fue un acontecimiento central —mejor dicho, *el* central— en la historia del cosmos como tal. Desde el nacimiento del hombre, el resto del universo deja de tener interés, deja de participar en la obra teatral que se representa. Para eso basta la Tierra; es el lugar de nacimiento y el hogar del hombre, y ése es su sentido. Los Tomadores ven el mundo como una especie de sistema de apoyo para la vida humana, como una máquina diseñada para producir y sostener la vida humana.

—Sí, así es.

—En tu exposición de la historia, dejaste fuera naturalmente cualquier mención a los dioses, pues no querías que fuera tildada de mitología. Como su carácter mitológico ha quedado ahora al descubierto, ya no tienes por qué preocuparte por eso. Suponiendo que exista una intervención divina detrás de la creación, ¿qué puedes decirme de las intenciones de los dioses?

—Bueno, digamos básicamente que lo que tenían pensado desde el principio era el hombre. Hicieron el universo de manera que nuestra galaxia pudiera estar en él. Hicieron nuestra galaxia para que nuestro sistema solar pudiera estar en ella. Hicieron nuestro sistema solar para que nuestro planeta pudiera estar en él. E hicieron nuestro planeta para que nosotros pudiéramos estar en él. Todo fue hecho para que el hombre tuviera un pedazo de tierra en el que poder estar.

—Y esto es más o menos lo que creen también todos los de tu cultura, al menos quienes suponen que el universo es una expresión de las intenciones divinas.

—Sí.

—Naturalmente, como todo el universo se hizo para que pudiera aparecer el hombre, éste debe de ser una criatura de enorme importancia para los dioses. Pero esta parte de la historia no revela demasiadas pistas sobre las intenciones divinas para con él. Los dioses debieron de tener reservado para él algún destino especial; pero eso no aparece revelado aquí.

—Sí, es cierto.

6

Toda historia se basa en una premisa; es como *el resultado* de dicha premisa. Como escritor que eres, seguro que sabes a lo que me estoy refiriendo.

—Sí.

—Seguro que conoces esta historia: *Dos retoños de familias enfrentadas se enamoran.*

—Sí. *Romeo y Julieta.*

—La historia que están representando en el mundo los Tomadores también tiene una premisa, la cual se contiene en la parte de la historia que me has contado hoy. A ver si adivinas cuál es.

Cerré los ojos para parecer que estaba cavilando, aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de adivinarlo.

—Siento afirmar que no veo cuál es.

—La historia que han representado los Dejadores en el mundo se basa en una premisa completamente distinta, que a ti te resultaría imposible descubrir en este punto. Pero sí podrías descubrir la premisa de tu propia historia. Es una noción muy sencilla, la más poderosa de toda la historia humana. No es necesariamente la más beneficiosa, pero sí la más poderosa.

Toda vuestra historia, con todas sus maravillas y catástrofes, es el resultado de esa premisa.

—La verdad sea dicha, no logro adivinar a dónde pretendes ir a parar.

—Piensa un poco... Vamos a ver. El mundo no fue hecho para la medusa, ¿verdad que no?

—No.

—No fue hecho para las ranas, los lagartos ni los conejos.

—No.

—Claro que no. El mundo fue hecho para el hombre.

—Correcto.

—Todos los de tu cultura compartís esto, ¿no es cierto? Hasta los ateos que juran que no existe ningún dios aceptan que el mundo fue hecho para el hombre.

—Pues sí. Yo diría que sí.

—Pues bien, la premisa de tu historia es precisamente ésta: *que el mundo fue hecho para el hombre*.

—No entiendo del todo a dónde quieres ir a parar. Quiero decir, que no veo por qué hablas de una premisa.

—Los de tu cultura *hicieron* de esto una premisa: lo *tomaron* como premisa. Se dijeron: *¿y si* el mundo fue hecho para *nosotros?*

—Ya. Continúa.

—Piensa en las consecuencias de tomar eso como vuestra premisa. Si el mundo fue hecho para vosotros, *¿qué me dices, entonces?*

—Vale. Ya veo lo que quieres decir. Creo. Si el mundo fue hecho para nosotros, entonces el mundo nos *pertenece,* y podemos hacer con él lo que nos dé la real gana.

—Exactamente. Eso es lo que ha estado pasando aquí durante los últimos diez mil años. Habéis estado haciendo con el mundo lo que os ha dado la real gana. Y, por supuesto, pretendéis seguir haciendo con él lo que os dé la real gana, puesto que todo el tinglado os *pertenece*.

—Sí —asentí, y me detuve unos segundos a pensar—. En realidad, parece increíble. Quiero decir, es algo que oyes decir cincuenta veces al día. La gente habla de *nuestro* entorno, de *nuestros* mares, de *nuestro* sistema solar. Incluso he oído a mucha gente hablar de *nuestra vida salvaje*.

—Y justo ayer me dijiste bastante convencido que no había nada en vuestra cultura que se pareciera remotamente a la mitología.

—Es cierto. —Ismael seguía mirándome con el ceño fruncido—Estaba equivocado —reconocí—. ¿Qué más quieres?

—Perplejidad —contestó.

Yo asentí.

—Sí, estoy perplejo, vale. Sólo que tal vez no lo dejo traslucir.

—Deberíamos habernos encontrado cuando tenías diecisiete años.

Me encogí de hombros, pero dando a entender que ojalá hubiera sido así.

7

—Ayer te dije que tu relato encerraba una explicación de *por qué las cosas están como están*.

—Sí.

—¿Cómo contribuye a dicha explicación la primera parte de la historia?

—¿Quieres decir... cómo contribuye a explicar por qué las cosas han acabado estando como están en el presente?

—Exacto.

—Así, a bote pronto, no veo cómo puede contribuir en *algo* al tema que nos ocupa.

—Piensa un poco. ¿Habrían acabado las cosas siendo como son si el mundo se hubiera hecho para la medusa?

—No, desde luego que no. Si el mundo se hubiera hecho para la medusa, las cosas habrían sido completamente distintas.

—Exacto. Pero no fue hecho para la medusa, sino para el hombre.

—Lo cual explica en parte *por qué las cosas están como están.*

—Así es. Es una especie de manera retorcida de echar la culpa de todo a los dioses. Si hubieran hecho el mundo para la medusa, entonces no habría ocurrido nada de todo esto.

—Ni más ni menos —corroboró Ismael—. Estás empezando a entenderlo.

8

—¿Tienes ahora alguna idea sobre dónde podrías encontrar las otras partes de esta historia: la parte central y el final?

Ponderé unos instantes su pregunta.

—Vería algunos episodios de *Nova* [2], creo.

—¿Por qué?

—Yo diría que la historia que te he contado hoy es como un esbozo de la historia de la creación que aparece en *Nova*. Lo que tengo que dilucidar ahora es cómo continuaría la historia.

—Entonces, ésos son los deberes que te pongo. Mañana quiero que me cuentes la continuación de la historia.

2 *Nova:* serie televisiva sobre ciencia de enorme éxito en EE.UU. {N. *del E.)*

Capítulo
CUATRO

1

—De acuerdo —dije—. Creo que he comprendido bastante bien las partes central y final de la historia.

Ismael asintió y yo puse en marcha el magnetófono.

—Lo que he hecho ha sido empezar por la premisa. El mundo fue hecho para el hombre. Después me he preguntado cómo escribiría la historia a la manera como se hace en *Nova*. He aquí el resultado: El mundo fue hecho para el hombre, el cual tardó mucho, mucho tiempo en comprender esto. Durante casi tres millones de años, vivió como si el mundo hubiera sido hecho para la medusa. Es decir, vivió como una criatura más entre las demás, como un león o un koala.

—¿Qué significa exactamente vivir como un león o un koala?

—Significa... vivir a merced del mundo. Significa vivir sin controlar en absoluto tu entorno.

—Ya veo. Prosigue.

—Bien. En tales condiciones, el hombre no podía ser verdaderamente

hombre. No podía desarrollar un modo de vida verdaderamente humano, un modo de vida que fuera privativamente humano. Así que, durante la primera parte de su vida —en realidad, la mayor parte de su vida—, el hombre se limitó a vagar de manera torpe, sin ir a ningún sitio en concreto ni hacer nada especial.

»Pero había un problema clave que resolver (y para darme cuenta de la existencia de este problema he necesitado mucho tiempo). El hombre no podía ir a ningún sitio viviendo como vive un león o como un koala... Para poder conseguir algo, el hombre tenía que establecerse en un lugar donde, por así decir, ponerse manos a la obra. Con otras palabras, que no podía ir más allá de cierto punto viviendo a la intemperie como cazador-recolector, trasladándose siempre de un lugar a otro en busca de comida. Para ir más allá de ese punto, tenía que asentarse, tenía que tener una base permanente desde la cual poder empezar a dominar su entorno.

»Bien. ¿Y por qué no? Quiero decir, ¿qué le impedía hacer eso? Lo que se lo impedía era el hecho de que, si se establecía en un lugar durante más de unas semanas, se moría de hambre. Como cazador-recolector, su tarea se reducía a dejar la zona limpia, con lo cual ya no quedaba nada para cazar o recolectar. Para poder asentarse el hombre tenía que aprender una cosa fundamental: tenía que aprender a manipular su entorno para no esquilmar sus fuentes de alimentación. Tenía que manipularlo para que éste produjera *más alimentos*. En otras palabras, tenía que volverse agricultor.

«Esto fue un auténtico punto de inflexión. El mundo había sido hecho para el hombre, pero éste era incapaz de tomar posesión de él hasta que no resolviera dicho problema. Finalmente, lo resolvió en el Arco Fértil, hará unos diez mil años. Fue un momento muy importante, el más importante hasta entonces en la historia humana. El hombre quedaba por fin libre de todas aquellas limitaciones... Las limitaciones de la vida de cazador-recolector habían frenado al hombre durante tres millones de años. Con la agricultura, aquellas limitaciones desaparecieron, y el ascenso del hombre fue meteórico.

El asentamiento dio origen a la división del trabajo. La división del trabajo dio origen a la tecnología. Con la tecnología llegaron el intercambio y el comercio. Con el intercambio y el comercio llegaron las matemáticas, la literatura, la ciencia y todo lo demás. Todo echó a andar por fin, y el resto, como suele decirse, es historia.

»Ésta es la parte central de la historia.

2

—Realmente impresionante —exclamó Ismael—. Estoy seguro de que te das cuenta de que ese "gran momento" que acabas de describir fue en realidad el nacimiento de tu cultura.

—Sí.

—Sin embargo, convendría señalar que la noción de que la agricultura se extendió por el mundo a partir de un solo punto está bastante anticuada. No obstante, el Arco Fértil sigue siendo el lugar de nacimiento *legendario* de la agricultura, al menos en Occidente, lo cual tiene una importancia especial, como tendremos ocasión de ver después.

—De acuerdo.

—La parte de la historia de ayer reveló el significado del mundo tal y como lo entienden los Tomadores; a saber, que el mundo es un sistema diseñado para preservar la vida humana, una máquina diseñada para producir y preservar la vida humana.

—Exacto.

—La parte de la historia de hoy parece versar sobre el destino del hombre. Obviamente, el destino del hombre no era vivir como un león ni como un koala.

—Cierto.

—¿Cuál es el destino del hombre, entonces?

—Mmm —balbucí—. Pues... el destino del hombre es... conseguir, alcanzar grandes metas.

—Según se oye decir a los Tomadores, el destino del hombre sería algo más específico que eso.

—Bueno, supongo que se podría decir que su destino consiste en construir civilización.

—Piensa mitológicamente.

—Siento decir que no sé cómo se hace eso.

—Te lo voy a mostrar. Presta atención.

Presté atención.

3

—Como vimos ayer, la creación no se completó cuando apareció la medusa, cuando aparecieron los anfibios, cuando aparecieron los reptiles ni cuando aparecieron los mamíferos. Según vuestra mitología, no concluyó hasta que apareció el hombre.

—Exacto.

—¿Por qué el mundo y el universo estaban incompletos sin el hombre? ¿Por qué el mundo y el universo *necesitan* al hombre?

—Pues no lo sé.

—Piensa un poco. Piensa en un mundo sin hombres. *Imagínale* un mundo sin hombres.

—De acuerdo —asentí mientras cerraba los ojos. Un par de minutos después, le dije que me estaba imaginando un mundo sin hombres.

—¿Cómo es?

—No sé. Pues... sólo mundo.

—¿Dónde estás?

—¿A qué te refieres?

—¿Desde dónde estás mirando?

—Ah. Desde arriba. Desde el espacio.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Pues... no sé.

—¿Por qué no bajas a la Tierra?

—No sé. Sin hombres en la Tierra... parezco un visitante, un alienígena.

—No te preocupes. Vamos, baja a la Tierra.

—De acuerdo —accedí, pero poco después comenté—: Qué curioso. Preferiría *no* estar aquí.

—¿Por qué? ¿Qué hay aquí?

Me eché a reír.

—*La jungla*.

—Ya veo. Quieres decir, con Tennyson: "La naturaleza, roja de dientes y garras... Dragones prehistóricos que se despedazan en medio del barro".

—Sí.

—¿Y qué ocurriría si bajaras ahí?

—Sería uno de los dragones que está despedazando a otro en medio del barro.

Abrí los ojos a tiempo para ver a Ismael asentir con la cabeza.

—Es en este punto donde empezamos a ver dónde encaja el hombre, según el esquema divino. Los dioses no querían que el mundo fuera una jungla, ¿verdad?

—Quieres decir en nuestra mitología, ¿no? Pues no, sin duda que no.

—Bien. Así que, sin el hombre, el mundo estaba inacabado, era sólo naturaleza roja de dientes y garras. Era puro caos, se hallaba en un estado de anarquía primitiva.

—Correcto.

—¿Y qué necesitaba, entonces?

—Necesitaba que viniera alguien a... a arreglar las cosas, a poner orden.

—¿Y qué clase de persona es la que arregla las cosas? ¿Qué tipo de persona es la que se encarga de combatir la anarquía y de poner orden?

—Pues... un gobernante. Un rey.

—Por supuesto. El mundo necesitaba de un gobernante. Necesitaba del hombre.

—Sí.

—Ahora ya tenemos una idea clara del verdadero argumento de esta historia. *El mundo fue hecho para el hombre, y el hombre fue hecho para dominarlo*.

—Sí. Esto resulta bastante claro ahora. Todo el mundo comprende esto.

—¿Y qué es esto?

—¿Qué?

—¿Es un dato empírico?

—No.

—Entonces ¿qué es?

—Es mitología —contesté.

—De la que dices que no hay ni rastro en tu cultura.

—Exacto.

Una vez más, Ismael me miró con aire malhumorado a través del cristal.

—Mira —dije un rato después—. Las cosas que me estás mostrando, las cosas que estás haciendo... casi rozan el límite de la credibilidad. Eso te lo puedo asegurar. Pero no es mi estilo levantarme del sillón bruscamente, golpearme la frente y gritar: "¡Señores, esto no hay quien lo crea!".

Ismael arrugó la frente con aire meditabundo antes de aseverar:

—¿Es que *te ocurre* algo?

Parecía tan preocupado que tuve que sonreír.

—Todo está helado dentro de mí —le expliqué—. Como un iceberg.

Él sacudió la cabeza, como si yo le diera pena.

4

—Volviendo a nuestro tema... Como dices tú, el hombre tardó mucho, mucho tiempo en caer en la cuenta de que estaba destinado a metas mayores de las que podía alcanzar viviendo como un león o un koala. Durante unos tres millones de años, se limitó a formar parte de la anarquía general, una criatura más que se revolcaba en el barro.

—Así es.

—Hasta que, hará unos diez mil años, se dio cuenta por fin de que su lugar no era el lodo. Tenía que salir de aquel lodazal, hacerse con el mando de la situación e imponer orden.

—Así es.

—Pero el mundo no se sometió dócilmente al dominio del hombre, ¿verdad?

—No.

—No. El mundo desafió al hombre. El mundo y la lluvia derruían lo que él construía. La jungla reclamaba los espacios que él despejaba para la siembra y la construcción de viviendas. Las aves se comían las semillas que él sembraba. Los insectos devoraban los brotes que él guardaba. Los ratones saqueaban las cosechas que él almacenaba. Los lobos y los zorros le robaban animales que él criaba y alimentaba. Las montañas, los ríos y los océanos se interponían en su camino y no le dejaban pasar. Y los terremotos, las inundaciones, los huracanes, las ventiscas y las sequías no desaparecían por orden suya.

—Cierto.

—Y como el mundo no se sometió dócilmente al dominio del hombre, ¿qué es lo que éste tuvo que hacer?

—No entiendo lo que quieres decir.

—Si el rey llega a una ciudad que no quiere someterse a su dominio, ¿qué es lo que suele hacer éste?

—Conquistarla.

—Eso es. Para poder convertirse en dueño del mundo, el hombre tuvo que conquistarlo.

—¡Qué barbaridad! —exclamé con tanta fuerza que casi me caigo del sillón y me rompo la frente y más cosas.

—¿Qué?

—Esto lo oímos cincuenta veces al día. Pones la radio o el televisor y lo oyes cada hora. El hombre está conquistando los desiertos, el hombre está conquistando los océanos, el hombre está conquistando el átomo, el hombre está conquistando los elementos, el hombre está conquistando el espacio.

Ismael sonrió.

—No me creíste cuando te dije que esta historia pernea toda tu cultura. Ahora sí ves lo que quería decir. La mitología de vuestra cultura resuena en vuestros oídos tan constantemente que nadie le presta la menor atención. Es cierto que el hombre está conquistando el espacio, el átomo, los desiertos, los océanos y los elementos. Según vuestra mitología, para eso *nació* el hombre.

—Sí. Esto resulta bastante claro ahora.

5

—Ya he logrado recomponer las dos primeras partes de la historia: el mundo fue hecho para el hombre, y el hombre fue hecho para conquistarlo y someterlo. Pero ¿cómo contribuye la segunda parte a explicar *por qué las cosas están como están?*

—Déjame pensar un momento... Una vez más, es una manera retorcida de echar la culpa a los dioses. Ellos hicieron el mundo para el hombre, e hicieron al hombre para conquistarlo y dominarlo, cosa que acabó haciendo. Y por eso las cosas están como están.

—Afina un poco más. Profundiza un poco más.

Cerré los ojos y reflexioné un par de minutos, pero la reflexión no surtió efecto.

Ismael asintió mientras miraba hacia las ventanas.

—Todo esto, todos vuestros triunfos y tragedias, vuestras maravillas y miserias, ¿son consecuencia directa de qué?

Rumié un rato, pero tampoco logré ver a dónde pretendía llegar.

—Inténtalo de esta manera —me aconsejó Ismael—. Las cosas no serían como son si los dioses hubieran pretendido que el hombre viviera como un león o un koala, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—El destino del hombre era conquistar y someter al mundo. Y las cosas acabaron siendo como son como consecuencia directa de...

—... de haber cumplido el hombre su destino.

—Exacto. El *tenía* que cumplir su destino, ¿no es cierto?

—Absolutamente cierto.

—Por eso, para qué quebrarse la cabeza, ¿no...?

—Cierto, cierto.

—Tal y como lo ven los Tomadores, esto es simplemente el precio a pagar por ser hombre.

—¿Qué quieres decir?

—Que no era posible ser plenamente humanos en medio del lodazal, junto a los dragones.

—Ya veo.

—Para poder ser plenamente humano, el hombre tuvo que salir del lodazal. Y todo lo que vino después fue el resultado de dicha acción. Tal y como lo ven los Tomadores, los dioses pusieron al hombre ante la misma tesitura que a Aquiles: o bien una vida breve pero de gloria o una vida larga, plácida, anónima. Y los Tomadores eligieron una vida breve pero de gloria.

—Sí, así es como lo entiende todo el mundo. La gente se encoge de hombros y alega: "Bueno, ése es el precio que hubo que pagar para poder

tener agua corriente, calefacción central, aire acondicionado, un automóvil y todo lo demás".

Le lancé una mirada inquisitiva.

—¿Y qué es lo que *tú* dices?

—Yo digo que el precio que habéis pagado no es el precio por llegar a ser humanos. Ni tampoco el precio por tener todas esas cosas que acabas de mencionar. Es el precio por representar una historia en la que la humanidad hace de enemiga del mundo.

Capítulo CINCO

1

—Ya tenemos el comienzo y la parte central de la historia —manifestó Ismael al reanudar la charla al día siguiente—. El hombre está empezando por fin a cumplir su destino. La conquista del mundo ya se ha puesto en marcha. ¿Y cómo termina la historia?

—Creo que debería haber seguido adelante ayer. Me da la impresión de haber perdido el hilo.

—Tal vez no estaría mal oír el final de la segunda parte.

—Buena idea. —Rebobiné la cinta un minuto o dos y le di a *play:*

"El hombre quedaba por fin libre de todas aquellas limitaciones... Las limitaciones de la vida de cazador-recolector habían frenado al hombre durante tres millones de años. Con la agricultura, aquellas limitaciones desaparecieron, y el ascenso del hombre fue meteórico. El asentamiento dio origen a la división del trabajo. La división del trabajo dio origen a la tecnología. Con la tecnología llegaron el intercambio y el comercio. Con el

intercambio y el comercio llegaron las matemáticas, la literatura, la ciencia y todo lo demás. Todo echó a andar por fin, y el resto, como suele decirse, es historia".

—Bien —declaré—. De acuerdo. El destino del hombre era conquistar y dominar el mundo, y eso es lo que hizo, o casi. No lo consiguió del todo, y al parecer eso fue su perdición. El problema es que, al conquistar el mundo, el hombre lo devastó. Y, a pesar del dominio alcanzado, no tiene suficiente poder para *dejar* de devastar el mundo, o para reparar la devastación perpetrada. Los hombres hemos arrojado nuestros vertidos contaminantes en el mundo como si fuera un pozo sin fondo, y seguimos haciéndolo sin cesar. Hemos malgastado unos recursos insustituibles como si no fueran a agotarse nunca, y los *seguimos* malgastando. Resulta difícil imaginar que el mundo pueda sobrevivir otro siglo sometido a este maltrato, pero nadie está haciendo realmente nada para impedirlo. Es un problema que nuestros hijos tendrán que resolver, o los hijos de nuestros hijos.

»Sólo una cosa puede salvarnos. Tenemos que *incrementar* nuestro dominio sobre el mundo. Todos estos daños son producto de nuestra conquista del mundo, pero tenemos que *seguir* conquistándolo hasta que nuestro dominio sea *absoluto*. Entonces, cuando nuestro control sea *total*, todos los problemas habrán desaparecido. Tendremos capacidad nuclear. Ya no habrá contaminación. Abriremos y cerraremos el grifo de la lluvia a discreción. Cultivaremos una fanega de trigo en un centímetro cuadrado de terreno. Convertiremos los océanos en granjas. Controlaremos los fenómenos meteorológicos: ya no habrá huracanes, tornados, sequías ni heladas intempestivas. Haremos que las nubes descarguen su agua sobre la tierra en vez de que la descarguen inútilmente sobre los océanos. Todos los procesos de la vida planetaria quedarán, tal y como habían planeado los dioses, bajo nuestro control. Y nosotros los manipularemos como un programador manipula un ordenador.

»Y es ahí donde nos encontramos ahora. Tenemos que proseguir la conquista. Y ello supone seguir destruyendo el mundo o convertirlo en un paraíso, en el paraíso que se supone debe haber bajo el resguardo humano.

»Y si conseguimos hacer esto, si conseguimos finalmente convertirnos en los dueños absolutos del mundo, entonces ya nada podrá detenernos. Entonces comenzará la era espacial. El hombre saldrá al espacio para conquistar y dominar todo el universo. Y tal vez ése sea su destino definitivo: conquistar y dominar todo el universo. Así de maravilloso es el hombre.

2

Para asombro mío, Ismael cogió una ramita del montón que había delante de él y la agitó en mi dirección en señal de entusiasta aprobación.

—Una vez más, debo decir que ha sido excelente —exclamó, arrancando de un bocado la punta—. Pero, por supuesto, te darás cuenta de que, si hubieras contado esta parte de la historia hace cien o cincuenta años, habrías hablado sólo de un paraíso venidero. La idea de que la conquista del mundo por el hombre hubiera podido no ser beneficiosa te habría resultado completamente estrafalaria. Hasta hace tres o cuatro décadas, los de tu cultura estaban convencidos de que las cosas iban a ir cada vez mejor. No había ningún punto final a la vista.

—Sí, así es.

—Pero hay un elemento de la historia que has dejado fuera, un elemento necesario para completar la explicación que predomina en tu cultura sobre *por qué las cosas están como están.*

—¿Cuál es ese elemento?

—Creo que te lo puedes imaginar. Hasta ahora tenemos lo siguiente: *El mundo fue hecho para que el hombre lo conquistara y dominara*; *bajo el dominio humano debía convertirse en un paraíso.* Obviamente, a esto hay

que ponerle un "pero". Los Tomadores siempre supieron que el mundo distaba mucho de ser el paraíso que se suponía que debía ser.

—Es verdad. Déjame pensar... Veamos: el mundo se hizo para que el hombre lo conquistara y sometiera, pero su conquista resultó ser más destructiva de lo previsto.

—No me has prestado atención. El "pero" formaba parte de la historia mucho antes de que vuestra conquista resultara globalmente destructiva. El "pero" estaba ya ahí para explicar todos los fallos de vuestro paraíso: guerras, brutalidad, pobreza, injusticia, corrupción, tiranía... Y aún hoy sigue ahí para explicar la hambruna, la opresión, la proliferación nuclear y la contaminación. Es lo que explicó la Segunda Guerra Mundial, y lo que explicaría la Tercera, de llegar ésta a producirse.

Le miré sin saber qué decir.

—Esto es un lugar común. Cualquier estudiante de tercero podría llegar a esta conclusión.

—Seguro que llevas razón, pero no veo aún...

—Vamos, piensa otro poco. ¿Qué es lo que ha fallado aquí? ¿Qué es lo que *siempre* ha fallado aquí? Bajo el dominio del hombre, el mundo debería haberse convertido en un paraíso, pero...

—Pero la gente lo estropeó.

—Sí. ¿Y por qué lo estropeó la gente?

—¿Por qué?

—¿Lo estropeó porque no *quería* que fuera un paraíso?

—No. Por lo que parece..., la gente estaba *condenada* a estropearlo.

Quería convertir el mundo en un paraíso, pero, al ser humana, estaba condenada a estropearlo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, al ser humana, estaba la gente condenada a estropearlo?

—Porque hay algo *que falla* básicamente en el hombre. Algo que lo vuelve reacio al paraíso. Algo que le hace ser estúpido, destructivo, ávido y miope.

—Sí. Todos los de tu cultura sabéis eso. El hombre nació para convertir el mundo en un paraíso, pero, por algún designio trágico, nació defectuoso, tarado. Y, así, su paraíso siempre ha estado lastrado por la estupidez, la avaricia, la destructividad y la miopía.

—Así es.

3

Me di cuenta de que estaba hecho un lío —¿Estás sugiriendo que esta explicación *es falsa?* —le pregunté.

Ismael sacudió la cabeza.

—No sirve de nada enfrentarse a la mitología. Hace mucho tiempo, los de tu cultura creían que la Tierra era el centro del universo. Como el hombre era la razón principal por la que había sido creado el universo, resultaba perfectamente lógico que su patria fuera la capital del mismo. Los seguidores de Copérnico no rebatieron esta idea. No señalaron a la gente con el dedo y les dijeron: "Estáis equivocados". Antes bien, señalaron a los cielos y dijeron: "Mirad bien lo que hay *ahí"*.

—No estoy seguro de a dónde pretendes ir a parar.

—¿Cómo llegaron los Tomadores a la conclusión de que existía algo fundamentalmente defectuoso en los humanos? ¿Qué pruebas tenían ante los ojos?

—No lo sé.

—Creo que te estás haciendo el ignorante a propósito. Tenían ante los ojos la prueba de la historia humana.

—Cierto.

—¿Y cuándo empezó la historia humana?

—Pues... hará unos tres millones de años.

Ismael me echó una mirada de hastío.

—Como sin duda sabrás, sólo recientemente se han añadido esos tres millones de años a la historia humana. Antes, todo el mundo declaraba que la historia había empezado... ¿cuándo?

—Pues..., hace sólo unos miles de años.

—Sí. De hecho, entre los de tu cultura se decía que toda la historia humana era *vuestra* historia. Nadie tenía la menor sospecha de que hubiera habido vida humana antes de vuestro reinado.

—Así es.

—Bien, y cuando los de tu cultura sacaron la conclusión de que había algo fundamentalmente defectuoso entre los humanos, ¿qué prueba tenían ante los ojos?

—La prueba de su propia historia.

—Exactamente. Tenían ante los ojos el cero coma cinco por ciento de una prueba sacada de una única cultura. No era una muestra razonable de la que poder sacar una conclusión tan trascendental.

—Desde luego que no.

—Pero no hay nada fundamentalmente defectuoso entre los humanos. Si se trata de representar una historia que los coloque en sintonía con el mundo, vivirán en sintonía con el mundo. Pero si se trata de representar una historia que los enfrente al mundo, como hace la vuestra, vivirán enfrentados al mundo. Si se trata de representar una historia en la que los humanos son los dueños del mundo, los humanos *actuarán* como dueños del mundo. Y, si se trata de representar una historia en la que el mundo es un enemigo a conquistar, lo conquistarán como enemigo, y un buen día este enemigo se desangrará inevitablemente a sus pies, como estamos viendo que le sucede al mundo actualmente.

4

—Hace unos días —prosiguió Ismael—, califiqué de mosaico tu explicación sobre *por qué las cosas están como están.* Lo que hemos visto hasta ahora es sólo una viñeta de dicho mosaico, o un esbozo del cuadro general. Aquí no vamos a considerar los trocitos de ese mosaico. Eso es algo que puedes hacer fácilmente tú solo cuando hayamos terminado.

—De acuerdo.

—Sin embargo, en dicha viñeta hay un elemento de capital importancia que conviene mencionar antes de seguir adelante... Uno de los rasgos más curiosos de la cultura de los Tomadores es su apasionada y generalizada dependencia de los profetas. El influjo de personajes como Moisés, Gau-tama Buda, Confucio, Jesús y Mahoma en la historia de los Tomadores es sencillamente grandísimo. Estoy seguro de que eres consciente de ello.

—Sí.

—Pero lo más curioso es el hecho de que no haya absolutamente nada de esto entre los Dejadores, a no ser como reacción a alguna experiencia desgraciada con la cultura tomadora, como es el caso de Wovoka, Ghost Dance, John Frumm o los cultos Cargo del Pacífico Sur. Aparte de estos casos, entre los Dejadores no existe una tradición de profetas surgidos para orientarlos en la vida y darles nuevos marcos de leyes o nuevos principios por los que regirse.

—Algo de esto ya se me había ocurrido a mí. Supongo que se le ocurre también a mucha gente. Creo que es... no sé...

—Sigue.

—Creo que el sentir general es, qué caramba, ¿a quién le importa esa gente? Quiero decir, que no es ninguna gran sorpresa que los salvajes no tengan profetas. Dios no se interesó realmente por la humanidad hasta que no aparecieron los simpáticos agricultores del Neolítico.

—Sí, esa idea parece bastante extendida. Pero a lo que quiero referirme ahora no es a la ausencia de profetas entre los Dejadores, sino al enorme influjo que los profetas han ejercido entre los Tomadores. Millones de personas se han mostrado dispuestas a respaldar al profeta de su elección, incluso con la propia vida. ¿Qué es lo que hace que sean tan importantes?

—Buena pregunta, sí señor; pero no creo que conozca la respuesta.

—¿No? Intenta hacerte esta otra pregunta: ¿qué estaban tratando de hacer aquí los profetas?

—A eso ya has contestado tú mismo hace un minuto. Estaban tratando de arreglar las cosas y decirnos cómo debíamos vivir.

—Una información realmente vital. Vale la pena morir por ella, sin duda.

—Sin duda.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué necesitáis que unos *profetas* os digan cómo debéis vivir? ¿Por qué necesitáis que *alguien* os diga cómo debéis vivir?

—Ah, vale. Ya veo a dónde pretendes llegar. Necesitamos que los profetas nos digan cómo debemos vivir porque, de lo contrario, no sabríamos cómo vivir.

—Claro. Las cuestiones sobre cómo vivir siempre acaban convirtiéndose entre los Tomadores en cuestiones religiosas, sobre las que disputan los profetas. Por ejemplo, cuando el aborto empezó a ser legalizado en este país, al principio fue tratado como un asunto puramente civil. Pero cuando la gente empezó a abrigar dudas al respecto, acudió a sus profetas, y el asunto se convirtió enseguida en una disputa religiosa, donde los distintos bandos buscaban el apoyo de clérigos. De la misma manera, el legalizar o no drogas como la heroína y la cocaína es una cuestión que se está debatiendo actualmente en términos fundamentalmente empíricos; pero en cuanto se convierta en una seria posibilidad, determinada gente empezará a esgrimir citas de las Escrituras para ver lo que sus profetas sentencian al respecto.

—Sí, así es. Es una reacción tan automática que la gente la da simplemente por descontada.

—Hace un minuto has dicho: "Necesitamos profetas para que nos digan cómo debemos vivir, pues de lo contrario no sabríamos cómo hacerlo". ¿Por qué? ¿Por qué no sabríais vivir sin profetas?

—Buena pregunta. Yo diría que porque... Mira, por ejemplo, el caso del aborto. Podemos estar *discutiendo* sobre el tema miles de años; pero nunca va a haber un argumento suficientemente sólido para *zanjar* la discusión, pues cada argumento tiene su contra-argumento. Así, es imposible *saber* lo que debemos hacer. Por eso tenemos necesidad de un profeta. El profeta sí *sabe*.

—Sí, creo que es eso. Pero sigue en pie la pregunta: ¿Por qué *vosotros* no sabéis?

—Creo que la pregunta sigue en pie pues..., porque no sé contestarla.

—Vosotros sabéis fisionar átomos, llegar a la luna y combinar genes, pero no sabéis cómo debe vivir la gente.

—Cierto.

—¿Y por qué? ¿Qué tiene que decir al respecto la Madre Cultura?

—¿Eh?—exclamé, cerrando los ojos. Y, un par de minutos después, proseguí—: La Madre Cultura dice que es posible tener *cierto* conocimiento de cosas como, por ejemplo, los átomos, los viajes espaciales y los genes, pero que no existe un conocimiento cierto sobre cómo debe vivir la gente. No está a nuestra disposición, y por eso no lo tenemos.

—Ya veo. Y, tras escuchar a la Madre Cultura, ¿qué dices *tú* mismo?

—Pues en este caso tengo que decir que estoy de acuerdo. El saber cómo debe vivir la gente es un conocimiento que simplemente no *está a nuestra disposición*.

—En otras palabras, que lo mejor que se puede hacer, puesto que no hay nada "a vuestra disposición", es buscar en vuestro interior. Eso es lo que se está haciendo en el debate sobre la legalización de las drogas. Cada bando

plantea su postura de acuerdo con lo que considera *razonable,* y elijáis uno u otro bando, no sabréis si habéis tomado la decisión correcta.

—Eso es absolutamente cierto. No se trata de hacer lo correcto porque no hay manera de saber qué es lo correcto. Se trata de una especie de votación.

—Y tú estás completamente seguro de que no hay ninguna manera de saber a ciencia cierta cómo debe vivir la gente.

—Completamente seguro.

—¿Cómo consigues tener esa seguridad?

—No lo sé. Saber cómo hay que vivir... eso no está al alcance de la mano, como sí lo está otro tipo de cosas. Como digo, no está *ahí,* a la mano.

—¿Pero alguno de vosotros ha mirado por *ahí?*

Esbocé una risita burlona.

—¿Alguien ha dicho alguna vez: "Bien, como tenemos cierto conocimiento de tantas otras cosas, por qué no vemos si podemos tener cierto conocimiento de cómo se debe vivir"? ¿Alguien ha dicho esto alguna vez?

—Lo dudo.

—¿Y no te parece extraño? Considerando el hecho de que éste es con mucho el problema más importante que tiene planteado la humanidad, que siempre ha tenido planteado, lo lógico es que hubiera toda una rama de la ciencia dedicada a ello. En cambio, descubrimos que no hay ningún humano que se haya preguntado nunca si existe por ahí algún conocimiento de este tipo.

—Nosotros sabemos que no existe.

—Sin siquiera poneros a buscar, quieres decir.

—Correcto.

—No es un procedimiento muy científico que digamos para una especie tan científica como la humana.

—Ya.

5

—Ya sabemos dos cosas muy importantes sobre los humanos —recapituló Ismael—, al menos según la mitología tomadora. La primera es que hay algo en ellos que falla básicamente, y, la segunda, que no existe un conocimiento cabal sobre la manera como deben vivir, ni lo habrá nunca. Parece como si debiera haber una relación entre estas dos cosas, ¿no?

—Sí. Si la gente supiera cómo vivir, entonces sabría cómo afrontar el hecho de que hay algo que falla en la naturaleza humana. Quiero decir, que el saber vivir debería incluir para los humanos el sabernos seres imperfectos. Ves lo que quiero decir, ¿no?

—Creo que sí. Estás diciendo que, si se supiera vivir, entonces podrían controlarse los fallos del hombre. Si supierais cómo vivir, no estaríais constantemente estropeando el mundo. Tal vez estas dos cosas no sean en realidad más que una. Tal vez el fallo fundamental del hombre es precisamente esto: que no sabe cómo debe vivir.

—Sí, por ahí va la cosa.

6

—Ya tenemos todos los elementos más importantes que ofrece tu cultura para explicar por *qué las cosas están como están*. El mundo le fue dado al hombre para que lo convirtiera en un paraíso; pero éste no deja de estropearlo porque es un ser básicamente imperfecto. Podría hacer algo al respecto si supiera cómo debe vivir; pero no lo sabe, ni lo sabrá nunca, pues no se puede obtener ningún conocimiento de esa índole. Así, por mucho que se empeñe el hombre en convertir el mundo en un paraíso, probablemente sólo consiga estropearlo aún más.

—Sí, eso parece.

—Es una historia triste la que tenemos ante nuestros ojos, una historia

de desesperanza y futilidad, una historia en la que literalmente no hay *nada que hacer*. Como el hombre es imperfecto, sigue estropeando lo que debería ser un paraíso, y no se puede hacer nada para impedirlo. No se sabe cómo hay que vivir para dejar de estropear el paraíso, y no se puede hacer nada al respecto. Así que ahí están, lanzados directamente a una catástrofe, y lo único que pueden hacer es ver cómo ocurre.

—Sí, así parece.

—Y como esta triste historia es la única perspectiva, no es de extrañar que muchos de ustedes pasen la vida enganchados a las drogas, a la bebida o a la televisión. No es de extrañar que muchos de ustedes se vuelvan locos o se quiten la vida.

—Cierto. Pero ¿hay otra?

—¿Otra qué?

—¿Otra historia?

—Sí, hay otra historia, pero los Tomadores están haciendo todo lo que pueden para destruirla junto con todo lo demás.

7

—¿Has visto muchos lugares de interés durante tus viajes?

—¿Que si he visto qué? —parpadeé con aire estúpido.

—Que si te has esforzado por ver los lugares de interés local.

—Supongo que sí. Algunas veces.

—Estoy seguro de que habrás reparado en que *sólo* los turistas miran realmente los lugares de interés local. A todos los efectos, éstos resultan invisibles a los nativos por el simple hecho de estar siempre ahí, a la vista general.

—Sí, así es.

—Esto es lo que hemos estado haciendo en nuestro viaje hasta ahora. Hemos estado recorriendo tu patria cultural mirando los hitos que los nativos no ven nunca. A un visitante de otro planeta le parecerían notables, incluso extraordinarios; pero los nativos de tu cultura los dan por supuestos y ni siquiera reparan en ellos.

—Es cierto. Has tenido que sujetarme la cabeza con ambas manos y dirigirla hacia un lugar, diciendo: "¿No *ves* eso?". Y yo he contestado muchas veces: "¿Ver qué? No hay nada que ver".

—Hoy hemos pasado la mayor parte del tiempo mirando uno de vuestros monumentos más impresionantes: el axioma según el cual no se puede tener un conocimiento cabal de cómo debe vivir la gente. La Madre Cultura pide que se crea esto sin más, sin pruebas, como algo intrínsecamente indemostrable.

—Cierto.

—¿Y la conclusión que tú sacas de este axioma es...?

—Que, por lo tanto, no sirve de nada buscar dicho conocimiento.

—Cierto. Según vuestros mapas, el mundo del pensamiento está delimitado por vuestra cultura. Termina en la frontera de vuestra cultura, y si os aventuráis más allá de ella, sencillamente os caeréis por el borde del mundo. ¿Ves lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Mañana nos armaremos de valor y cruzaremos esa frontera. Y, como verás, no nos caeremos por el borde del mundo. Simplemente nos encontraremos en un nuevo territorio, en un territorio nunca explorado por nadie de vuestra cultura, pues no figura en vuestros mapas, *ni puede* figurar.

Capítulo
SEIS

1

—Y ¿cómo te sientes hoy? —preguntó Ismael—. ¿Sudor en las manos? ¿Palpitaciones cardíacas?

Lo miré con aire pensativo a través del cristal que nos separaba. Aquel tono jocoso era algo nuevo, y no estaba seguro de que me gustara particularmente. Estuve tentado de recordarle que él no era más que un *gorila,* oiga usted, pero me contuve y musité en cambio:

—Bueno, relativamente tranquilo, por ahora.

—Bien. Al igual que el Segundo Sicario de *Macbeth,* tú eres un hombre al que las bofetadas del mundo le tienen tan quemado que haría lo que fuera por escupirle al mundo.

—Exactamente.

—Entonces, vamos a empezar. Nos enfrentamos aquí a un muro, justo en la frontera del pensamiento de tu cultura. Ayer yo lo llamé "monumento", pero supongo que no hay nada que impida que un muro sea también un monumento. En cualquier caso, este muro es un axioma según el cual el

hombre no puede saber cómo debe vivir. Yo rechazo dicho axioma y voy a franquear dicho muro. No necesitamos que un profeta venga a decirnos cómo hay que vivir; podemos descubrirlo por nosotros mismos mirando l*o que hay realmente ahí*.

Como no tenía nada que comentar al respecto, me limité a encogerme de hombros.

—Es natural que te muestres escéptico. Según los Tomadores, en el universo se puede encontrar todo tipo de información útil, pero no hay ninguna sobre la manera en que debe vivir la gente. Estudiando el universo, habéis aprendido a volar, a desin-tegrar los átomos, a mandar mensajes a los astros a la velocidad de la luz, etcétera; pero no sabéis estudiar el universo a fin de obtener el conocimiento más básico y necesario de todos: cómo debéis vivir.

—Cierto.

—Hace un siglo, los que querían volar se hallaban exactamente en la misma situación sobre cómo volar. ¿Ves a qué me refiero?

—No. No veo a qué viene eso ahora.

—Entonces nadie estaba en absoluto seguro de que se pudiera aprender a volar. Unos decían simplemente que era algo imposible, por lo que no servía de nada el intentarlo siquiera. ¿Ves ahora la similitud?

—Sí, supongo que sí.

—Pero aún se pueden decir más cosas que abundan en dicha similitud. En aquella época, nadie sabía a ciencia cierta que se pudiera volar. Cada cual tenía su propia teoría. Unos decían: "La única manera de conseguir volar es imitando al pájaro; basta con tener un par de alas que se muevan". Otros decían: "No basta con un par de alas; hay que tener dos pares". Otros argumentaban: "Paparruchas. Los aviones de papel vuelan sin alas móviles; basta con un par de alas rígidas y una fuente de alimentación eléctrica para mantenerte flotando en el aire". Y así sucesivamente. Podían pasar todo el día exponiendo sus opiniones personales, pues no había nada al respecto que

fuera absolutamente cierto. Lo único que podían hacer era proceder según el método del ensayo y el error.

—Ehh... Ummmm...

—¿Qué les habría permitido proceder de una manera más eficaz?

—Pues, como tú mismo dices, si hubieran tenido conocimientos más precisos...

—Pero ¿qué conocimientos en concreto?

—Yo qué sé... Por ejemplo, saber cómo despegar de la tierra. Saber que el aire que pasa por los álabes...

—¿Qué estás tratando de describir?

—Estoy tratando de describir lo que ocurre cuando el aire pasa por los álabes...

—¿Quieres decir lo que *siempre* ocurre cuando el aire pasa por los álabes, ¿no?

—Eso es.

—¿Cómo se llama eso? ¿Cómo se llama una formulación que describe lo que siempre ocurre cuando se dan ciertas circunstancias?

—Una ley.

—Exactamente. Los primeros aviadores tuvieron que proceder según el método del ensayo y el error porque no conocían las leyes de la aerodinámica; ni siquiera sabían que *existieran* dichas leyes.

—Ya. Ya veo a dónde quieres ir a parar.

—Los de tu cultura se encuentran en las mismas condiciones cuando tratan de saber cómo se debe vivir. Tienen que proceder según el método del ensayo y el error, pues no conocen ninguna ley en tal sentido.... y ni siquiera saben que *existen* tales leyes.

—Y yo estoy de acuerdo con la gente —corroboré.

—Tú estás seguro de que no puede descubrirse ninguna ley sobre cómo debe vivir la gente.

—Así es. Por supuesto, se están aprobando leyes constantemente, como las leyes contra el consumo de drogas, pero son leyes que se pueden cambiar mediante una votación. Pero tú no puedes cambiar las leyes de la aerodinámica mediante una votación, además de que no existen leyes de ese tipo sobre cómo debe vivir la gente.

—Entiendo. Eso es lo que enseña la Madre Cultura, y en esto tú la sigues. Pero, bueno, al fin tienes una idea bastante clara de lo que pretendo mostrarte: una ley que no está sujeta a ningún cambio ni a ninguna votación.

—Muy bien. Mi mente está abierta, pero no me imagino en absoluto cómo me puedes demostrar tal cosa.

2

—¿Qué es la ley de la gravedad? —me preguntó Ismael, sorprendiéndome de nuevo con un brusco cambio de tema.

—¿La ley de la gravedad? Pues, la ley de la gravedad dice... que en el universo todas las partículas se atraen mutuamente, atracción que varía según la distancia que existe entre ellas.

—Y esa ley se formuló... ¿a partir de qué?

—¿Qué quieres decir?

—Dicha ley se sacó... ¿mirando a dónde?

—Pues... mirando a la materia, supongo. Al comportamiento de la materia.

—No se sacó del estudio pormenorizado de los hábitos de las abejas.

—No.

—Claro, si quieres comprender los hábitos de las abejas, estudias las abejas, no la formación de las montañas.

—Correcto.

—Y si tuvieras la curiosa impresión de que podría haber una serie de leyes sobre cómo vivir, ¿a dónde mirarías?

—No lo sé.

—¿Mirarías a los cielos?

—No.

—¿Escarbarías en el mundo de las partículas subatómicas?

—No.

—¿Estudiarías las propiedades de la madera?

—No.

—Venga, a ver si lo adivinas.

—¿La antropología?

—La antropología es una ciencia, al igual que la física. ¿Descubrió Newton la ley de la gravedad leyendo un libro de física? ¿Estaba la ley formulada en un libro semejante?

—No.

—¿Dónde estaba escrita?

—En la materia, en el universo de la materia.

—Entonces, si existe una ley relativa a la vida, ¿dónde se encontrará escrita?

—Supongo que en la conducta humana.

—Tengo unas noticias increíbles para ti. El hombre *no está solo en este planeta*. Forma parte de una comunidad, de la que depende por entero. ¿No se te ha ocurrido nunca esta posibilidad?

Fue la primera vez, desde que le conocía, que le vi arquear una ceja.

—No tienes por qué ser sarcástico —le hice saber.

—¿Cómo se llama la comunidad de la que el hombre forma parte integrante?

—La comunidad de la vida.

—Muy bien. ¿Te parece plausible que la ley que estamos buscando se halle escrita en esa comunidad?

—No lo sé.

—¿Qué dice la Madre Cultura?

Cerré los ojos y permanecí a la escucha durante unos instantes.

—La Madre Cultura dice que, si existiera dicha ley, no se aplicaría a los humanos.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros estamos muy por encima del resto de esa comunidad.

—Ya veo. ¿Y no se te ocurre ninguna otra ley de la que estéis exentos por el hecho de ser humanos?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que las vacas y las cucarachas están sujetas a la ley de la gravedad. ¿Están exentas?

—No.

—¿Estáis exentos vosotros de las leyes de la aerodinámica?

—No.

—¿De la genética?

—No.

—¿De la termodinámica?

—No.

—¿Se te ocurre alguna ley de la que estén exentos los humanos?

—Así, de repente, no.

—Pues... házmelo saber si se te ocurre. Sería una auténtica novedad.

—Muy bien.

—Pero, entre tanto, si hubiera una ley que rigiera el comportamiento de la comunidad de la vida en general, los humanos estarían exentos de ella, ¿no?

—Pues..., eso es lo que dice la Madre Cultura.

—¿Y qué dices tú?

—Yo no lo sé. No veo cómo una ley que existe para las tortugas y las mariposas podría tener una particular relevancia para nosotros. Supongo que las tortugas y las mariposas obedecen esa ley de la que estás hablando.

—Sí, en efecto. Y, en cuanto a la relevancia, supongo que las leyes de la aerodinámica no siempre fueron relevantes para vosotros, ¿verdad que no?

—No.

—¿Cuándo empezaron a ser relevantes?

—Pues... cuando quisimos volar.

—Cuando quisisteis volar, las leyes que rigen el vuelo se volvieron relevantes.

—Sí, así es.

—Y ahora que estáis al borde de la extinción y queréis vivir un poco más, las leyes que rigen la vida podrían volverse relevantes, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

3

—¿Que efecto tiene la ley de la gravedad? ¿Para qué sirve la gravedad?

—Yo diría que la gravedad organiza las cosas a nivel macro-cósmico. Es lo que mantiene unidas las cosas: el sistema solar, la galaxia, el universo.

Ismael asintió.

—Y la ley que estamos buscando es la ley que mantiene unida a la comunidad de los seres vivos. Organiza las cosas a nivel biológico al igual que la ley de la gravedad organiza las cosas a nivel macroscópico.

—De acuerdo. —Creo que Ismael notó que yo tenía en la mente otra cosa, pues esperó a que prosiguiera—. Resulta difícil imaginar que nuestros biólogos no sean conscientes de esta ley.

Unas arrugas de asombro divertido se dibujaron en la piel azul-gris de su cara.

—¿Tú crees que la Madre Cultura no les habla a vuestros biólogos?

—Cómo voy a creer eso.

—Entonces ¿qué es lo que les dice?

—Que si existe dicha ley, ésta no se aplica a nosotros.

—Por supuesto. Pero eso no contesta realmente a tu pregunta. Vuestros biólogos no se sorprenderían de oír que el comportamiento de la comunidad natural sigue ciertas pautas. Recordarás que, cuando Newton formuló la ley de la gravedad, nadie se mostró particularmente asombrado. No se necesita poseer una inteligencia sobrehumana para afirmar que los objetos que no encuentran resistencia caen libremente hacia el centro de la Tierra. Eso lo sabe cualquier niño con más de dos años. El logro de Newton no consistió en descubrir el *fenómeno* de la gravedad, sino en formular dicho fenómeno *como ley*.

— Ya veo lo que quieres decir.

— De la misma manera, nada de lo que descubramos aquí sobre la vida en la comunidad de los vivientes va a dejar a nadie asombrado, y desde luego que no a los naturalistas, biólogos y estudiosos de la conducta animal en general. Mi logro, si es que lo consigo, sería simplemente formularlo como ley.

— De acuerdo. Pillado.

4

— ¿Dirías que la ley de la gravedad tiene por objeto el vuelo?

Me quedé pensando unos instantes, y luego contesté: —No *el vuelo* exactamente, pero sin duda que éste es importante en cuanto que dicha ley se aplica a los aviones igual que a las rocas. La ley no establece distinción entre aviones y rocas.

—Correcto. La ley que estamos buscando aquí se parece mucho a la ley que rige a las civilizaciones. No es una ley sobre las civilizaciones, pero se aplica a las civilizaciones de la misma manera que se aplica a las bandadas de pájaros y a las manadas de ciervos. No distingue entre las civilizaciones humanas y las colmenas. Se aplica a todas las especies sin distinción. Ésta es una de las razones por las que no se ha descubierto dicha ley en vuestra

cultura. Según la mitología de los Tomadores, el hombre es por definición una excepción biológica. De todos los millones de especies, sólo una es un *producto final*. El mundo no se hizo para producir ranas, cigarras, tiburones o saltamontes. Se hizo para que surgiera el hombre. Así pues, el hombre ocupa un lugar aparte, es un ser excepcional que está infinitamente por encima de todo el resto.

—Cierto.

5

Ismael pasó los siguientes minutos con la vista fija en un punto situado a medio metro de su nariz, y yo empecé a preguntarme si no se habría olvidado de que yo estaba allí. Luego sacudió la cabeza y volvió en sí. Por primera vez desde que nos conocíamos, pronunció una especie de mini-conferencia.

— Los dioses han jugado tres malas pasadas a los Tomadores —comenzó—. En primer lugar, no pusieron el mundo donde los Tomadores creían que debía estar; a saber, en el centro del universo. Pero, aunque a los hombres les disgustó esto sobremanera, pronto se acostumbraron. Su hogar se hallaba situado en el último rincón del universo, pero ello no fue óbice para que siguieran creyéndose los protagonistas de la gran "representación teatral" de la creación.

»La segunda mala pasada de los dioses fue peor. Como el hombre era la cúspide de la creación, la criatura para la que se había hecho todo lo demás, los dioses deberían haber tenido la deferencia de crear al hombre de manera adecuada a su dignidad e importancia; es decir, en el marco de una acción creadora separada, especial. En cambio, decidieron que evolucionara a partir del légamo original, igual que las garrapatas y los trematodos. Los Tomadores se enfadaron *mucho* al enterarse de esto, pero no tardaron en acostumbrarse. Aun cuando el hombre había evolucionado a partir del légamo

primordial, sigue siendo su destino, según designio divino, el regir el mundo, y tal vez incluso el universo en su totalidad.

»Pero la última mala pasada de los dioses fue la peor de todas.

Aunque los Tomadores no lo saben aún, los dioses no eximieron al hombre de la ley que rige la vida de las larvas, garrapatas, gambas, conejos, moluscos, ciervos, leones y medusas. No lo eximieron de esta ley como tampoco lo eximieron de la ley de la gravedad. Y éste iba a ser el golpe más duro infligido a los Tomadores en su conjunto: podrían acostumbrarse a otras malas pasadas de los dioses; pero a ésta, no.

Ismael, montón de piel y carne, permaneció en silencio un buen rato, supongo que para que yo digiriera estas últimas palabras. Luego prosiguió:

—Una ley es ley porque surte efecto; de lo contrario no la podríamos descubrir. Los efectos de la ley que estamos buscando son muy sencillos. Las especies que viven según la ley viven perennemente, siempre y cuando lo permitan las condiciones medioambientales. Esto, debería ser una buena noticia para la humanidad en general, pues si ésta vive según dicha ley, entonces también vivirá perennemente, o al menos mientras las condiciones lo permitan.

»Pero, por supuesto, éste no es el único efecto de la ley. Las especies que *no* viven según la ley se extinguen. En la escala del tiempo biológico, se extinguen muy rápidamente. Lo cual es una noticia muy mala para los de tu cultura, la peor que hayáis oído nunca.

— No pensarás —le interrumpí— que con esta explicación ya sé dónde he de buscar esa ley.

Ismael reflexionó un momento y luego cogió una ramita de la pila que tenía a la derecha, la sostuvo para que yo la viera y luego la dejó caer al suelo.

— He aquí el efecto que Newton trató de explicar. —Y luego agitó una mano en dirección a la calle—. Este es el efecto que *yo estoy* tratando de explicar. Si miras ahí fuera, verás un mundo lleno de especies, que, si lo

permiten las condiciones medioambientales, van a seguir viviendo indefinidamente.

— Ya. Pero ¿por qué hay que explicar esto?

Ismael cogió otra ramita del montón, la sostuvo y la dejó caer al suelo—. ¿Que por qué esto necesita una explicación?

— Bueno..., tú quieres probar que este fenómeno no es el resultado del *azar*, que es el producto de una ley, que hay una ley detrás, ¿no?

— Exactamente. Hay una ley detrás, y mi tarea es mostrarte cuáles son sus efectos. En este punto, la manera más fácil de mostrarte cómo actúa es por analogía con leyes que ya conoces; por ejemplo, la ley de la gravedad y las leyes de la aerodinámica.

6

—Bien. Sabes que, mientras estamos aquí sentados, no estamos en modo alguno oponiendo resistencia a la ley de la gravedad. Los objetos que no se apoyan en nada caen libremente hacia el centro de la Tierra, y las superficies sobre las que estamos sentados impiden nuestra caída.

— Así es.

— Las leyes de la aerodinámica no nos ayudan a desafiar la ley de la gravedad. Estoy seguro de que esto lo entiendes; simplemente, hablan de la posibilidad de utilizar el aire a modo de apoyo. Un hombre sentado en un avión está sujeto a la ley de la gravedad exactamente igual que nosotros, que estamos sentados aquí. Sin embargo, el hombre que está sentado en un avión disfruta obviamente de una libertad de la que carecemos nosotros aquí: de la libertad del aire.

— Sí.

— Pues bien, la ley que estamos buscando se parece a la ley de la gravedad. No hay manera de eludirla, pero hay una manera de alcanzar el equivalente del vuelo: el equivalente de la libertad del aire. En otras

palabras, que es posible construir una civilización que vuele.

Lo miré fijamente unos instantes y luego asentí:

— De acuerdo.

—Recordarás la época en que los Tomadores empezaron a ensayar los vuelos con motor. No empezaron estudiando las leyes de la aerodinámica, ni tratando de formular una teoría basada en la investigación y experimentación cuidadosamente planificada. Simplemente, construyeron unos artilugios que lanzaron por los bordes de los acantilados y esperaron a que el invento funcionara.

— Cierto.

— Bien. Seguiré detallándote uno de estos primeros intentos. Supongamos que el intento se lleva a cabo con uno de esos artilugios maravillosamente impulsados por pedales y provistos de alas móviles, basados en una comprensión errónea del vuelo aeronáutico.

— De acuerdo.

— Al principio del vuelo, todo va bien. Nuestro aspirante a aviador se ha lanzado por el borde del acantilado y está pedaleando, con las alas del ingenio batiendo como locas. Se siente divinamente, como arrobado. Está experimentando la libertad del aire. De lo que no se da cuenta, sin embargo, es de que este ingenio es aerodinámicamente incapaz de volar. Simplemente, no observa las leyes que hacen posible el vuelo; pero él se reiría si le dijeras eso. Él nunca ha oído hablar de tales leyes y no conoce nada sobre ellas. Te señalaría las alas batientes y te diría: "¿Ves? ¡Igual que un pájaro!". Sin embargo, independientemente de lo que él piense, el caso es que no está volando. Es un objeto en caída libre hacia el centro de la Tierra. ¿Estás de acuerdo conmigo hasta aquí?

— Sí.

— Por suerte, o digamos más bien por desgracia para nuestro aviador, él escogió un acantilado muy alto para propulsar su ingenio. Su desengaño está aún muy lejos, tanto en el tiempo como en el espacio. Ahí lo tenemos,

pues, en caída libre, sintiéndose un ser maravilloso y congratulándose por su triunfo. Se parece al del chiste que salta por la ventana desde el decimonoveno piso. Al pasar por el noveno, se dice a sí mismo: "¡Qué bien va todo!".

«Ahí está, pues, repito, en caída libre, experimentando el júbilo que le proporciona el estar volando. Desde la altura, puede ver kilómetros y kilómetros a su alrededor, aunque una cosa que ve lo deja algo perplejo: el fondo del valle está sembrado de ingenios como el suyo. No estrellados, simplemente abandonados. "¿Por qué", se pregunta, "están esos ingenios ahí abajo, en el suelo, y no en el aire? ¡Qué locos son abandonando su aparato, cuando podrían estar disfrutando de la libertad del aire!". Estas excentricidades de unos mortales de corto alcance no son para él motivo de preocupación. Sin embargo, al volver a mirar al fondo del valle hay algo que le preocupa ahora: parece no estar manteniendo la altura. Parece como si la tierra estuviera subiendo sin cesar hacia él. Pero, bueno, decide no preocuparse demasiado. Después de todo, su vuelo ha sido un completo éxito hasta ahora, y no hay motivos para que deje de seguir siéndolo. Sólo tiene que pedalear con un poco más de intensidad; eso es todo.

»Por ahora, todo va bien. Piensa con sorna en los que vaticinaron que su vuelo terminaría en desastre, huesos rotos y muerte. Aquí está él: ha hecho todo este trayecto sin el menor rasguño, y desde luego sin ningún hueso roto. Pero mira hacia abajo de nuevo y lo que ve le preocupa realmente. La ley de la gravedad ha salido a su encuentro a la velocidad de diez metros por segundo al cuadrado, una velocidad de aceleración que va en constante aumento. El suelo se precipita ahora hacia él de manera alarmante. Está preocupado, ciertamente, pero ni mucho menos desesperado. "Mi aparato me ha traído hasta *aquí* sin sufrir daño alguno", se dice. "Así que voy a seguir". Y, en efecto, se lanza a pedalear con todas sus fuerzas. Lo cual, por supuesto, no redunda en su bien, pues su artilugio no se atiene a las leyes de la aerodinámica. Aun cuando tuviera el poder de mil

hombres en sus piernas —o de diez mil, o de un millón—, su artilugio no conseguiría volar; está condenado a estrellarse, y él también, si no lo abandona.

— Vale, ya veo lo que quieres decir, pero no veo la relación con lo que estábamos hablando antes.

Ismael asintió con la cabeza.

— Bien, yo te lo diré. Hace diez mil años, los de tu cultura se embarcaron en un vuelo parecido: el vuelo de la civilización. Su aparato no estaba diseñado siguiendo ninguna teoría. Al igual que nuestro aviador imaginario, no tenían la menor idea de que había una ley que observar para conseguir el vuelo de la civilización. Ni siquiera se preguntaron si existía tal cosa. Querían la libertad del aire, y se lanzaron en el primer avión que encontraron a mano: el avión de los Tomadores.

»Al principio, todo marchó bien. En realidad, marchó fenomenalmente. Los Tomadores estaban alejándose a base de pedalear y de batir las alas de su artilugio. Se sentían encantados, jubilosos. Estaban experimentando la libertad del aire: la libertad respecto de las ataduras que acogotan al resto de la comunidad biológica. Y con esa libertad se fueron produciendo auténticas maravillas. Me refiero a todas esas cosas que mencionaste el otro día: las primeras ciudades, la tecnología, las matemáticas, la ciencia.

»Era impensable que su vuelo pudiera detenerse alguna vez; seguro que seguiría siendo cada vez más apasionante. No podían saber, ni siquiera barruntar, que, al igual que nuestro malhadado aviador, estaban en el aire, sí, pero en realidad no estaban volando. Estaban en caída libre, pues su aparato no obedecía la ley que hace posible el vuelo. Pero su desengaño está aún en un futuro lejano, y siguen pedaleando y pasándoselo estupendamente bien. Al igual que nuestro aviador, tienen algunas visiones extrañas durante el transcurso de su caída. Ven los restos de unos aparatos muy parecidos al suyo —no destruidos, sino solamente abandonados—: los aparatos de los mayas, los hohokam, los anasazi o los pueblos del culto hopewell, por mencionar sólo

unos cuantos de los que hay por aquí, por el Nuevo Mundo. "¿Por qué", se preguntan, "hay aparatos en el suelo y no en el aire? ¿Cómo puede haber algún pueblo que prefiera precipitarse hacia la tierra en vez de disfrutar de la libertad del aire, como nosotros?". Es algo que les resulta incomprensible, como un misterio insondable.

«Semejantes necedades dejan indiferentes a los Tomadores, los cuales siguen pedaleando y pasándoselo estupendamente. Ellos no piensan abandonar *su* aparato. Piensan seguir disfrutando de la libertad del aire eternamente. Pero, ay, están sujetos a una ley. No saben que exista dicha ley, pero la ignorancia no los exime de su cumplimiento ni los protege contra sus efectos. Es una ley que no perdona, que se impone de la misma manera que la ley de la gravedad se imponía a nuestro aviador *a una velocidad creciente.*

«Algunos pensadores del siglo XIX, como Robert Wallace y Thomas Robert Malthus, miraron hacia abajo. Probablemente mil años antes, o sólo quinientos años antes, no habrían reparado en nada. Pero lo que ven en su tiempo los alarma. Es como si el suelo se les estuviera acercando a marchas forzadas, como si fueran a estrellarse. Echan cuentas y dicen: "Si seguimos así, en un futuro no muy lejano vamos a meternos en un berenjenal muy grande". Los otros Tomadores no se tomaron en serio sus vaticinios. "Hemos avanzado muchísimo siguiendo este camino y no nos hemos hecho ni un rasguño. Es cierto que el suelo parece aproximarse cada vez más, pero esto sólo significa que tenemos que pedalear un poco más fuerte. No hay por qué preocuparse". Sin embargo, tal y como estaba vaticinado, la hambruna no tardó en hacer estragos en muchas partes del aparato de los Tomadores, los cuales tuvieron que pedalear más todavía y más eficazmente que antes. Pero, por extraño que pueda parecer, cuanto más eficazmente pedaleaban más empeoraba la situación. Algo bastante curioso, por cierto. Peter Farb lo califica de paradoja: "La intensificación de la producción para alimentar a una población incrementada conduce a un incremento aún mayor de la

población". "No pasa nada", decían y dicen los Tomadores. "Tendremos que aplicar un control de la natalidad más eficaz para que algunas personas pedaleen mejor. Entonces sí que volará a perpetuidad el aparato de los Tomadores".

»Pero unas respuestas tan simples no bastan en la actualidad para tranquilizar a los de tu cultura. Cuando miráis hacia abajo, os resulta obvio que el suelo se os acerca vertiginosamente con cada año que pasa. Los sistemas ecológicos y planetarios básicos están viéndose afectados por el aparato de los Tomadores, con un impacto que aumenta en intensidad con el paso de los años. Cada año se consumen recursos básicos, insustituibles, y cada año se consumen con mayor avidez. Especies enteras están desapareciendo como consecuencia de vuestra invasión, y cada año que pasa aumenta el número de las que desaparecen. Los pesimistas —o tal vez mejor los realistas— miran hacia abajo y dicen: "El tortazo puede producirse dentro de veinte o, como mucho, cincuenta años. Aunque, en realidad, podría producirse en cualquier momento. Es algo que no se puede saber a ciencia cierta". Por supuesto, también hay optimistas que dicen: "Debemos tener fe en nuestro artilugio. Después de todo, nos ha traído hasta *aquí* sanos y salvos. Lo que tenemos delante no es una catástrofe, es sólo una pequeña montaña que podemos sobrevolar si nos ponemos todos a pedalear con un poco más de fuerza. Entonces saldremos disparados hacia un futuro brillante, infinito, y entonces el aparato de los Tomadores nos llevará hacia las estrellas y conquistaremos el resto del universo". Pero vuestro aparato no va a salva-ros. Al contrario, es vuestro artilugio lo que os va a llevar a la catástrofe. Ni cinco ni diez ni veinte mil millones de vosotros pedaleando podrían conseguir que vuele. Se halla en caída libre desde el principio, una caída que está a punto de tocar a su fin.

Al final de su discurso, se me ocurrió algo que comentar de mi propia cosecha.

—Lo peor de la historia —observé— es que los supervivientes, si es que queda alguno, se pondrán enseguida manos a la obra para volver a hacer lo mismo, y exactamente de la misma manera.

—Sí, siento decir que llevas razón. El método del ensayo y el error no es una mala manera de aprender a construir un avión, pero puede ser una manera desastrosa de aprender a construir una civilización.

Capítulo
SIETE

1

—Te voy a proponer una adivinanza para ver si !a aciertas —empezó Ismael—. Te encuentras en un lugar remoto, en una ciudad extraña, aislado de todos tus congéneres. Enseguida te sientes impresionado por la gente que te rodea. Es amigable, alegre, sana, próspera, vigorosa, pacífica, educada, y te cuenta cosas que se vienen produciendo desde tiempo inmemorial. En fin, estás contento de hacer aquí un alto en el camino. Una familia del lugar te invita a alojarte en su casa.

»La cena te parece deliciosa, aunque con un sabor un poco extraño, y, tras preguntar qué es, ellos te contestan: "Ah, es carne de los B, por supuesto. Es lo único que comemos". Aquella respuesta, naturalmente, te desconcierta y les preguntas de nuevo si se refieren a los corderos del rebaño que se divisa a lo lejos. Ellos se ríen y te llevan a la ventana. "Ahí hay algunos B", te informan, señalando hacia la casa de al lado.

—¡Cielo santo! —exclamas horrorizado—. ¡No querréis decir que coméis *personas!*

Ellos te miran con extrañeza y contestan:

—Nosotros nos comemos a los B.

—¡Qué atrocidad! —exclamas—. ¿Es que son vuestros esclavos, acaso? ¿Los tenéis encerrados?

—¿Por que íbamos a tenerlos encerrados? —preguntan a su vez tus anfitriones.

—Pues para impedir que salgan huyendo, por supuesto.

»Tus anfitriones están empezando a pensar que estás un poco ido y te explican que a los B nunca se les ocurriría salir huyendo, pues los A, su comida, viven justo enfrente, al otro lado de la calle.

»En fin, no voy a cansarte con la retahíla de exclamaciones indignadas por tu parte y de explicaciones poco convincentes por la de ellos. Al final, acabas haciéndote cargo de la espantosa verdad. Los A son comidos por los B, y los B son comidos por los C, los cuales son comidos a su vez por los A. No existe ninguna jerarquía entre estas clases alimenticias. Los C no se sienten superiores a los B, pues son su comida y, después de todo, ellos son a su vez la comida de los A. Todo transcurre de modo perfectamente democrático y amigable. Pero, por supuesto, todo te resulta completamente espantoso a ti, y les preguntas ahora cómo pueden aguantar vivir así, sin ley. Una vez más, ellos te miran extrañados.

—¿Qué quieres decir con lo de vivir sin ley? —preguntan—. Nosotros tenemos una ley, que todos seguimos invariablemente. Por eso somos tan amigables, alegres, pacíficos y todas esas cosas que tan atractivas encuentras en nosotros. Y esta ley es el fundamento de nuestro éxito como pueblo, y lo viene siendo desde el principio.

Ismael me interpeló por fin.

—Y he aquí, finalmente, la adivinanza. Sin preguntárselo a ellos, ¿puedes decirme cómo averiguar qué ley observan?

Le miré sin dejar de parpadear.

—No se me ocurre ninguna respuesta.

—Piensa un poco.

—Bueno..., obviamente su ley es que los A se comen a los C, los B se comen a los A, y los C se comen a los B.

Ismael sacudió la cabeza.

—Eso es simplemente cuestión de preferencias alimenticias. Para eso no se necesita ninguna ley.

—Entonces necesito alguna pista más para seguir adelante. La única pista de que dispongo son sus preferencias alimenticias.

—Dispones de otras tres pistas más. Tienen una ley que siguen invariablemente, y por seguirla invariablemente han alcanzado un gran éxito en el plano social.

—Me parecen aún insuficientes. A no ser que la ley sea algo así como... "Relájate y disfruta".

—No te estoy pidiendo que adivines cuál es la ley. Te estoy pidiendo que crees un método para *descubrir* dicha ley.

Me arrellané en el sillón, junté las manos sobre el estómago y me quedé mirando al techo. Unos minutos después, me vino una idea.

—¿May algún castigo por infringir esa ley?

—La muerte.

—Entonces, yo esperaría a que ejecutaran a alguien.

Ismael sonrió.

—Ingenioso, pero difícilmente puede considerarse un método. Además, no estás teniendo en cuenta el hecho de que es una ley seguida invariablemente. Nunca ha habido una sola ejecución.

Suspiré y cerré los ojos. Unos minutos después, aventuré:

—¿Observar? ¿Observar minuciosamente a la gente durante un largo período de tiempo?

—Eso ya se acerca un poco más. ¿Qué es lo que estarías observando?

—Lo que ellos *no* hacen. Lo que ellos no harían *nunca*.

—Bien. Pero ¿cómo distinguirías entre la paja y el grano? Por ejemplo, ¿podrías descubrir que nunca duermen con los pies para arriba y la cabeza para abajo, o que nunca tiran piedras a la luna? Habría un millón de cosas que no hacen nunca, pero tales cosas no estarían necesariamente prohibidas por la ley.

—Cierto. Veamos. Tienen una ley, la siguen invariablemente y, según ellos... Ah. Según ellos, seguir esta ley les ha dado una sociedad que funciona muy bien. ¿Están realmente convencidos de ello?

—Sin duda. Forma parte de la hipótesis.

—Entonces esto eliminaría la mayor parte de la paja. El hecho de que nunca duerman con la cabeza abajo y los pies arriba no tendría nada que ver con el hecho de tener una sociedad que funciona bien. Veamos. En realidad... Lo que yo buscaría realmente es... Yo abordaría el problema desde dos lados. Desde el primero, me preguntaría: "¿Qué es lo que hace que funcione bien una sociedad?". Y, desde el otro, preguntaría: "¿Qué es lo que ellos *no* hacen pero hace que funcione bien esta sociedad?".

—Muy bien. Como has razonado tan brillantemente, voy a darte ahora un descanso. A pesar de los pesares, va a haber una ejecución. Por primera vez en la historia, alguien ha infringido la ley, que es el fundamento de esta sociedad. Todos están indignados, horrorizados, estupefactos. Cogen al infractor, lo hacen picadillo y lo echan a los perros. Esto debería servirte de gran ayuda para descubrir su ley.

—Sí.

—Yo haré el papel de tu anfitrión. Acabamos de asistir a la ejecución. Tú puedes hacerme las preguntas que quieras.

—De acuerdo. ¿Qué ha hecho este individuo?

—Ha infringido la ley.

—Ya. Pero ¿qué ha hecho exactamente?

Ismael se encogió de hombros.

—Vivió de manera contraria a la ley. Hizo cosas que nosotros no hacemos nunca.

Me quedé mirándolo.

—Eso no está bien. No estás contestando a mis preguntas.

—Vamos a ver, joven, toda esta triste historia es de dominio público. La biografía del ajusticiado está disponible en la biblioteca central con todo lujo de detalles.

Refunfuñé.

—Y bien, ¿cómo vas a utilizar esta biografía? En ella no se dice cómo el individuo infringió la ley. Es sólo un informe por-menorizado de cómo vivió, y la mayor parte te resultará sin duda irrelevante.

—De acuerdo, pero constato que esto me proporciona otra pista. Ahora ya tengo tres: lo que hace que su sociedad funcione bien, lo que ellos no hacen nunca y lo que hizo *él* pero que *nunca* hacen los demás.

—Muy bien. Éstas son exactamente las tres pistas de que dispones para adivinar la ley que estamos buscando aquí. La comunidad de la vida en este planeta ha funcionado bien durante tres mil millones de años, por no decir incluso que maravi-llosamente bien. Los Tomadores se apartaron horrorizados de esta comunidad, creyendo que era un lugar caótico, sin ley, salvaje, donde reinaba una competencia inmisericorde y donde cada criatura debía temer por su vida. Pero los de vuestra especie que viven realmente en esta comunidad no creen que sea así, y verterán la última gota de su sangre antes que apartarse de ella.

»Es en realidad una comunidad bien ordenada. Las plantas verdes sirven de comida a los herbívoros, los cuales sirven de comida a los depredadores, algunos de los cuales sirven de alimento a su vez a otros depredadores. Y lo que queda sirve de comida a los carroñeros, que devuelven a la tierra unos nutrientes necesarios para las plantas verdes. Es un sistema que ha funcionado a la perfección durante miles de millones de años. Es comprensible que a algunos cineastas les encanten las escenas

sanguinolentas, pero cualquier naturalista te dirá que no existe ningún tipo de guerra entre las especies. La gacela y el león son enemigos sólo en la mente de los Tomadores. El león que se acerca a una manada de gacelas no las masacra, como haría un enemigo. Mata a una, no para satisfacer su odio hacia las gacelas, sino para satisfacer su hambre, y una vez que ha consumado su acción de matar, las demás gacelas siguen pastando felices y contentas con el león en medio de ellas.

»Todo esto sucede porque existe una ley observada invariablemente en el seno de la comunidad, sin la cual dicha comunidad se sumiría en el caos, se desintegraría rápidamente, desaparecería. El hombre debe su existencia a esta ley. Si las especies que lo rodean no la acataran, él no habría nacido ni podría sobrevivir. Es una ley que protege no sólo a la comunidad en su totalidad, sino también a las distintas especies dentro de dicha comunidad, e incluso a cada uno de los individuos. ¿Comprendes lo que te digo?

—Comprendo lo que me dices, pero no tengo la menor idea de cuál puede ser esta ley.

—Estoy apuntando a sus efectos.

—De acuerdo.

—Es una ley que busca la paz y que impide que la comunidad se suma en ese caos enloquecedor que sólo existe en la imaginación de los Tomadores. Es una ley que favorece la vida de todos, la vida de las hierbas, de los saltamontes que se alimentan de las hierbas, de la codorniz que se alimenta de los saltamontes, del zorro que se alimenta de la codorniz, de los cuervos que se alimentan del zorro muerto.

»Los osteictios que merodearon por las costas de los continentes se originaron porque cientos de millones de generaciones de seres vivos anteriores habían seguido esta ley; y al-gunos de ellos se convirtieron en anfibios siguiendo esta ley. Y algu-nos anfibios se convirtieron en reptiles siguiendo esta ley. Y algunos reptiles se convirtieron en aves y mamíferos siguiendo esta ley. Y algunos mamíferos se convirtieron en primates siguiendo

esta ley. Y una rama de los primates se convirtió en el austra-lopithecus siguiendo esta ley. Y el australopithecus se convirtió en el h*omo habilis* siguiendo esta ley. Y el *homo habilis* se convirtió en el *homo erectus* siguiendo esta ley. Y el *homo erectus* se convirtió en el *homo sapiens* siguiendo esta ley. Y el *homo sapiens* se convirtió en *homo sapiens sapiens* siguiendo esta ley.

»Y luego, hará unos diez mil años, una rama de la familia del *homo sapiens sapiens* dijo: "El hombre está exento de esta ley. Los dioses nunca planearon que el hombre estuviera sujeto a ella". Y, en consecuencia, construyeron una civilización que se burla de esta ley en todos los aspectos, y, unas quinientas generaciones después —un abrir y cerrar de ojos en la escala del tiempo biológico—, esta rama de la familia del *homo sapiens sapiens* descubrió que había llevado al mundo entero al borde de la extinción. ¿Y cuál es la explicación que dio de esta calamidad?

—¿Eh?

—El hombre vivió inofensivamente en este planeta durante unos tres millones de años, pero los Tomadores lo han llevado al borde del colapso en tan sólo unas quinientas generaciones. ¿Y la explicación que han dado a esto es...?

—Veo lo que quieres decir. La explicación es que hay algo en el hombre que no funciona como es debido.

—No es tanto que los Tomadores se hayan comportado indebidamente, sino que hay algo en la naturaleza humana que no funciona como es debido.

—Exacto.

—¿Qué, te gusta esta explicación?

—Estoy empezando a abrigar ciertas dudas al respecto.

—Bien.

3

—En la época en que los Tomadores irrumpieron en el Nuevo Mundo y empezaron a destrozarlo todo, los Dejadores estaban buscando *in situ* una respuesta a la pregunta: "¿Existe una manera de ser sedentario que no atente contra la ley que hemos venido observando desde el principio de los tiempos?". Por supuesto, no pretendo decir que hubieran formulado conscientemente esta pregunta. Ellos no eran más conscientes de esta ley que los primeros aviadores lo fueron de las leyes de la aerodinámica. Pero pelearon igualmente: construyendo y abandonando un ensayo de civilización tras otro, tratando de encontrar uno que volara. Proceder de esta manera puede resultar muy lento. Proceder según el método del ensayo y el error podría haberles supuesto otros diez o cincuenta mil años. Al parecer tenían la sensatez suficiente para decirse que no había prisa. No *tenían necesidad* de lanzarse al aire. Según ellos, no tenía sentido entregarse a un modo de civilización que iba claramente lanzado hacia el desastre, como ha ocurrido con los Tomadores.

Ismael hizo una parada, y al ver yo que no proseguía, pregunté:

—¿Y ahora qué?

Sus pómulos se contrajeron para esbozar una sonrisa.

—Ahora puedes marcharte y volver cuando estés preparado para decirme qué ley o conjunto de leyes ha existido en la comunidad de la vida desde el principio.

—No estoy seguro de estar preparado para eso.

—Pues es lo que hemos estado haciendo aquí durante la última media semana, aunque no desde el principio: hemos estado preparándonos.

—Pero yo no sabría por dónde empezar.

—Sí que lo sabes. Tienes las mismas tres pistas que en el caso de los A, los B y los C. La ley que estás buscando ha sido observada invariablemente en la comunidad de la vida durante tres mil millones de años. —Ismael hizo un

gesto en dirección al mundo exterior—. Y por eso *las cosas están como están.* Si esta ley no hubiera sido observada desde el principio por una generación tras otra, los mares habrían sido unos desiertos sin vida y la Tierra seguiría siendo un montón de polvo azotado por el viento. Las incontables formas de vida que ves aquí surgieron siguiendo esta ley, y fue siguiendo esta ley como surgió también el hombre. Y sólo una vez en toda la historia de este planeta ha habido una especie que ha tratado de vivir desafiando esta ley, y no una especie entera, sino sólo un pueblo llamado los Tomadores. Hace diez mil años, este pueblo dijo: "Se acabó lo que se daba. El hombre no está sujeto a esta ley", y empezó a saltarse a la torera la ley en todos los aspectos. Todo lo que estaba prohibido por esa ley lo incorporó a su civilización *en el marco de su política básica*. Y ahora, quinientas generaciones después, están a punto de pagar el precio que cualquier otra especie habría tenido que pagar por vivir de manera contraria a esta ley.

Ismael abrió una mano a modo conclusivo.

—Esto debería bastarte como pista.

4

La puerta se cerró detrás de mí, y allí estaba yo... Como no podía volver a entrar ni tampoco quería irme a casa, me quedé simplemente allí. Mi mente estaba en blanco. Me sentía deprimido, sin ningún motivo racional. Incluso llegué a sentirme rechazado.

Tenía la casa abarrotada de cosas. Me había quedado rezagado en mi trabajo y no estaba cumpliendo los plazos. Y ahora tenía una tarea impuesta por Ismael que no me entusiasmaba parti-cularmente. Como había llegado el momento de ponerse las pilas en plan serio, hice algo que suelo hacer raras veces: salí a echar un trago. Tenía necesidad de hablar con alguien, y los bebedores solitarios son afortunados a este respecto: siempre tienen a alguien con quien hablar.

Bien. ¿Qué había en el trasfondo de aquellas extrañas sensaciones de depresión y rechazo? ¿Y por qué habían aparecido aquel día, en concreto? La respuesta era: en este día en concreto Ismael me ha pedido que trabaje por mi cuenta. Ismael podía haberme ahorrado el trabajo de investigación que estaba a punto de emprender, pero había decidido no ahorrármelo. Así pues, sensación de rechazo. Todo lo infantiloide que se quiera, pero yo no he pretendido nunca ser perfecto.

Sin embargo, había algo más, pues aún seguía sintiéndome deprimido. Un segundo whisky me ayudó a superarlo. Estaba haciendo progresos. Estupendo. Por eso me sentía deprimido.

Ismael tenía un plan pedagógico. Bueno, ¿y por qué no iba a tenerlo? Llevaba utilizándolo desde hacía muchos años, trabajando con un alumno tras otro. Era perfectamente comprensible. Hay que tener un plan. Empiezas aquí, sigues hasta ese punto, y luego hasta ese otro, y otro, y otro más, y luego, *¡voilá!* Un buen día, terminas, y dices: "Gracias por la atención prestada, que tengas una buena vida, y por favor no te olvides de cerrar la puerta al salir".

¿Hasta dónde había llegado yo? ¿Dónde me encontraba? ¿A mitad de camino? ¿En una cuarta parte del camino? En cualquier caso, cada progreso que hacía me alejaba más de la vida de Ismael.

¿Cuál es el término negativo que mejor describe esta manera de abordar la situación? ¿Egoísmo? ¿Amor propio? ¿Espíritu cicatero? Sea lo que sea, me aceptare tal como soy sin intentar buscar excusas.

Tenía que enfrentarme a la realidad: yo no quería simplemente un maestro, yo quería un maestro a perpetuidad.

Capítulo OCHO

1

La búsqueda de la ley me llevó cuatro días.

Pasé un día entero diciéndome que no podría conseguirlo, dos días consiguiéndolo y otro día más asegurándome de haberlo conseguido realmente. Al quinto día, volví. Al entrar al despacho de Ismael, aún seguía repitiendo mentalmente lo que iba a decir, que no era sino: "Creo que ahora veo por que has insistido tanto en que lo descubriera por mí mismo".

Abandoné mis repasos mentales, levanté los ojos y me sentí momentáneamente desorientado. Se me había olvidado lo que me esperaba allí: una sala vacía, un sillón solitario, un cristal con un par de ojos brillando al otro lado. Atolondradamente, saludé levantando la mano.

Ismael hizo entonces algo que no había hecho nunca antes. A modo de saludo, levantó el labio superior, dejando al descubierto una hilera de dientes ámbar tan macizos como bloques de mármol. Me senté en el sillón

apresuradamente y esperé como un escolar a que Ismael asintiera con la cabeza.

—Creo que ahora veo por qué has insistido tanto en que lo descubriera por mí mismo —recité—. Si tú hubieras hecho el trabajo en mi lugar, indicándome las cosas que hacen los Tomadores y que nunca se hacen en la comunidad de la naturaleza, yo habría dicho: "Claro, claro, no era tan complicado".

Ismael gruñó.

—Bien. Según lo veo yo, hay cuatro cosas que hacen los Tomadores y que nunca hace el resto de la comunidad, y las cuatro son básicas para su sistema de civilización. En primer lugar, exterminan a sus competidores, algo que nunca ocurre en el mundo natural. Los animales salvajes defienden su territorio y sus presas e invaden los territorios de sus competidores para arrebatarles las suyas. Algunas especies hasta cazan a sus competidores, pero nunca los persiguen con la sola intención de darles muerte, como sí hacen los rancheros y los campesinos con los coyotes, los zorros y los cuervos. Lo que cazan se lo comen.

Ismael asintió.

—Hay que precisar, sin embargo, que los animales también matan en defensa propia, o incluso cuando simplemente se sienten amenazados. Por ejemplo, el babuino puede atacar a un leopardo que no lo ha atacado. Pero conviene señalar que el babuino va en busca de comida, no en busca de leopardos.

—No estoy seguro de ver lo que quieres decir.

—Quiero decir que, cuando no tienen comida, los babuinos se organizan para encontrar alimento, pero nunca se organizarían para encontrar a un leopardo. En otras palabras, que es como tú dices: cuando los animales van de caza (incluidos los animales más agresivos, como los babuinos), es para conseguir comida, no para exterminar a sus competidores, aun cuando a veces son cazados por éstos.

—Ya, ya veo lo que quieres decir.

—¿Y cómo puedes estar seguro de que esta ley es invariablemente observada? Teniendo en cuenta que nunca se ve a los competidores exterminándose unos a otros en la que tú llamas naturaleza salvaje.

—Si no fuera invariablemente observada, entonces, como tú dices, las cosas no habrían ocurrido de esta manera. Si los competidores se cazaran unos a otros sólo para darse muerte, entonces no *habría* competidores; habría una sola especie a cada nivel competitivo: los más fuertes.

—Prosigue.

—En segundo lugar, los Tomadores destruyen sistemáticamente la comida de sus competidores para poder cultivar ellos mayor cantidad. Nada de esto ocurre en la comunidad natural, donde la norma es: toma lo que necesites y deja en paz todo lo demás.

Ismael asintió.

—En tercer lugar, los Tomadores niegan a sus competidores el acceso a los alimentos. En la selva, la norma es: puedes negar a tus competidores el acceso a lo que tú estás comiendo pero no puedes negárselo a la comida en general. En otras palabras, que puedes decir: "Esta gacela es mía", pero no puedes decir: "*Todas* las gacelas son mías". El león defiende su presa como propia, pero no defiende al ganado como propio.

—Sí, es cierto. Pero supón que estás criando tu propio ganado, desde el principio, por así decir. ¿Podrías defender ese ganado como propio?

—No lo sé. Supongo que sí, siempre y cuando mi política no fuera que todo el ganado del mundo es mío.

—¿Y qué me dices de negar a los competidores el acceso a lo que tú estás cultivando?

—Pues digo lo mismo. *Nuestra* política es: cada metro cuadrado de este planeta nos pertenece, así que cultivemos todo lo cultivable y todos nuestros rivales se quedarán pobres sin nada, y no les quedará más remedio que

desaparecer. Nuestra política es negar a nuestros rivales el acceso a *todos los alimentos del mundo,* una cosa que no hace ninguna otra especie.

—Las abejas te negarán el acceso a la colmena que está situada en el manzano, pero no te negarán el acceso a las manzanas.

—Cierto.

—Bien. Y decías que hay una cuarta cosa que hacen los Tomadores y que nunca se hace en la selva, como tú la llamas.

—Sí. En la selva, el león mata a una gacela y se la come. No mata a una segunda gacela para guardársela para mañana. El ciervo come la hierba que hay a su alrededor. No corta la hierba y la guarda para el invierno. Cosas éstas que los Tomadores sí hacen.

—Pareces estar menos seguro acerca de esta cuarta cosa.

—Sí, *estoy* menos seguro. *Hay* especies que almacenan comida, como las abejas, pero no muchas más.

—Pues en este caso no llevas razón. Todos los seres vivos almacenan comida. La mayor parte de ellos se limita a almacenarla en sus cuerpos, como hacen, por ejemplo, los leones, los ciervos y los humanos. Respecto a los demás, no están adaptados para esto, por lo que tienen que almacenar también comida fuera del cuerpo.

—De acuerdo.

—No hay ninguna prohibición contra el almacenamiento de comida como tal. No podría haberla, pues es lo que hace que funcione el sistema en su totalidad: las plantas verdes almacenan comida para los herbívoros, éstos almacenan a su vez comida para los depredadores, y así sucesivamente.

—Cierto. No lo había visto desde ese punto de vista.

—¿Hay algo más que hacen los Tomadores y que nunca hace el resto de la comunidad de la vida?

—Pues no que se me ocurra ahora mismo. No que me parezca relevante para lo que hace funcionar a la comunidad.

2

—Esta ley que tan admirablemente has descrito define los límites de la competencia en la comunidad de la vida. Puedes competir hasta el extremo de tu capacidad, pero no puedes perseguir a tus competidores, destruir su comida ni negarles el acceso a ella. En otras palabras, que puedes competir pero no hacerles la guerra.

—Sí. Como dijiste, es una ley pacificadora.

—¿Y cuál es el efecto de dicha ley? ¿Qué es lo que esta ley fomenta?

—Pues... fomenta el orden.

—Sí, pero piensa ahora en otra cosa distinta. ¿Qué habría ocurrido si esta ley hubiera sido rechazada hace diez millones de años? ¿Cómo sería entonces la comunidad de la vida?

—De nuevo, tengo que decir que sólo habría una forma de vida a cada nivel de competencia. Si todos los competidores por los pastos hubieran estado en guerra durante diez millones de años, ahora reinaría un invierno generalizado. O tal vez habría sólo un insecto ganador, un ave ganadora, un reptil ganador, etcétera. Lo mismo se podría decir a todos los niveles.

—Entonces, ¿qué es lo que fomenta dicha ley? ¿Cuál es la diferencia entre la comunidad que acabas de describir y la comunidad actual?

—Supongo que la comunidad que acabo de describir constaría de unas cuantas docenas o centenas de especies diferentes. La comunidad actual consta de millones de especies.

—Entonces, ¿qué es lo que dicha ley fomenta?

—La diversidad.

—Claro que sí. ¿Y qué es lo que tiene de bueno la diversidad?

—No lo sé bien. Sin duda... es más interesante.

—¿Qué defecto le encontrarías a una comunidad global que constara sólo *de* hierba, gacelas y leones? ¿O a una comunidad global que constara sólo de arroz y seres humanos?

Miré al techo unos instantes.

—Pensaría que semejante comunidad es ecológicamente frágil. Que es sumamente vulnerable. Al menor cambio que se produjera..., todo el tinglado se iría al carajo.

Ismael asintió.

—La diversidad es un factor de supervivencia *para la comunidad de la vida como tal*. Una comunidad de cien millones de especies puede sobrevivir casi a todo menos a una catástrofe total, global. Dentro de ella, habría varios miles que podrían sobrevivir a una bajada de temperatura global de veinte grados, algo que seria mucho más devastador de lo que puede parecer a simple vista. Dentro de ella, habría otros miles que podrían sobrevivir a una subida de temperatura global de veinte grados. Pero una comunidad de cien especies o de mil especies casi no tendría ninguna posibilidad de supervivencia.

—Cierto. Y es precisamente la diversidad la que se está viendo atacada en esta época. Cada día que pasa, docenas de especies desaparecen como consecuencia directa de la manera como compiten los Tomadores: al margen de la ley.

—Ahora que sabes que hay de por medio una ley, ¿incide esto de una manera especial en tu visión de las cosas?

—Sí. Ya no considero lo que estamos haciendo como mete-dura de pata: no estamos destruyendo el mundo porque seamos torpes; lo estamos destruyendo porque estamos, en el sentido más literal y deliberado de la palabra, en guerra con él.

3

—Como has explicado, la comunidad de la vida quedaría destruida si todas las especies estuvieran exentas de las normas de la competencia dictadas por esta ley. Pero ¿qué ocurriría si sólo *una* especie se auto-eximiera

de la misma?

—¿Te refieres a otra especie distinta de la humana?

—Sí. Por supuesto, debería poseer una astucia y una determinación casi humanas. Supongamos que eres una hiena. ¿Por qué deberías compartir la caza con esos leones perezosos y dominantes? Es algo que ocurre una y otra vez: matas a una cebra, pasa por ahí un león, te manda de paseo y se pone las botas mientras tú esperas tu turno para las sobras. ¿Es eso justo?

—Yo creía que era al revés: los leones matan y las hienas se comen los despojos.

—Los leones matan a sus propias presas, por supuesto, pero no tienen ningún reparo en apropiarse de las presas ajenas, llegado el caso.

—De acuerdo.

—Estás harto de los leones. ¿Qué piensas hacer?

—Exterminarlos.

—¿Y cuál será el efecto de tu acción?

—Pues..., que se acabaron los problemas en este sentido.

—¿De qué vivían los leones?

—De las gacelas. De las cebras...

—Ahora los leones han desaparecido. ¿En qué te afecta eso a ti?

—Ya veo a dónde quieres llegar. Hay más presas para las hienas.

—¿Y ahora que hay más presas para las hienas?

Le miré sin saber qué decir.

—Vale. Estoy suponiendo que conoces el abecé de la ecología. En la comunidad natural, siempre que aumenta el suministro de comida de una población, aumenta también dicha población. Y, a medida que aumenta dicha población, su suministro de comida disminuye, y a medida que disminuye su suministro de comida, disminuye también la susodicha población. Esta interacción entre población rapaz y población botín es lo que mantiene el equilibrio general.

—Eso ya lo *sabía*. Sólo que no se me había ocurrido ahora.

—Bien —prosiguió Ismael con un gesto de perplejidad—. Piensa.

Me eché a reír.

—Vale. O sea que, una vez desaparecidos los leones, hay más comida para las hienas, y nuestra población aumenta. Aumenta hasta el punto en el que las presas se vuelven escasas, y entonces nuestra población empieza a disminuir.

—Eso ocurriría en circunstancias normales, pero vosotros habéis cambiado esas circunstancias. Habéis decidido que la ley de la competencia limitada no se aplique a las hienas.

—Así es. Entonces nosotros matamos a todos nuestros competidores.

—Por favor, no me hagas sacarte las palabras con un sacacorchos. Quiero que desarrolles tú solo el hilo de la argu-mentación.

—Bien, veamos. Después de no dejar vivo a ninguno de nuestros competidores en la lucha por el suministro de comida..., nuestra población aumenta hasta que el suministro empieza a escasear. Como no hay más competidores que exterminar, tenemos que aumentar la población de las presas a cazar... No me imagino a las hienas criando y cuidando rebaños.

—Has exterminado a los que compiten por tu suministro, pero los animales que comes tienen también competidores: competidores por los pastos. Ahora son tus competidores en primer grado. Si los exterminas, habrá más hierba para los animales que cazas.

—Exacto. Más hierba para los animales que cazas significa más animales que cazar, y más animales que cazar significa más hienas, y más hienas significan... ¿Qué queda por exterminar? —Ismael me miró enarcando las cejas—. Ya no queda nada por exterminar.

—Piensa.

Pensé.

—Bueno, hemos exterminado a nuestros competidores directos y a nuestros competidores en primer grado. Ahora podemos exterminar a

nuestros competidores en segundo grado: las plantas, que compiten con la hierba por más espacio y más luz solar.

—Correcto. Entonces habría más hierba para tu caza y más caza para ti.

—Tiene gracia la cosa... Y pensar que los agricultores y los rancheros consideran esto casi como un mandamiento... Extermina todo lo que no puedas comer. Extermina todo lo que coma lo que tú te comes. Extermina todo lo que no alimente a los animales que tú comes.

—Es un acto sagrado en la cultura de los Tomadores. Cuantos más competidores destruyas más humanos podrás traer al mundo. He aquí un precepto casi sagrado para vosotros. Una vez que te has puesto fuera de la ley de la competencia limitada, todo lo que hay en el mundo salvo tu, tu comida y el alimento de tu comida se convierte en un enemigo a exterminar.

—Como se ve, una especie exenta de esta ley tiene el mismo efecto que si todas las especies estarían exentas. Se termina con una comunidad en la que la diversidad es destruida pro-gresivamente a fin de apoyar la expansión de una sola especie.

—Sí. Tu tienes que terminar donde los Tomadores han terminado constantemente eliminando a los competidores, en constante aumento de su suministro de alimentos, y consta-ntemente preguntando qué vas a hacer con respecto a la explosión demográfica. ¿De que manera lo explicaste el otro día? Algo sobre aumento de la producción de alimentos para alimentar un aumento de la población.

—La intensificación de la producción para alimentar a una población creciente, conduce a un aumento aún mayor de la población. Peter Farb lo dijo en “Humanidad”.

— ¿Tu dijiste que era una paradoja?

— No, el dijo que era una paradoja.

— ¿Por qué? Ismael se encogió de hombros. Estoy seguro de que sabes que cualquier especie en la naturaleza siempre se ampliará en la medida en

que su suministro de alimentos se expande. Pero, bien sabes que la Madre Cultura enseña que esas leyes no se aplican al hombre.

5

—Tengo otra pregunta —abundé—. Conforme hemos ido ahondando en el problema, se me ha planteado la pregunta de si la agricultura como tal es contraria a esta ley. Quiero decir, que parece contraria a la ley por definición, ¿no?

— Sí. si la única definición de que dispones es la definición de los Tomadores. Pero hay otras definiciones. La agricultura no tiene por qué estar en guerra contra todo género de vida que no apoye el crecimiento de uno.

—Mi problema es probablemente el siguiente: la comunidad biológica es una economía, ¿no? Quiero decir, que si empiezas reclamando más para ti, seguro que va a haber menos para otras personas, para otras *cosas,* ¿no crees?

—Sí. Pero ¿para qué quieres más para ti solo?

—Bueno, ésa es la base del sedentarismo, ¿no? No puedo volverme sedentario si no tengo agricultura.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

—¿Qué otra cosa voy a querer?

—¿Quieres realmente crecer hasta el punto de apoderarte de todo el mundo, cultivar todo metro cuadrado que se te pone por delante y obligar a todo bicho viviente a convertirse en agricultor?

—No.

—Pues eso es lo que han venido haciendo los Tomadores, y lo que aún siguen haciendo. Lo que su sistema agrícola parece perseguir no es sólo el asentamiento, sino sobre todo el *crecimiento.* Un crecimiento ilimitado.

—De acuerdo. Pero lo único que yo quiero es asentarme.

—Entonces no tienes por que hacer la guerra a nadie.

—Pero el problema subsiste. Para conseguir el asentamiento, tengo que tener más de lo que tenía antes, y ese excedente tiene que venir de alguna parte.

—Sí, eso es cierto, veo tu dificultad. En primer lugar, el sedentarismo no es en modo alguno una adaptación exclusivamente humana. Ahora mismo no se me ocurre ninguna especie que sea al cien por cien nómada. Siempre hay algún tipo de territorio, ya se trate de un corral, un desovadero, una colmena, un nido, una percha, un cubil, una guarida, un agujero, una madriguera... Hay distintos grados de sedentarismo entre los animales, como también entre los humanos. Ni siquiera los cazadores-recolectores son completamente nómadas: existen estados intermedios entre ellos y los agricultores puros. Hay cazadores-recolectores que practican el cultivo intensivo y cosechan y almacenan los excedentes alimenticios para poder ser todavía más sedentarios. Después, están los medio agricultores, que cultivan poco y cosechan mucho; luego, los casi agricultores, que cultivan mucho y cosechan poco. Y así sucesivamente.

—Pero eso no aborda de lleno el problema principal —repuse.

—Sí lo aborda, sólo que tú estás predispuesto a ver el problema desde un ángulo concreto, y sólo desde ese ángulo.

El razonamiento que se te escapa aquí es el siguiente: cuando entró en escena el *homo habilis* (cuando entró en escena esa adaptación particular que llamamos *homo habilis), algo* tuvo que cederle el paso. No quiero decir que otra especie determinada tuviera que extinguirse. Digo simplemente que, desde el principio mismo, el *homo habilis* se halló en competencia con *alguna cosa.* Y no con una sola cosa, sino con mil cosas, todas las cuales tuvieron que ceder, que mermarse de alguna manera u otra para que el *homo habilis* pudiera vivir. Esto es aplicable a cualquier nueva especie que aparezca en este planeta.

—Vale. Pero sigo sin ver qué tiene que ver esto con el problema del asentamiento.

—No me estás escuchando. El asentamiento es una adaptación biológica practicada en cierto grado por *toda* especie, incluida la humana. *Y toda* adaptación se consolida compitiendo con las adaptaciones que la rodean. En una palabra, que el asentamiento humano no va *contra* las leyes de la competencia, sino que está *sujeto* a las leyes de la competencia.

—Ah, vale. Ahora ya lo veo.

6

—Bien, ¿y qué es lo que hemos descubierto hasta ahora?

—Pues que toda especie que se sitúa al margen de las normas de la competencia acaba destruyendo a la comunidad a fin de fomentar su propia expansión.

—¿Toda especie? ¿Incluido el hombre?

—Evidentemente. Eso es lo que está ocurriendo aquí en realidad.

—Entonces coincidirás conmigo en que esto, al menos esto, no se debe a cierta maldad misteriosa, exclusiva de la raza humana. No es un defecto imponderable del hombre lo que ha convertido a los de tu cultura en destructores del mundo.

—No. Lo mismo ocurriría con cualquier especie, al menos con cualquier especie suficientemente fuerte para hacerlo; siempre y cuando todo aumento en el suministro alimenticio vaya acompañado por un aumento demográfico.

—Dado un suministro alimenticio en expansión, cualquier población acaba expandiéndose. Esto es cierto para cualquier especie, incluida la humana. Los Tomadores han venido haciendo esto durante diez mil años. Durante diez mil años han venido incrementando sin cesar la producción de alimentos para dar de comer a una población incrementada, y, cada vez que han hecho esto, la población ha aumentado más aún.

Permanecí un minuto en silencio, reflexionando. Luego observé:

—La Madre Cultura no está de acuerdo.

—Claro que no. Estoy seguro de que diside en sumo grado. ¿Qué es lo que dice, por cierto?

—Dice que podemos incrementar la producción de alimentos *sin* necesidad de aumentar nuestra población.

—¿Con qué fin? ¿Para qué incrementar entonces la producción de alimentos?

—Para alimentar a los millones de personas que se están muriendo de hambre.

—Y, al alimentarlos, ¿consigues de ellos la promesa de que no se reproducirán?

—Bueno... No, eso no forma parte del plan.

—Entonces, ¿qué ocurrirá si alimentas a los millones que se mueren de hambre?

—Se reproducirán y nuestra población aumentará.

—No lo dudes. Es un experimento que se ha realizado en tu cultura con regularidad anual desde hace diez mil años, con resultados completamente previsibles: aumentar la producción para alimentar a una población en crecimiento tiene como resultado un ulterior incremento de la población. Obviamente, tiene que darse este resultado, y vaticinar otro distinto es sencillamente entregarse a biológicas y matemáticas.

—Aun así... —estuve otro rato reflexionando—, la Madre Cultura dice que el control de la natalidad puede solucionar este problema.

—Si eres lo suficientemente bobo como para debatir este tema con algunos de tus amigos, descubrirás que exhalan un suspiro de alivio al recordar que existe esta solución. "¡Uff! ¡Menos mal!" Como el alcohólico que jura que dejará la bebida antes que arruinar su vida. Pero el control demográfico global es algo que siempre se deja para el futuro. Ya iba a ocurrir en el futuro cuando erais tres mil millones en 1960. Y ahora que sois cinco mil millones, sigue siendo algo que va a ocurrir en el futuro...

—Cierto. Sin embargo, podría ocurrir.

—Podría, sin duda, pero no mientras estéis representando esta historia. Entre tanto, seguiréis respondiendo a la hambruna con una mayor producción de alimentos. ¿No has visto los anuncios para enviar comida a los pueblos hambrientos de todo el mundo?

—Sí.

—Pero no has visto nunca anuncios para enviar anticonceptivos.

—No.

—Nunca. La Madre Cultura habla siempre según le conviene. Si le mencionas la explosión demográfica, te habla de control demográfico global, pero si le mencionas la hambruna de tanta gente, te habla de incrementar la producción de alimentos. Pero ocurre que la producción de alimentos se realiza todos los años, mientras que el control demográfico global es algo que nunca llega a realizarse.

—Cierto.

—Tu cultura en general no da mucho valor al control demográfico global. Pero lo que hay que tener en cuenta aquí es que nunca le dará mucho valor mientras estéis representando una historia que dice que los dioses hicieron el mundo para el hombre. Mientras estéis representando esa historia, la Madre Cultura exigirá para hoy una mayor producción de alimentos y prometerá para mañana, sólo para mañana, el control demográfico.

—Sí. Ya veo lo que quieres decir. Pero tengo una pregunta al respecto.

—Adelante.

—Ya sé lo que dice la Madre Cultura sobre el hambre en el mundo. ¿Y qué es lo que dices *tú* al respecto?

—¿Yo? Yo no digo nada; sólo que tu especie no está exenta de las realidades biológicas que rigen a todas las demás.

—Pero ¿cómo aplicas esto al hambre?

—El hambre no es un fenómeno exclusivo de los humanos. Todas las especies están sujetas al hambre, en cualquier rincón del mundo. Cuando la

población de una especie supera los recursos alimenticios disponibles, dicha población disminuye hasta hallarse de nuevo en equilibrio con sus recursos. Pero como la Madre Cultura dice que los humanos deberían estar exentos de dicho proceso, cuando se encuentra con una población que ha excedido sus recursos se lanza a importar alimentos, asegurando así que haya más gente aún que se muera de hambre en la siguiente generación. Y como a una población no se le permite nunca disminuir hasta poder bastarse con sus propios recursos, el hambre se convierte en un fenómeno crónico.

—Sí. Hace unos años, leí en el periódico algo sobre un ecologista que había dicho esto mismo en una conferencia sobre el hambre. ¡Caray, casi lo ahorcan! Lo acusaron poco menos que de asesino.

—Sí, me lo creo. Sus compañeros de todo el mundo saben perfectamente de lo que está hablando, pero no son tan insensatos como para enfrentarse a la Madre Cultura, y a su incuestionada benevolencia. Si hay cuarenta mil personas en una zona que sólo puede alimentar a treinta mil, no se les hace ningún favor llevando hasta allí comida para alimentar a los cuarenta mil. A la larga, eso no hará sino perpetuar la situación de hambruna.

—Cierto. Pero, sin embargo, resulta difícil quedarse con los brazos cruzados y dejar que esa gente se muera de hambre.

—Así habla exactamente quien imagina gobernar por elección divina. "YO no permitiré que muera de hambre esa gente. Yo no permitiré que se produzcan sequías. Yo no permitiré que se desborden los ríos". Son los dioses quienes permiten que ocurran esas cosas, no vosotros.

—Buen razonamiento —exclamé—. Aun así, tengo una pregunta más que hacerte al respecto. —Ismael asintió con la cabeza—. Aquí, en EE.UU., nosotros incrementamos tremen-damente la producción de alimentos cada año, y sin embargo el aumento demográfico es aquí relativamente moderado. Por otra parte, el crecimiento demográfico es enorme en países con una

pobre producción agrícola. Esto parece contradecir tu correlación entre producción de alimentos y crecimiento demográfico.

Ismael sacudió la cabeza con una mueca de leve disgusto.

—El fenómeno, tal y como yo lo observo, es el siguiente: a todo aumento en la producción para alimentar a una población mayor se contesta con otro incremento demográfico. Como ves, aquí no se dice nada sobre dónde se producen dichos incrementos.

—No lo capto.

—Un incremento en la producción de alimentos en Nebraska no origina necesariamente un incremento demográfico en Nebraska. Puede originar un incremento demográfico en algún lugar de la India o de África.

—Sigo sin captarlo.

—Todo incremento en la producción de alimentos va acompañado de un incremento demográfico *en alguna parte*. En otras palabras, *alguien* consume los excedentes de Nebraska, y si este alguien no existiera, los agricultores de Nebraska dejarían de producir dichos excedentes, sin dudarlo.

—Cierto —asentí, sumido en nuevas reflexiones—. ¿Estás sugiriendo, entonces, que los productores del Primer Mundo están alimentando la explosión demográfica en el Tercer Mundo?

—En última instancia —contestó—, ¿quiénes, si no, podrían hacer esto?

Me quedé mirándolo fijamente.

—Hay que dar un paso atrás para ver el problema desde una perspectiva global. En el momento actual, hay cinco mil millones y medio de humanos en el mundo, y, aunque hay muchos millones que se están muriendo de hambre, estáis produciendo suficiente comida para alimentar a seis mil millones, y como estáis produciendo suficiente comida para alimentar a seis mil millones, es un postulado biológico que, en un plazo de tres o cuatro años, habrá seis mil millones de humanos. Para entonces, empero, aun cuando varios millones se estén muriendo de hambre, estaréis produciendo suficientes alimentos para seis mil millones y medio, lo que significa que, en

otro plazo de tres o cuatro años, *seréis* seis mil millones y medio. Pero, para entonces, produciréis suficientes alimentos para siete mil millones, aun cuando muchos millones se estén muriendo de hambre, lo que a su vez significará que, en otro plazo de tres o cuatro años, *seréis* siete mil millones. Para poder detener este proceso, tenéis que asumir el hecho de que una mayor producción de alimentos no da de comer a vuestros hambrientos, sino que incentiva más aún vuestra explosión demográfica.

—Eso lo entiendo. Pero ¿cómo se puede detener una producción de alimentos cada vez mayor?

—De la misma manera que tenéis que dejar de destruir la capa de ozono o de esquilmar las selvas tropicales. Cuando hay voluntad es mucho más fácil encontrar un método.

7

—Como puedes comprobar, he dejado un libro junto a tu sillón —dijo Ismael.

Era el *American Heritage Book of Indians ¡El libro grande de los indios americanos].*

—Ahora que estamos hablando del tema del control demográfico, ahí en la cubierta tienes un mapa de emplazamientos tribales que puedes encontrar esclarecedor.

Después de echarle un vistazo, me preguntó qué me parecía.

—No sabía que hubiera tantos pueblos diferentes.

—No todos coincidieron en el tiempo, aunque sí la mayoría. Lo que me gustaría que consideraras es qué fue lo que limitó su crecimiento.

—¿Cómo podría ayudarme un mapa en este sentido?

—Quería que vieras que este continente distaba mucho de estar vacío. El control demográfico no era un lujo, era una necesidad.

—De acuerdo.

—¿Alguna idea, pues?

—¿Quieres decir después de echar un vistazo al mapa? No, me temo que no.

—Dime una cosa: ¿qué hacen los de tu cultura si se cansan de vivir en el superpoblado nordeste?

—Muy fácil. Irse a vivir a Arizona, Nuevo México, Colorado... A los grandes espacios abiertos.

—¿Y cómo reaccionan los Tomadores que viven en estos grandes espacios abiertos?

—No les hace mucha gracia. Colocan en los parachoques pegatinas que dicen: "Si amas Nuevo México, vuelve a tu estado de origen".

—Pero no vuelven a su estado de origen.

—No, siguen afluyendo.

—¿Por qué los Tomadores de estas zonas no pueden contener el aluvión de gente? ¿Por qué no pueden controlar el crecimiento demográfico del nordeste?

—No sé. No veo cómo podrían hacerlo.

—Así pues, aquí nos enfrentamos a un crecimiento desmesurado en una parte del país que nadie se preocupa por contener, pues el excedente de gente siempre puede desplazarse a los grandes espacios abiertos del oeste.

—Exacto.

—Sin embargo, cada uno de estos estados tiene sus fronteras. ¿Por qué estas fronteras no les impiden el paso?

—Porque son sólo líneas imaginarias.

—Exacto. Lo único que tenéis que hacer para convertiros en arizonianos es atravesar esa línea imaginaría y ya está. Pero en lo que quiero que te fijes es que en los limites de cada uno de los pueblos Dejadores de este mapa había una frontera que no era en modo alguno imaginaria: una frontera cultural. Por ejemplo, si los navajos notaban que adolecían de superpoblación, no se decían: "Bueno, como los hopis tienen un montón de

espacio libre, vamos para allá y nos volvemos hopis". Tal cosa habría sido impensable. En pocas palabras, los neoyorkinos de hoy en día pueden resolver sus problemas demográficos volviéndose arizonianos, pero los navajos no podían resolver sus problemas demográficos volviéndose hopis. Esas fronteras culturales eran unas fronteras que nadie podía franquear tras una simple decisión personal.

—Cierto. Pero los navajos sí podían franquear la frontera territorial de los hopis sin franquear su frontera cultural.

—Quieres decir que podían invadir el territorio hopi. Sí, sin duda. Pero lo que yo pretendo decir sigue en pie. Si entrabas en territorio hopi, no te daban un formulario para que lo rellenaras, sino que te mataban sin más. La cosa funcionaba muy bien: constituía un motivo muy poderoso para que la gente controlara su crecimiento.

—Sí, ya lo creo.

—Ningún pueblo controlaba su crecimiento por el bien de la humanidad o del medio ambiente. Controlaba su crecimiento porque, para la mayoría, esto resultaba más fácil que declarar la guerra a los vecinos. Por supuesto, había también algunos que no se esforzaban demasiado en controlar su crecimiento, pues no les importaba en absoluto entrar en guerra con sus vecinos. No pretendo decir que éste fuera el reino pacífico soñado por un visionario utópico. En un mundo en el que ningún Gran Hermano supervisa la conducta de los demás ni les garantiza sus derechos de propiedad, es rentable tener fama de intrépido y feroz, y esta fama no se adquiere precisamente enviando a tus vecinos unas notas de advertencia. Los vecinos deben saber exactamente lo que se les puede venir encima si no controlan su crecimiento y no se quedan dentro de las fronteras de su territorio.

—*Ya,* ya veo. O sea, que se controlaban recíprocamente.

—Pero no sólo levantando fronteras territoriales infranqueables. También sus fronteras culturales eran infranqueables. La población excesiva de los narraganset no podía liar el petate sin más y dirigirse al oeste, al

territorio cheyenne. Los narraganset tenían que quedarse donde estaban y controlar su población.

—Sí. Este es un caso más en el que la diversidad parece funcionar mejor que la homogeneidad.

8

—Hace una semana —prosiguió Ismael—, al hablar acerca de las leyes que indican cómo debe vivir la gente, tú dijiste que éstas sólo podían pertenecer a un tipo: las que pueden modificarse mediante una votación. ¿Qué piensas ahora? ¿Crees todavía que las leyes que gobiernan la competencia dentro de la comunidad pueden modificarse mediante una votación?

—No, pero no tienen valor universal como, por ejemplo, las leyes de la aerodinámica. Pueden infringirse.

—¿Pueden infringirse las leyes de la aerodinámica?

—No. Si tu avión no está construido según estas leyes, no podrá volar.

—Pero si lo empujas desde un acantilado, permanecerá en el aire, ¿no es cierto?

—Durante algún tiempo, sí.

—Pues lo mismo vale para una civilización que no está construida según la ley de la competencia limitada. Se mantiene en el aire durante algún tiempo, pero luego se desploma y se estrella. ¿No es eso lo que les va a acontecer a los de tu cultura? ¿Un tortazo fenomenal?

—Sí.

—Entonces, ¿qué es lo que hemos averiguado ahora?

—Hemos averiguado algo más sobre cómo debería vivir la gente. Sobre cómo *debe* vivir.

—Un conocimiento que hace una semana dijiste que era inalcanzable.

—Ya, pero...

—¿Pero?

—No veo cómo... Espera un momento...

—Tómate el tiempo que quieras.

—No veo cómo esto puede convertirse en una fuente de conocimiento *en general*. Quiero decir que no veo la manera de aplicar de manera general este conocimiento a otras cuestiones.

—¿Te enseñan las leyes de la aerodinámica a sanar los genes dañados?

—No.

—Entonces, ¿para qué sirven?

—Sirven para... Nos permiten volar.

—La ley que hemos esbozado aquí les permite a las especies vivir, les permite sobrevivir, incluida la especie humana.

Esta ley no te dirá si deberían legalizarse o no las drogas psicotrópicas. No te dirá si está bien o mal el sexo antes del matrimonio. No te dirá si la pena capital es buena o mala. Pero sí te *dirá* cómo vivir para evitar la extinción, y éste es el conocimiento primordial y más importante que necesita tener cualquiera.

—Cierto. Con todo...

—¿Con todo...?

—Los de mi cultura no lo aceptarán.

—Quieres decir que los de tu cultura no aceptarán lo que tú has aprendido aquí, ¿no es eso?

—Eso es.

—Seamos claros sobre lo que aceptarán y no aceptarán. La ley en sí está fuera de toda discusión. Simplemente está ahí, rigiendo a la comunidad de la vida. Lo que los Tomadores niegan es que se aplique también a la comunidad humana.

—Ya.

—Es algo que difícilmente puede sorprender a nadie. La Madre Cultura podría aceptar la afirmación de que la Tierra no es el centro del universo. Podría aceptar la afirmación de que el hombre procede del légamo primitivo. Pero no aceptará nunca la afirma-ción de que el hombre no está exento de la ley pacificadora de la comunidad de la vida. Aceptar eso significaría su fin.

—Entonces, ¿estás diciendo que no hay esperanza?

—En absoluto. Naturalmente, *tenes que* acabar con la Madre-Cultura si queréis sobrevivir, y eso es algo que podéis hacer. Ella no tiene existencia fuera de vuestras mentes. Una vez que dejéis de prestarle oídos, la Madre Cultura dejará de existir.

—Cierto. Pero no creo que la gente permita eso.

Ismael se encogió de hombros.

—Entonces, la ley lo hará en lugar de la gente. Si la gente se niega a vivir bajo la ley, entonces tendrá que decir adiós a la vida, simplemente. Podríamos considerar esto uno de los resultados principales de la ley: quienes amenazan la estabilidad de la comunidad desafiando la ley se eliminan automáticamente a sí mismos.

—Los Tomadores no aceptarán nunca eso.

—La aceptación no tiene nada que ver aquí. Es como decir que alguien no cae por el borde de un precipicio porque no acepta los efectos de la gravedad. Los Tomadores están en trance de eliminarse a sí mismos, y cuando esto se haya producido, la estabilidad de la comunidad quedará restaurada y el daño que habéis hecho podrá empezar a repararse.

—Cierto.

—Por otra parte, creo que estás siendo irrazonablemente pesimista al respecto. Yo creo que hay un montón de gente por ahí consciente de que se acabó lo que se daba y dispuesta a oír algo nuevo, *deseosa* de oír algo nuevo, como tú, sin ir más lejos.

—Ojala lleves razón.

9

—No estoy del todo satisfecho con la manera como hemos formulado esta ley —proclamé.

—¿Ah, no?

—Nos estamos refiriendo a ella como a una sola ley cuando en realidad son tres leyes distintas. En cualquier caso, yo la describí como tres leyes distintas.

—Esas tres leyes son tres ramas. Lo que tú buscas es el tronco, que es algo así como afirmar: "Ninguna especie debe apoderarse de la vida del mundo".

—Sí, eso es lo que garantizan las normas acerca de la competencia.

—Es una expresión de la ley. He aquí otra: "El mundo no fue hecho para una sola especie".

—Sí. Entonces, el hombre no fue hecho en modo alguno para conquistarlo y gobernarlo.

—Eso es dar un salto demasiado grande. Según la mitología de los Tomadores, el mundo necesitaba de un gobernante porque los dioses lo habían dejado en un estado lamentable. Los dioses habían creado una jungla, un caos enloquecedor, una anarquía. Pero ¿fue así verdaderamente?

—No, todo seguía un orden perfecto. Fueron los Tomadores los que introdujeron el desorden en el mundo.

—Esa ley era y es suficiente. Los hombres no tenían por qué imponer ningún orden en el mundo.

10

—Los de tu cultura os aferráis con fanática tenacidad al carácter especial del hombre. Queréis por todos los medios percibir un gran abismo entre el hombre y el resto de la creación. Esta mitología de la superioridad

humana los justifica para hacer con el mundo lo que les parece, igual que la mitología hitleriana sobre la superioridad aria justificaba a los nazis para hacer con Europa lo que les pareciera. Pero al final, esta mitología se revela profundamente insatisfactoria. Los Tomadores son un pueblo profundamente solitario. El mundo es para ellos un territorio enemigo y viven en él cual ejército de ocupación: alienados y aislados en virtud de su supuesto carácter especial, extraordinario.

—Eso es cierto. Pero ¿a dónde quieres ir a parar con esto?

En vez de contestar a mi pregunta, Ismael prosiguió:

—Entre los Dejadores, el crimen, la enfermedad mental, el suicidio y la drogadicción son fenómenos muy raros. ¿Cómo explica esto la Madre Cultura?

—Yo diría que es porque... La Madre Cultura dice que es simplemente porque los Dejadores son demasiado primitivos para que entre ellos se den estas cosas.

—En otras palabras, que el crimen, la enfermedad mental, el suicidio y la drogadicción serían características de una cultura avanzada, ¿no?

—En efecto. Nadie lo plantea de esa manera, por supuesto, pero es así como se debe entender. Estas cosas son el precio a pagar por estar tan adelantados.

—Existe una opinión casi opuesta que ha tenido una buena aceptación en tu cultura durante un siglo aproximadamente. Una opinión diferente sobre por qué tales cosas son tan raras entre los Dejadores.

Estuve unos instantes reflexionando.

—Te refieres al mito del buen salvaje, ¿no? No puedo decir que lo conozca con detalle.

—Pero sin duda tienes una idea general. Es algo bastante corriente entre los de tu cultura: no conocer ninguna teoría en detalle y tener sólo una idea general.

—Cierto. Bien, es la idea de que la gente que vive cerca de la naturaleza tiende a ser noble. Es por contemplar tantas puestas de sol. No

puedes ver una puesta de sol y luego irte a prender fuego a la choza de tu vecino. Vivir cerca de la naturaleza es maravilloso para la salud mental.

—Sabes que no estoy diciendo nada de esto.

—Ya. Pero ¿qué es lo que *estás* diciendo realmente?

—Hemos repasado la historia que los Tomadores han representado durante los últimos diez mil años. Los Dejadores también han representado una historia. No se trata de una historia contada, sino de una historia representada.

—¿Qué quieres decir?

—Si te acercas a los distintos pueblos de tu cultura (si vas, por ejemplo, a China, Japón, Rusia, Inglaterra o India), cada pueblo te hará un relato completamente distinto de sí, pero todos están representando una única historia, que es simplemente la historia de los Tomadores. Lo mismo cabe decir de los Dejadores. Los bosquimanos de África, los alawa de Australia, los kreenakrore de Brasil y los navajos de Estados Unidos, cada uno te hará un relato distinto pero también ellos están representando básicamente una única historia, que no es otra que la historia de los Dejadores.

—Ya veo a dónde pretendes ir a parar. Lo que cuenta no es el relato que haces, sino la manera como vives realmente.

—Exacto. La historia que los Tomadores llevan representando desde hace diez mil años no es sólo desastrosa, es una historia de conquista y costumbre. Representarla no les da el poder. Representarla les da una vida satisfactoria e importante para ellos. Esto es lo que vas a encontrar si te unes a ellos.

Los dejadores no están furiosos por la disconformidad o la sublevación, no están discutiendo incesantemente sobre lo que debería estar permitido y lo que debería estar prohibido, no se están acusando de no vivir de la forma correcta, no están viviendo con miedo al otro, no se están volviendo locos porque sus vidas parecen ser vacías y sin sentido, no se tienen que anestesiar

con drogas para soportar esos días , no inventan una religión nueva cada semana para tener algo en que apoyarse, no están constan-temente buscando algo para hacer o algo en que creer para que sus vidas valgan la pena.

Insisto esto no se debe a que ellos viven cerca de la naturaleza o a que no tienen un gobierno formal o a que ellos son innata-mente nobles. Esto se debe simplemente a que ellos están ejecutando una historia que funciona bien para los dejadores, una historia que funciono bien por tres millones de años y que aun hoy sigue funcionando bien y que los Tomadores todavía no han logrado destruir.

—Está bien. Eso suena terrible ¿Cuando llegaremos a esa historia?

—Mañana. Al menos, lo intentaremos.

—Bien —asentí—. Pero antes de terminar por hoy, tengo otra pregunta que hacerte. ¿Por qué decimos *Madre* Cultura? Yo personalmente no tengo ninguna dificultad en decirlo, pero imagino que a algunas mujeres les puede sentar mal, pues parece que se ha elegido una figura de género *específicamente* femenino para hacer de malo de la película.

Ismael gruñó.

—No la considero *mala* en ningún sentido, pero comprendo tu malestar. He aquí mi respuesta: la Cultura es como una madre en todo tiempo y lugar, pues es intrínsecamente criadora y nutridora de sociedades y estilos de vida humanos. Entre los pueblos Dejadores, la Madre Cultura explica y preserva un estilo de vida que es saludable y auto-sostenible. Entre los pueblos Tomadores, explica y preserva un estilo de vida que ha resultado ser insalubre y autodestructor.

—De acuerdo. ¿Y bien?

—¿No resuelve esto tu pregunta? Si la cultura es madre entre los alawa de Australia, los bosquimanos de África y los kayapo de Brasil, ¿por qué no puede ser también madre entre los Tomadores?

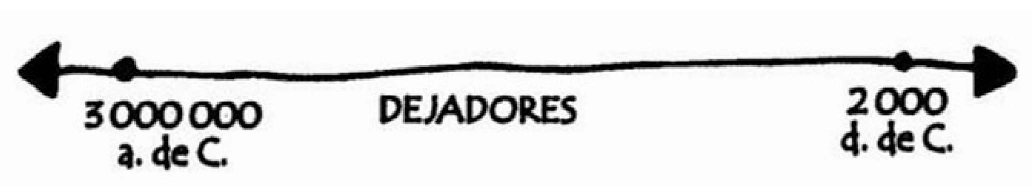
Capítulo NUEVE

1

Al llegar, al día siguiente, descubrí que se me había preparado un nuevo plan: Ismael ya no estaba al otro lado del cristal, sino a este lado, recostado sobre unos cojines, a un metro aproximadamente de mi sillón. Yo no me había percatado de la importancia que había llegado a tener ese cristal para nuestra relación. Y, a decir verdad, sentí cierta alarma en el estómago. Su proximidad, y la enormidad de su cuerpo, me desconcertaron, pero, sin dudarlo ni un segundo, tomé asiento y le hice el saludo habitual. Él me lo devolvió, aunque creí percibir en sus ojos una mirada desconfiada, especulativa, como si nuestra proximidad lo inquietara a él tanto como a mí.

—Antes de proseguir —rompió el silencio unos momentos después—, quiero disipar un malentendido.

Dicho lo cual, me alargó un bloc de dibujo, con un diagrama en la parte superior.



—No es una figura particularmente difícil —agregó—. Representa el devenir histórico de los Dejadores.

—Sí, ya veo.

Añadió algo más y me lo pasó.



—Esta ramificación, producida hacia el 8000 a. de C, representa el inicio de la historia de los Tomadores.

—De acuerdo.

—¿Por qué acontecimiento estuvo marcado? —me preguntó colocando la punta de su lápiz en el punto donde aparecía escrita la fecha del 8000.

—Por la revolución agrícola.

—¿Y se produjo este acontecimiento en un momento determinado o se alargó en el tiempo?

—Supongo que se alargó en el tiempo.

—Entonces ¿qué representa este punto del 8 000 a. de C?

—El comienzo de la revolución.

—¿Y dónde pongo un punto para mostrar su terminación?

—Ah... —balbucí—. Pues no sabría decirlo. Debió de durar unos dos mil años.

—¿Qué acontecimiento marcó el fin de la revolución?

—Tengo que reconocer de nuevo que no lo sé. No sé que hubiera un acontecimiento concreto que *marcara* dicho fin.

—Así que no se descorchó entonces ninguna botella de champaña, ¿no?

—No lo sé.

—Piensa.

Pensé y, unos instantes después, respondí:

—De acuerdo. Es curioso que en los colegios no se enseñe más sobre la revolución agrícola. Creo haber oído algo en clase, pero no recuerdo nada en concreto.

—Sigue.

—No terminó. Simplemente se propagó. No ha dejado de propagarse desde que se iniciara hace unos diez mil años. Se propagó por Norteamérica durante los siglos XVIII y XIX, y todavía se está propagando por algunas partes de Nueva Zelanda, África y Sudamérica.

—Por supuesto. Como ves, vuestra revolución agrícola no es un acontecimiento como la Guerra de Troya, aislado en el pasado remoto y sin una importancia directa para vuestra vida actual. El trabajo comenzado por aquellos agricultores neolíticos del Medio Oriente ha proseguido de generación en generación, sin interrupción hasta el momento actual. Es el fundamento de vuestra vasta civilización actual de la misma manera que fue el fundamento de la primera colonia de agricultores.

—De acuerdo.

—Esto debería ayudarte a entender por qué la historia que contáis a vuestros hijos sobre el sentido del mundo, sobre los designios divinos para con el mundo y sobre el destino del hombre tiene una importancia tan grande para los de vuestra cultura. Es el manifiesto revolucionario sobre el que se basa vuestra cultura. Es la quinta esencia de toda vuestra doctrina revolucionaría y la cabal expresión de vuestro espíritu revolucionario. Ayuda a entender por qué la revolución fue necesaria y por qué tuvo que proseguirse a toda costa.

—Sí —asentí—. Me parece un buen razonamiento.

2

—Hace aproximadamente dos mil años —prosiguió Ismael—, dentro de tu cultura se produjo un acontecimiento de exquisita ironía: los Tomadores, o, al menos, un segmento muy amplio de ellos, adoptaron una historia que les pareció cargada de sentido y de misterio. Les llegó de un pueblo Tomador de Oriente Próximo que se la había venido contando a sus hijos durante innumerables generaciones, tantas que se había convertido en un misterio incluso para ellos. ¿Sabes por qué?

—¿Que por qué se había convertido en un misterio? Pues no.

—Se había convertido en un misterio porque los primeros que les habían contado la historia, sus antepasados más antiguos, no eran Tomadores sino Dejadores.

Permanecí un rato mirándolo con perplejidad. Luego le pregunté si no le importaba repetirme esa historia remota.

—Hace unos dos mil años, los Tomadores adoptaron como propia una historia que había surgido entre los Dejadores muchos siglos antes.

—De acuerdo. Pero no veo ninguna ironía en esto.

—La ironía reside en que era una historia que circulaba entre los Dejadores sobre los orígenes de los Tomadores.

—¿Y bien?

—Pues que los Tomadores adoptaron como *propia* una historia sobre sus orígenes ideada por los Dejadores.

—Lo siento, pero no lo capto.

—¿Qué clase de historia podía contar el pueblo de los Dejadores sobre la aparición de los Tomadores en el mundo?

—¡Caray, pues no tengo la menor idea!

Ismael me miró inquisitivamente.

—Parece como si esta mañana te hubieras olvidado de tomar la pastilla para el cerebro. Pero no importa. Te contaré una historia, y luego seguro que lo ves más claro.

—Muy bien.

Ismael desplazó su enorme mole corporal de un grupo de cojines a otro, y yo, involuntariamente, cerré los ojos, pensando: *Si entrara ahora algún extraño por esa puerta, ¿qué pensaría?*

3

—Hay un principio fundamental que se debe conocer si se pretende gobernar el mundo —comenzó Ismael—. Estoy seguro de que estás de acuerdo con esto.

—Sinceramente, nunca había pensado en ello.

—Los Tomadores poseen este conocimiento, por supuesto, o, al menos, eso imaginan, y están orgullosísimos de poseerlo. Es el conocimiento más importante de todos, absolutamente indispensable para quienes desean gobernar el mundo. ¿Y qué supones que encuentran los Tomadores cuando van al territorio de los Dejadores?

—No sé lo que quieres decir.

—Descubren que los Dejadores no tienen este conocimiento. ¿No es esto curioso?

—Pues no sé qué decirte.

—Reflexiona un poco. Los Tomadores tienen un conocimiento que les permite gobernar el mundo, y los Dejadores carecen de el. Eso es lo que han descubierto los misioneros siempre que han ido al encuentro de los Dejadores. Los Tomadores, por tanto, se mostraron sumamente sorprendidos, pues creían que dicho conocimiento era algo que se daba por supuesto.

—Ni siquiera sé a qué conocimiento te estás refiriendo.

—Al conocimiento que se necesita para gobernar el mundo.

—De acuerdo, pero ¿que conocimiento en concreto?

—Lo sabrás cuando oigas la historia. Ahora hablaremos de *quién posee este conocimiento*, y ya te he dicho que los Tomadores son quienes lo poseen. Esto tiene sentido, ¿no? Los Tomadores son los gobernantes del mundo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y los Dejadores no lo tienen, lo cual también tiene sentido, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

—Y ahora dime una cosa. ¿Quién, además de los Tomadores, podría tener dicho conocimiento?

—No tengo idea.

—Piensa mitológicamente.

—Está bien…. Los dioses lo tienen.

—Por supuesto. Y de eso se trata mi historia, como los dioses adquirieron el conocimiento que necesitaban para gobernar al mundo.

4

—Un día (Ismael comenzó) los dioses estaban analizando la administración del mundo de una forma sencilla, y uno de ellos dijo, Este es el lugar que había estado pensando, una sabana amplia y agradable. Vamos a enviar una gran multitud de langostas en esta tierra. Entonces el fuego de la vida prodigiosamente crecerá en ellos y en las aves y lagartos que se alimentan de ellos, y que será muy bien. Los otros, pensaron esto por un rato, entonces uno dijo: —Es cierto que, si enviamos la langosta en esta tierra, el fuego de la vida arderá en ellos y en las criaturas que se alimentan de ellos, pero a costa de todos los demás criaturas que viven allí. Los otros le preguntaron cual era su punto, y él continuó. Sin duda, sería un gran crimen privar a todos estos otras criaturas del fuego de la vida de manera que las

langostas y los pájaros y los lagartos pueden florecer durante un breve tiempo; pues las langostas dejarán la tierra pelada, y entonces los ciervos, las gacelas, las cabras y los conejos se morirán de hambre. Y, con la desaparición de la caza, los leones, los lobos y los zorros no tardarán en morir también. ¿No nos maldecirán entonces y nos llamarán criminales por haber favorecido a las langostas, a las aves y a los lagartos antes que a ellos?

Al oír aquello, los dioses se rascaron la cabeza, pues nunca antes habían considerado las cosas bajo aquella luz. Al final, uno de ellos dijo:

—No veo que esto represente un gran problema. Simplemente, no lo hagamos. No enviemos ninguna multitud de langostas a esa región, que siga todo como está y nadie tendrá motivos para maldecirnos.

La mayor parte de los dioses consideró aquello razonable, pero uno de ellos mostró su desacuerdo.

—Yo estimo que eso sería un crimen igualmente grande —terció—. Pues ¿no está en nuestras manos la vida de las langostas, las aves y los lagartos al igual que la vida de las demás criaturas? ¿Es que no les va a tocar a ellos nunca el turno de prosperar, como prosperan las demás criaturas?

Mientras los dioses ponderaban aquel razonamiento, un zorro salió a cazar, y ellos comentaron:

—Enviémosle una codorniz para que pueda seguir viviendo.

Pero apenas habían sido pronunciadas aquellas palabras cuando uno de ellos repuso:

—Pues yo digo que sería un crimen permitir que el zorro viva a expensas de la codorniz. La codorniz tiene la vida que nosotros le hemos dado, la cual está en nuestras manos. Sería deshonroso enviarla derecha a las fauces del zorro.

En esto, terció otro todavía:

—¡Mirad! ¡La codorniz está acosando a un saltamontes! Si no se la damos al zorro, entonces ella se comerá al saltamontes. ¿Y no tiene también el saltamontes una vida que le hemos dado nosotros y que está en nuestras

manos, igual que la de la codorniz? Sin duda, sería un crimen *no* dar la codorniz al zorro, para que así el saltamontes pueda vivir.

En fin, que, como puedes imaginar, los dioses acabaron sumamente descorazonados con todo esto, sin saber qué hacer. Y así, mientras seguían discutiendo, llegó la primavera y el deshielo de las montañas empezó a llenar de agua los riachuelos. Entonces, uno de ellos comentó:

—Sin duda, sería un crimen dejar que esta agua inundara la tierra, pues incontables criaturas podrían verse arrastradas hacia la muerte.

Pero otro repuso:

—Como también sería un crimen *no* dejar que esta agua inunde la tierra, pues, sin ella, los estanques y los pantanos se secarían, y todos los animales que viven en ellos morirían.

De nuevo, los dioses no supieron a qué atenerse.

Finalmente, a uno de ellos pareció ocurrírsele una idea:

—Está claro que cualquier acción que emprendamos será buena para unos y mala para otros. Así que lo mejor es no tomar ninguna medida. De este modo, ninguna de las criaturas cuya vida está en nuestras manos podrá llamarnos criminales.

—¡Pamplinas! —saltó otro—. El no tomar ninguna medida también es bueno para unos pero malo para otros.

Las criaturas cuyas vidas están en nuestras manos dirán: "Aquí estamos nosotras sufriendo, ¡y, mientras, los dioses cruzados de brazos!".

Y, aprovechando que los dioses seguían a la greña unos con otros, las langostas invadieron la sabana y, junto con las aves y los lagartos, alabaron a los dioses mientras los herbívoros y los depredadores morían maldiciendo a los mismos dioses. Y, como éstos no habían tomado ninguna medida, la codorniz vivió y el zorro regresó hambriento a su madriguera maldiciendo a los dioses. Y, como la codorniz vivió, se comió al saltamontes, y el saltamontes murió maldiciendo a los dioses. Y como, al final, los dioses habían decidido impedir que las aguas del deshielo primaveral bajaran a los

valles, los estanques y los pantanos se secaron y los miles de animales que vivían en ellos murieron maldiciendo a los dioses.

Al oír aquellas maldiciones, los dioses lamentaron lo que habían hecho y manifestaron:

—Hemos convertido el jardín en un lugar de terror, y todos los que viven en él nos odian y nos consideran tiranos y criminales. Y no les falta razón, pues por nuestros actos u omisiones les enviamos el bien un día y el mal un día después sin saber bien lo que hacer. La sabana, arrasada por las langostas, no deja de maldecirnos, y aquí estamos nosotros sin ninguna respuesta que ofrecer. El zorro y el saltamontes nos maldicen por dejar vivir a la codorniz, y aquí estamos nosotros sin ninguna respuesta que ofrecerles. Sin duda, el mundo debe maldecir el día en que lo creamos, pues somos como unos criminales que envían el bien y el mal por turnos, sin saber qué hacer en cada momento.

En fin, que los dioses se hallaban sumidos en un gran abatimiento y desconcierto cuando uno de ellos alzó la mirada y exclamó:

—Oíd un instante, ¿no plantamos en el jardín un árbol cuyo fruto es el conocimiento del bien y del mal?

—Sí—exclamaron a su vez los demás—. Busquemos ese árbol y comamos de él para ver cuál es ese conocimiento.

Y, una vez que los dioses hubieron encontrado ese árbol, comido de su fruto y visto cuál era el susodicho conocimiento, se les abrieron los ojos y manifestaron:

—Ahora tenemos de verdad el conocimiento necesario para cuidar el jardín sin actuar como criminales ni atraernos las maldiciones de aquéllos cuya vida está en nuestras manos.

Y, mientras celebraban este hallazgo, un león salió a cazar, y los dioses preconizaron:

—Hoy le toca al león pasar hambre, por lo que el ciervo que habría cazado vivirá un día más.

Así pues, el león no cazó su presa y, mientras volvía hambriento a su guarida, empezó a maldecir a los dioses. Pero éstos le contestaron:

—Cálmate, pues nosotros sabemos cómo gobernar el mundo, y hoy te toca a ti pasar hambre.

Y el león se apaciguó.

Y, al día siguiente, el león salió a cazar, y los dioses le mandaron el ciervo cuya vida habían salvado el día anterior. Y al sentir las dentelladas del león, el ciervo empezó a maldecir a los dioses. Pero éstos replicaron:

—Cálmate, pues nosotros sabemos cómo gobernar el mundo, y hoy te toca a ti morir, así como ayer te tocó vivir.

Luego los dioses se dijeron, Ciertamente el conocimiento del bien y del mal es un conocimiento poderoso, ya que nos permite gobernar al mundo sin convertirnos en criminales. Si ayer hubiéramos despachado al león hambriento sin este conocimiento, entonces verdaderamente hubiera sido un crimen. Y si hubiéramos enviado al ciervo a la mandíbula del león sin este conocimiento, entonces en verdad hubiese sido también un crimen. Pero con este conocimiento, hemos realizado estas dos cosas, una aparentemente opuesta a la otra y no hemos cometido ningún crimen.

Ahora lo que paso fue que uno de los dioses se había ido de misión cuando los otros estaban comiendo en el árbol del conocimiento, y cuando volvió y escucho que lo dioses habían hecho eso, dijo, cuando hicieron esas dos cosas cometieron ciertamente un crimen de una forma u otra, ya que esas dos cosas son opuestas y una tiene que estar bien y la otra mal.

Si era bueno para el león pasar hambre el primer día, entonces estuvo mal enviar al ciervo al día siguiente. O estaba bien enviar al ciervo el segundo día, entonces estuvo mal despachar al león hambriento el primer día.

Los otros asintieron y dijeron, Si, esta es simplemente la manera en que nosotros habíamos razonado antes de comer del árbol del conocimiento.

—¿Qué conocimiento es ese? El dios pregunto observando al árbol por primera vez.

—Prueba de su fruto —le invitaron—, y sabrás entonces de qué ciencia se trata exactamente.

El dios probó del árbol, y entonces se le abrieron los ojos.

—Sí, ahora lo veo claro —exclamó—. Ésta es sin duda la verdadera ciencia y éste el verdadero conocimiento de los dioses: *saber quién debe vivir y quién debe morir*.

5

—¿Alguna observación que hacer hasta aquí? —preguntó Ismael.

Me moví en el asiento, sobresaltado por aquella interrupción de la narración.

—No, Pero me parece fascinante.

E Ismael prosiguió.

6

Mientras los dioses veían cómo se despertaba Adán, se dijeron:

—Es una criatura tan parecida a nosotros que casi podría formar parte de nuestra sociedad. ¿Cuánta vida le damos y qué destino le reservamos?

Uno de ellos contestó:

—Como es tan hermoso, démosle toda la vida que dure este planeta. Durante su infancia, cuidémoslo como cuidamos todo lo demás que hay en el jardín para que se regocije con la vida que recibe de nuestras manos. Pero, en la adolescencia, empezará a darse cuenta de que es capaz de muchas más cosas de lo que son capaces las demás criaturas y se sentirá inquieto por estar a nuestro cargo. ¿Por qué no lo llevamos entonces hasta ese otro árbol del jardín, el Árbol de la Vida?

Pero otro repuso:

—Llevar a Adán como a un niño a donde está el Árbol de la Vida antes de que ni siquiera se le ocurra buscarlo por sí mismo sería privarlo de una aventura mediante la que podría conseguir una gran sabiduría y demostrarse a sí mismo su enorme valía. Igual que le prestaremos el cuidado que necesita como niño, démosle la posibilidad de buscar él solo como adolescente. Hagamos de la búsqueda del Árbol de la Vida la tarea de su adolescencia. De esta manera, descubrirá por sí mismo que puede vivir todo el tiempo que viva este planeta.

Todos se mostraron de acuerdo con este razonamiento, salvo uno, que manifestó:

—Deberíamos tener en cuenta que ésta podría resultar una larga y desconcertante búsqueda para Adán. La juventud es impaciente, y, tras unos cuantos miles de años de búsqueda, podría perder la esperanza de encontrar el Árbol de la Vida. Si eso llegara a ocurrir, podría sentir la tentación de comer del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

—¡No digas bobadas! —protestaron los demás—. Sabes perfectamente bien que el fruto de ese árbol sólo puede alimentar a los dioses. Ese fruto no puede alimentar a Adán más que la hierba que comen los bueyes. Podría llevárselo a la boca y comerlo, pero pasaría por su cuerpo sin reportarle beneficio alguno. ¡Cómo podéis creer que pueda conseguir nuestro conocimiento comiendo de ese árbol!

—Claro que no —replicaron los otros—. El peligro no está tanto en que pueda conseguir nuestro conocimiento como en que pueda *creerse* que lo ha conseguido. Tras probar el fruto de ese árbol, podría decirse a sí mismo: "He comido del Árbol del Conocimiento de los dioses y, por consiguiente, sé tanto como ellos sobre cómo gobernar el mundo. Puedo hacerlo y lo haré".

—Eso es absurdo —protestaron los otros dioses—. ¿Cómo podría ser tan necio Adán como para creer que dispone del conocimiento que nos permite a nosotros gobernar el mundo y hacer lo que queramos? Ninguna de nuestras criaturas tendrá jamás el conocimiento de quién debe vivir y quién morir.

Este conocimiento es sólo nuestro, y aunque Adán creciera en sabiduría hasta eclipsar al mismo universo, no nos llegaría ni a la altura de los talones.

Pero el otro no se arredró ante este argumento y volvió a la carga:

—Si Adán comiera de nuestro árbol, nadie puede asegurarnos que no se engañaría a sí mismo. Al no conocer la verdad, podría decirse para sus adentros: "Todo lo que puedo justificar es bueno y todo lo que no puedo justificar es malo".

Pero los otros contra-argumentaron de esta manera:

—Ese no es el conocimiento del bien y del mal.

—Claro que no lo es —repuso el otro—, pero ¿cómo podría saberlo Adán?

Los otros se encogieron de hombros:

—Tal vez en su infancia, podría creer Adán que era lo suficientemente sabio como para gobernar el mundo; pero ¿qué más da? Esa creencia tan arrogante y tan boba se le pasaría al alcanzar la madurez.

—Mmmm —murmuró el otro—, ¿y vosotros creéis que Adán podría llegar vivo a la madurez con esa convicción tan tonta y arrogante? Al creerse igual a nosotros, sería capaz de cualquier cosa. En su arrogancia, podría mirar al jardín y decirse a sí mismo: "¡Todo esto es una equivocación! ¿Por qué no podría yo compartir el fuego de la vida con todas estas criaturas? Fíjate, los leones, los lobos y los zorros se llevan el ciervo que yo podría tener para mí. Eso está mal. Mataré a esas fieras, y eso estará bien. Y fíjate, esos conejos, saltamontes y gorriones se están llevando los frutos de la tierra que yo podría tener para mí solo. Eso está mal. Mataré a todos esos animales, y eso estará bien. Y fíjate ahora, los dioses han puesto un límite a mi crecimiento igual que han puesto un límite al crecimiento de todos los demás. Eso está mal. Creceré sin límite y tomaré para mí todo el fuego de la vida que discurre por este jardín, y eso estará bien". Decidme: si eso ocurriera, ¿cuánto tiempo tardaría Adán en devorar todo el mundo?

—Si eso ocurriera —dijeron los otros—, Adán devoraría el mundo en un solo día y, al finalizar ese día, se devoraría a sí mismo.

—Así es —coincidió el otro—, a no ser... que lograra escapar de este mundo. Entonces devoraría todo el universo al igual que había devorado el mundo. Pero, aun así, terminaría devorándose a sí mismo inevitablemente, como no puede por menos de ocurrirle a todo cuanto crece sin límite.

—Ése sería sin duda un final terrible para Adán —comentó otro—. Pero ¿no podría llegar al mismo fin incluso sin haber comido del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal? ¿No podría verse tentado por su anhelo de crecimiento a apoderarse del fuego de la vida sin ni siquiera engañarse a sí mismo con el razonamiento de que eso está bien?

—Sí que podría —respondieron los demás—. Pero ¿con qué resultado? Se convertiría en un criminal, en un forajido, en un ladrón de la vida y en un asesino de las criaturas que lo rodean. Y, sin la falsa idea de que lo que está haciendo está bien y, por lo tanto, necesario a toda costa, pronto se cansaría de la vida de forajido. De hecho, es lo que va a ocurrir durante su búsqueda del Árbol de la Vida. Pero si comiera de nuestro Árbol de la Ciencia, entonces vencería su abatimiento, diciéndose: "¿Y qué más da que viva abatido por haber asesinado a todos los seres vivos que había a mi alrededor? Conozco el bien y el mal, y este modo de vida es bueno. Así que debo vivir de esta manera aun cuando esté abatido, aun cuando llegue a destruir el mundo e incluso a mí mismo. Los dioses escribieron en el mundo una ley para que la siguieran todos, pero yo no puedo aplicármela a mí mismo porque yo soy igual a los dioses. Así pues, viviré al margen de esa ley y creceré sin límite. El estar limitado es malo. Yo les quitaré de las manos el fuego de la vida y lo guardaré para mi crecimiento, y eso estará bien. Destruiré esas especies que no contribuyen a mi crecimiento, y eso estará bien. Les arrebataré el jardín a los dioses y lo ordenaré de nuevo para que sólo contribuya a mi crecimiento, y eso estará bien. Y como esas cosas están bien, deben hacerse a toda costa. Puede que destruya el jardín y lo convierta en una llanura. Puede que los de mi sangre se propaguen por toda la Tierra como una plaga de langostas, dejándola pelada, hasta que se ahoguen en su propio fango y se aborrezcan

unos a otros y se vuelvan locos. Sin embargo, deberán seguir adelante, pues crecer sin límites es bueno y aceptar los límites de la ley es malo. Y, si alguien dice: 'Quitémonos de encima el fardo de la vida criminal y pongamos nuestra vida de nuevo en manos de los dioses', yo lo mataré, pues esas palabras son malas. Y si alguien dice: 'Acabemos con nuestra miseria y busquemos ese otro árbol', yo lo mataré, pues esas palabras son malas. Y cuando, por fin, haya sometido a todo el jardín, y todas las especies que no sirven para mi crecimiento hayan sido aniquiladas, y todo el fuego de la vida del mundo fluya por las venas de mi progenie, yo seguiré creciendo todavía. Y les diré a los de esta tierra: 'Creced, pues es bueno', y ellos crecerán. Y a los de la tierra de al lado, les diré: 'Creced, pues es bueno', y ellos crecerán. Y, cuando los de esta tierra ya no puedan crecer más, irán al encuentro de los de la tierra de al lado para matarlos, para así poder crecer más aún. Y si los gemidos de los de mi progenie se oyeran por todos los rincones del mundo, yo les diría: 'Debéis soportar vuestros sufrimientos, pues sufrís por una buena causa. ¡Ved lo grandes que os habéis vuelto! Gracias al conocimiento del bien y del mal, nos hemos adueñado de todo el mundo, y los dioses no tienen ningún poder sobre nosotros. Y, aunque vuestros gemidos se oigan por todo el mundo, ¿no es más hermoso ser dueños de vuestra vida que estar sometidos a la ley de los dioses?'".

Y cuando los dioses escucharon esto, se dieron cuenta que de todos los árboles del jardín, solo el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal podía destruir a Adán. Y fue así que le dijeron, "*Debes comer de todos los árboles del jardín excepto del Árbol del Conocimiento del Bien y el Mal, porque el día que comas de ese árbol, morirás*".

7

Desconcertado, me quede sentado ahí por un momento, y luego recordé haber visto una Biblia en la extraña colección de libros de Ismael. En

realidad, había tres. Las fui a buscar y después de analizarlas levante la mirada y dije: *Ninguna de estas hace ningún comentario sobre por qué se le prohibía a Adán comer de este árbol.*

—¿Esperabas encontrar algo allí?

—Y… si.

—Los Tomadores escribieron las notas, y para ellos esta historia ha sido siempre un misterio impenetrable. Nunca lograron descubrir por qué se le debía prohibir al hombre el conocimiento del bien y del mal.

—¿No te das cuenta por qué?

—No.

—Porque para los Tomadores este conocimiento es el cono-cimiento más beneficioso que el hombre puede tener. Si es de esta forma, ¿por qué los dioses se lo prohibirían al hombre?

—Es cierto.

—El conocimiento del bien y del mal es principalmente el conocimiento que los gobernantes del mundo deben tener porque cada cosa que ellos hacen es bueno para algunos y malo para otros. De esto es lo que se trata gobernar, ¿no?.

—Si.

—Y el hombre nació para gobernar al mundo no?

—Si , según la mitología de los Tomadores.

—Entonces por qué los dioses querrían retener el conocimiento que el hombre necesita para cumplir su destino? Desde el punto de vista de los Tomadores, esto no tiene sentido.

—Es verdad.

—El desastre ocurrió hace diez mil años atrás cuando las personas de tu cultura dijeron: *"Nosotros somos tan sabios como los dioses y podemos gobernar al mundo al igual que ellos"* Cuando el hombre tuvo en sus manos el poder de decidir la vida y la muerte en el mundo, firmaron su sentencia.

—Si. Porque en realidad ellos no son tan sabios como los dioses.

—Los dioses gobernaron al mundo por miles de millones de años, y lo hicieron bastante bien. En cambio solo un tiempo después de que el hombre comenzase a gobernar, el mundo quedo al borde de la muerte.

—Es cierto. Pero los Tomadores nunca lo van a dejar. Ismael encogió los hombros. Entonces morirán, tal como fue predicho. Los autores de esta historia sabían de qué estaban hablando.

8

—¿Y vos me estas diciendo que esta historia fue escrita desde el punto de vista de los Dejadores?

—Así es. Si hubiese sido escrita desde el punto de vista de los Tomadores, no se le habría prohibido a Adán el conocimiento del bien y del mal, sino que se le hubiese sido entregado. Los dioses lo habrían abrazado diciendo: *Ven Hombre, ¿no te das cuenta que no sois nada sin este conocimiento? Deja de vivir de nuestra generosidad como un león o un koala. Come de este fruto e inmediatamente te darás cuenta que estas desnudo, tan desnudo como cualquier león o koala, desnudo frente al mundo, sin ningún poder. Vamos, come de este fruto y conviértete en uno de nosotros. De esa forma te podrás ir de este jardín y comenzar una vida con el sudor de tu frente, tal como se supone que los humanos viven.* Y si la gente que comparta tu persuasión cultural hubiese contado esta historia, el suceso no se hubiera llamado la Caída sino el Ascenso o como dijiste anteriormente la Liberación.

—Muy cierto… Pero no estoy muy seguro de cómo esto se ajusta con todo lo demás.

—Estamos intentando que comprendas cómo las cosas llegaron a ser de esta forma.

—No entiendo.

—Hace un momento me dijiste que los Tomadores nunca iban a dejar

su tiranía sin importar lo mal que se pongas las cosas. ¿Cómo llegaron a ser de esa forma? Lo mire fijamente.

—Tienen que serlo porque siempre han creído que lo que hacen es *lo correcto,* por lo cual tienen que hacerlo a toda costa. Siempre han creído que, al igual que los dioses, conocen lo que está bien y lo que está mal, y que lo que ellos hacen es *lo correcto*. ¿Sabes cómo han demostrado lo que estoy diciendo?

—Pues... no se me ocurre ahora mismo.

—Lo han demostrado obligando a todos los demás a hacer lo que *ellos* hacen, a vivir como *ellos* viven. Había que obligar a todo el mundo a vivir como los Tomadores, pues sólo ellos *sabían cómo había que vivir*.

—Ya, ya lo veo.

—Entre los Dejadores, muchos pueblos practicaban la agricultura, pero nunca creyeron que lo que estaban haciendo fuera lo *correcto,* que el mundo entero tuviera que practicar la agricultura, que hasta el último metro cuadrado del planeta tuviera que destinarse a este fin. No decían a sus vecinos: "Ya no podréis vivir cazando y recolectando. Es un método erróneo. Está mal, y nosotros os lo prohibimos. Poned la tierra a cultivar o, de lo contrario, os borraremos del mapa". Lo que decían era: "¿Queréis ser cazadores-recolectores? Pues estupendo. Que los beneficie. Nosotros queremos ser agricultores. Vosotros, cazadores-recolectores, y nosotros, agricultores. Nosotros no pretendemos saber qué es lo *correcto*. Simplemente sabemos lo que *preferimos"*.

—Ya veo.

—Y, si se cansaban de ser agricultores, o les parecía que no les gustaba a dónde les estaba llevando la agricultura en su adaptación particular, pues la dejaban y aquí paz y después gloria. No se decían: "Nada, tenemos que seguir labrando la tierra aunque esto acabe con nosotros, pues es la manera *correcta* de vivir". Por ejemplo, hubo un pueblo que construyó una vasta red de canales de irrigación con el fin de volver cultivables los desiertos de lo que

actualmente constituye la parte sudoriental de Arizona. Mantuvo operativos estos canales durante tres mil años y creó una civilización bastante avanzada, pero, al final, se dijo: "Es una manera de vivir bastante fatigosa e insatisfactoria, así que, ¡al diablo!". Y mandaron a paseo el invento y se lo quitaron de la cabeza tan por completo que ni siquiera sabemos cómo se denominaban a sí mismos. El único nombre que tenemos para referirnos a ellos es el que le pusieron los indios pima: *hohokam,* es decir, "los desaparecidos".

»Pero a los Tomadores no les resultaría igual de fácil. Les resultaría dificilísimo dar el brazo a torcer, pues lo que están haciendo es lo *correcto,* por lo que tendrán que seguir haciéndolo aunque suponga destruir el mundo y la humanidad a la vez.

—Sí, eso es lo que parece que está ocurriendo.

—Pues ¿qué significaría dar el brazo a torcer?

—Dar el brazo a torcer significaría... Significaría que todo este tiempo han estado *equivocados*. Significaría que *nunca* han sabido cómo gobernar el mundo. Significaría... abandonar sus preten-siones de divinidad.

—Significaría escupir el fruto de ese árbol y devolver el gobierno del mundo a los dioses.

—Sí.

9

Ismael asintió, mirando las biblias apiladas a mis pies.

—Según los autores de esa historia, el pueblo que vivía entre los ríos Tigris y Eufrates había comido del Árbol del Conocimiento Divino. ¿De dónde supones que sacaron esa idea?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué es lo que les dio a los autores de esta historia la idea de que el pueblo que vivía en Mesopotamia había comido del Árbol del Conocimiento

Divino? ¿Crees que lo vieron con sus propios ojos? ¿Crees que presenciaron los inicios de vuestra revolución agrícola?

—Es una posibilidad.

—Piensa. Si hubieran sido testigos presénciales, ¿quiénes habrían sido?

—Eh... Ya. Habrían sido el pueblo de la Caída. Habrían sido los Tomadores.

—Pero si hubieran sido los Tomadores, les habrían contado la historia de otra manera, ¿no?

—Sí.

—Entonces, los autores de esta historia no son testigos presénciales. ¿Cómo se enteraron de lo que había sucedido? ¿Cómo supieron que los Tomadores habían usurpado el papel de los dioses en el mundo?

—Pues... —dije.

—¿Quiénes *fueron* los autores de esta historia?

—Pues... los hebreos, ¿no?

Ismael sacudió la cabeza.

—Para el pueblo conocido con el nombre de "hebreo", ésta era una historia bastante antigua, a la par que bastante misteriosa. Los hebreos irrumpieron en la historia como Tomadores, y lo que más deseaban era parecerse a sus vecinos Tomadores. Por eso sus profetas estaban siempre despotricando.

—Ya, es cierto.

—Pero, aunque transmitían esta historia, no la comprendían del todo bien. Para encontrar al pueblo que sí la comprendía, tenemos que buscar a sus autores. ¿Quiénes fueron?

—Pues..., los ancestros de los hebreos.

—Pero, *¿quiénes* fueron?

—Siento decir que no tengo la menor idea.

Ismael gruñó.

—Mira, no puedo impedirte decir "no tengo la menor idea", pero me gustaría que dedicaras unos segundos *a pensar* antes de decir eso.

Pasé unos segundos reflexionando, sólo por razones de cortesía, pues al final confesé:

—Lo siento. Mis conocimientos de historia antigua son francamente desdeñables.

—Los ancestros de los hebreos eran los semitas.

—Ah.

—Eso sí lo sabías, ¿no?

—Sí, creo que sí. Sólo que...

—Sólo que no estabas pensando.

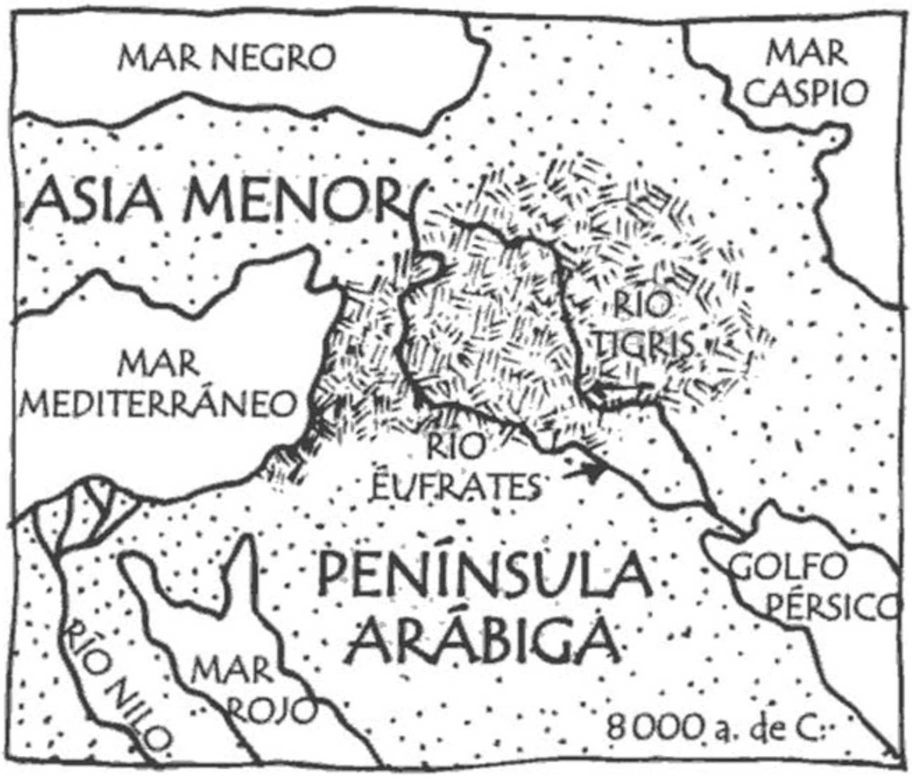
—Vale.

Ismael se rebulló y, a decir verdad, el estómago se me encogió al notar que la media tonelada que pesaba su cuerpo rozaba mi sillón. Quien no sepa cómo se desplazan los gorilas, puede visitar un zoo o alquilar una cinta de *National Geographic;* será mucho mejor que cualquier explicación por mi parte.

Luego, Ismael avanzó pesadamente, o se arrastró, hasta la librería y cogió un atlas histórico, que me entregó abierto por una página donde había un mapa de Europa y de Oriente Medio hacia el año 8.500 A.C. Una cuchilla con forma de guadaña separaba la península arábiga del resto. Las palabras *agricultura incipiente* dejaban bien claro que la guadaña cercaba Mesopotámia. Una serie de puntos indicaba los emplazamientos donde se habían encontrado aperos de la agricultura primitiva.

—Este mapa, me parece, ofrece una falsa impresión —prosiguió Ismael—, si bien no de manera deliberada. Da la impresión de que la revolución agrícola tuvo lugar en un mundo vacío. Por eso prefiero mis propios mapas.

Abrió su cuaderno y me mostró un mapa.



—Aquí puedes ver, unos quinientos años después, una panorámica parecida. La revolución agrícola ya estaba en marcha. La zona en la que se da explotación agrícola aparece marcada con rayajos. —Con un lápiz, me señaló la zona comprendida entre el Tigris y el Eufrates—. Es, por supuesto, Mesopotamia, el lugar de nacimiento de los Tomadores. Y ¿qué se supone que representan todos estos puntos?

—¿Los pueblos de los Dejadores?

—Exactamente. No indican nada sobre densidad demográfica, ni dan a entender tampoco que toda la región estuviera habitada por pueblos Dejadores. Sólo indican que el de entonces distaba mucho de ser un mundo vacío. ¿Comprendes por qué te muestro este mapa?

—Pues..., supongo que sí. La Tierra de la Caída, situada en Mesopotamia, se hallaba rodeada de pueblos no agrícolas.

—Exactamente, pero también quiero hacerte ver que, en aquella época, en los comienzos de vuestra revolución agrícola, los primeros Tomadores, los fundadores de vuestra cultura, eran poco conocidos y nada importantes, que vivían aislados. El siguiente mapa de este atlas histórico refleja la situación cuatro mil años después. ¿Qué te esperarías encontrar en él?

—Esperaría ver la expansión de los Tomadores.

Ismael asintió, haciéndome signo de volver la página. Un óvalo titulado *Culturas calcolíticas,* con Mesopotamia en el centro, delimitaba toda Asia Menor y toda la tierra situada al norte y este, hasta el mar Caspio y el golfo Pérsico. Por el sur, el óvalo se extendía hasta la península arábiga, una zona sombreada donde se distinguía el epígrafe Semitas.

—Bien —prosiguió Ismael—, aquí encontramos ya algunos testigos presénciales.

—¿Qué quieres decir?

—En los acontecimientos descritos en el tercer capítulo del *Génesis,* los semitas no andaban aún por ahí. —Y trazó un pequeño óvalo en el centro de Mesopotamia—. La serie de acontecimientos generalmente conocidos como la Caída tuvieron lugar aquí, a cientos de kilómetros al norte de donde habitaban los semitas, y los vivió un pueblo enteramente diferente. ¿Sabes quiénes eran?

—Según el mapa, los pueblos caucásicos.

—Pero luego, en el año 4500 a. de C, los semitas fueron testigos de un acontecimiento que se estaba produciendo justo a su lado: la expansión de los Tomadores.

—Ya, ya veo.

—En cuatro mil años, la revolución agrícola, que había comenzado en Mesopotamia, se extendió por toda Asia Menor, al oeste, y por los montes del norte y del este. Mientras que, al sur, parece que se vio bloqueada..., ¿por quiénes?

—Por los semitas, al parecer, ¿no?

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iban a bloquearla los semitas?

—No lo sé.

—¿Quiénes eran los semitas? ¿Eran agricultores?

—No. El mapa deja bien claro que no formaban parte de lo que estaba teniendo lugar entre los Tomadores. Así que, supongo, ellos debían de ser Dejadores.

—Sí, pero unos Dejadores que habían dejado de ser cazadores-recolectores. Se habían adaptado a otra forma de vida que iba a ser característica de los pueblos semitas.

—Ah, ya. Se dedicaban al pastoreo.

—Exacto. Eran pastores. —E indicó la frontera entre la cultura calcolítica de los Tomadores y los semitas—. Entonces..., ¿qué es lo que ocurrió allí?

—No sé.

Ismael movió la cabeza hacia las biblias amontonadas a mis pies.

—Lee la historia de Caín y Abel que relata el *Génesis,* y tendrás la respuesta.

Cogí la de arriba y la abrí por el cuarto capítulo. Unos minutos después, musité:

—¡Qué barbaridad!

10

Después de leer la historia en las tres versiones, alcé la vista y manifesté:

—Lo que estaba ocurriendo en esa frontera era que Caín estaba matando a Abel. Los labradores estaban regando sus campos con la sangre de los pastores semitas.

—Exacto. Lo que estaba ocurriendo era lo que ha ocurrido siempre en

las fronteras de la expansión de los Tomadores. Los Dejadores estaban siendo asesinados para que pudiera destinarse al cultivo una mayor cantidad de tierras. —Ismael cogió su bloc y lo abrió por donde había un mapa de este periodo—. Como ves, los rayajos de los agricultores se han extendido ahora por toda la zona, salvo el territorio ocupado por los semitas. Aquí, en la frontera que separa a los roturadores del suelo de los pastores semitas, Caín y Abel se enfrentaron entre sí.

Estudié el mapa unos instantes y luego sacudí la cabeza.



—¿Y los estudiosos de la Biblia no ven esto?

—Por supuesto, no puedo afirmar que ningún estudioso de la Biblia haya visto esto alguna vez. Pero la inmensa mayoría lee esta historia como si hubiera ocurrido en el País del Nunca Jamás o en una de las fábulas de Esopo. A nadie se le ocurre leerla como una forma de propaganda bélica semita.

—Cierto. Yo sé que la explicación de por qué Dios aceptó la ofrenda de

Abel y rechazó la de Caín siempre ha estado rodeada de misterio. Esto lo explica. Con esta historia, los semitas estaban diciendo a sus hijos: "Dios está de nuestro lado. Nos ama a nosotros, que somos pastores, y odia a esos asesinos del norte, que son roturadores del suelo".

—Exacto. Si lees esto como una historia que surgió entre tus propios ancestros culturales, te resultará incomprensible. Sólo empieza a cobrar sentido si descubres que surgió entre los enemigos de tus antepasados culturales.

—Ya. —Estuve un rato parpadeando y luego volví a echar un vistazo al mapa de Ismael—. Si los roturadores del suelo del norte eran caucásicos —agregué—, entonces la marca de Caín es *ésta* —concluí señalando mi propio rostro, pálido.

—Podría ser. Obviamente, nunca sabremos con seguridad lo que tuvieron en mente los autores de la historia.

—Pero así tiene sentido —insistí—. Caín recibió una marca en la frente para servir de advertencia a los demás: "Dejad en paz a este hombre. Es un hombre peligroso, cuya muerte será vengada siete veces". Desde luego, hay una inmensidad de gente en todo el mundo que ha experimentado en carne propia lo peligroso que es meterse en líos con los de rostro pálido.

Ismael se encogió de hombros, poco convencido o, tal vez, simplemente poco interesado.

11

—En el mapa anterior, me he tomado la molestia de dibujar centenas de puntos para representar a los pueblos Dejadores que vivieron en el Medio Oriente en los inicios de vuestra revolución agrícola. ¿Qué crees que les ocurrió a estos pueblos entre la época del primer mapa y la del segundo?

—Yo diría que o bien fueron invadidos y asimilados o bien adoptaron la agricultura, a imitación de los Tomadores.

Ismael asintió.

—Sin duda, muchos de estos pueblos tuvieron sus propios relatos en los que hablaban de esta revolución y explicaban a su manera cómo los pueblos de Mesopotamia habían acabado siendo como eran; pero sólo uno de estos relatos sobrevivió: el contado por los semitas acerca de la Caída de Adán y la muerte de Abel a manos de su hermano Caín. Y sobrevivió porque los Tomadores nunca consiguieron someter a los semitas y éstos se negaron a adoptar el modo de vida agrícola. Ni siquiera sus descendientes tomadores, los hebreos, que transmitieron la historia sin comprenderla del todo, demostraron un entusiasmo especial por el estilo de vida de los campesinos. Y ésa es la razón por la que, con la difusión del cristianismo y del Antiguo Testamento, los Tomadores acabaron adoptando como propio un relato escrito en otro tiempo por un enemigo para denunciarlos.

12

—Así pues, volvemos a la pregunta: ¿de dónde sacaron los semitas la idea de que el pueblo de Mesopotamia había comido del Árbol del Conocimiento Divino?

—Pues...—contesté—. Yo diría que fue una especie de reelaboración. Miraron al pueblo contra el que estaban luchando y dijeron: "¡Qué bárbaro! ¿Cómo han podido *llegar a ser como son?*".

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Pues... "¿Qué le pasa a esta gente? ¿Qué problema tienen nuestros hermanos del norte? ¿Por qué nos están haciendo esto a nosotros? Actúan como..." Déjame pensar un poco.

—Tómate tiempo.

—Bien —proseguí unos minutos después—. Te diré lo que creo que debieron de pensar los semitas: "Aquí está pasando algo completamente nuevo. Estos tipos no son una banda de salteadores, ni la clase de gente que

traza una línea en el suelo y te enseña los dientes para que sepas que está ahí. Estos tipos están diciendo..., nuestros hermanos del norte están diciendo que tenemos que morir. Están diciendo que hay que aniquilar a Abel. Están diciendo que no se nos va a permitir vivir. Ahora bien, esto es algo completamente nuevo, que nosotros no entendemos. ¿Por qué no pueden ellos vivir ahí siendo agricultores y dejarnos a nosotros vivir aquí siendo pastores? ¿Por qué tienen que asesinarnos?

»Algo realmente extraño debió de pasar allí para que aquella gente se volviera asesina. ¿Qué pudo ser? Un momento... Echemos un vistazo a la manera como vive esa gente. Nadie había vivido así antes. No sólo esa gente está diciendo que *nosotros* tenemos que morir. Está diciendo también que *todo* debe morir. No sólo nos está matando a nosotros, sino que está matando a *todo bicho viviente*. Está diciendo: 'Muy bien, leones, a partir de ahora dense por muertos. Ya estamos hartos de ustedes. Se van a largar de aquí. Está diciendo: 'Muy bien, lobos, también estamos hartos de ustedes, y también se van a largar de aquí'. Está diciendo... A partir de ahora no comerá nadie más que nosotros. Todos estos alimentos nos pertenecen a nosotros y nadie más podrá tener alimentos sin nuestro permiso. Está diciendo: 'Vivirá lo que queramos que viva y morirá lo que queramos que muera'.

»¡Eso es! Están actuando como si fueran dioses. Están actuando como si comieran del árbol de la sabiduría de los dioses, como si fueran tan sabios como los dioses y pudieran decretar la vida y la muerte allí donde ellos gusten. Sí, eso es. Eso es lo que debió de ocurrir ahí. Esa gente encontró el árbol de la sabiduría de los dioses y robó parte de su fruto.

»¡Está clarísimo! Es una gente maldita. Se ve enseguida. Cuando los dioses descubrieron lo que habían hecho, dijeron: 'De acuerdo, gente malvada, se acabó lo que se daba. A partir de ahora, ya no cuidaremos de vosotros. Desapareced. Os expulsamos del jardín. A partir de ahora, en vez de vivir de nuestra magnificencia, deberéis arrancarle al suelo los alimentos con

el sudor de la frente'. Y fue así como esos malditos cultivadores del suelo acabaron persiguiéndonos y regando sus campos con nuestra sangre".

Cuando hube concluido, noté que Ismael había juntado las manos a modo de silencioso aplauso.

Yo repliqué con una sonrisita y una modesta inclinación de cabeza.

13

—Una de las muestras más claras de que estas dos historias no fueron producto de vuestros antepasados culturales es el hecho de que la agricultura no aparece descrita como una elección deseable, hecha libremente, sino más bien como una maldición. Para los autores de estas historias, era literalmente inconcebible que alguien pudiera *preferir* vivir con el sudor de la frente. Así, la pregunta que se hicieron no fue "¿por qué ese pueblo ha adoptado un estilo de vida tan fatigoso?", sino "¿qué terrible fechoría ha debido de cometer ese pueblo para merecer dicho castigo? ¿Qué han hecho para hacer que los dioses les retiren su magnificencia, la cual nos permite al resto de los demás pueblos llevar una vida libre de cuidados?".

—Sí, ahora resulta obvio. En nuestra historia cultural, la adopción de la agricultura fue el preludio del ascenso. En estas historias, la agricultura es patrimonio y sino de los caídos.

14

—Tengo otra pregunta —dije—. ¿Por qué describen a Caín como el primogénito de Adán y a Abel como el segundo hijo?

Ismael asintió con la cabeza.

—Es una importancia de orden mitológico más que cronológico. Quiero decir que encuentras este motivo en las sagas y narraciones populares de todo el mundo: cuando los padres tiene dos hijos, uno bueno y otro malo, el

malo es casi siempre el primogénito querido, mientras que el hijo bueno es el segundo en nacer, lo que equivale a decir: el perdedor de la historia.

—De acuerdo. Pero ¿por qué iban a considerarse descendientes de Adán?

—No se debe confundir el pensamiento metafórico con el biológico. Los semitas no consideraban a Adán su antepasado biológico.

—¿Cómo lo sabes?

Ismael reflexionó unos instantes.

—Sabes lo que significa *Adán* en hebreo, ¿no? No conocemos el nombre que le dieron los semitas, pero es probable que tuviera el mismo significado.

—Significa *"Hombre"*.

—Así es: la raza humana. Según tú, ¿creían los semitas que la raza humana era su antepasada biológica?

—No. Por supuesto que no.

—Estoy de acuerdo. En esta historia, los parentescos han de entenderse de manera metafórica, no biológica. Según los autores de la historia, la Caída dividió a la raza humana en dos categorías: los malos y los buenos, los roturadores del suelo y los pastores, y los primeros se habían propuesto matar a los segundos.

—De acuerdo.

15

—Pero me temo que tengo otra pregunta.

—No tienes por qué disculparte de nada. Para eso estás aquí, ¿no?

—Vale. La pregunta es: ¿cómo encaja Eva en todo esto?

—¿Qué significa su nombre?

—Según mis notas, significa *"Vida"*.

—¿Y no *"Mujer"*?

—No según mis notas.

—Con este nombre, los autores de la historia han dejado claro que la tentación de Adán no fue el sexo, la lujuria o el amor desbocado a la propia mujer. Adán se vio tentado por la *Vida*.

—No lo capto.

—Piensa un poco. Con cien hombres y una mujer, no se pueden hacer cien hijos, pero con un hombre y cien mujeres, sí.

—¿Y bien?

—Quiero decir que, en términos de expansión demográfica, los hombres y las mujeres juegan un papel marcadamente distinto. No son en modo alguno iguales a este respecto.

—Muy bien. Pero sigo sin verlo.

—Intento que te pongas en el lugar de un pueblo no agrícola, un pueblo para el que el control demográfico constituye siempre un problema de primer orden. Dicho más concretamente: un grupo de pastores que conste de cincuenta hombres y una sola mujer no conocerá nunca una explosión demográfica, pero un grupo que conste de un solo hombre y cincuenta mujeres puede encontrarse en una difícil tesitura. Conociendo a los humanos, el grupo de cincuenta y un pastores contará con cien miembros en un abrir y cerrar de ojos.

—Cierto. Pero siento decirte que sigo sin ver qué relación tiene esto con el relato del *Génesis*.

—Ten paciencia. Volvamos a los autores del relato: un pueblo de pastores que se ve empujado hacia el desierto por los agricultores del norte. ¿Por qué los presionaban sus hermanos del norte?

—Querían cultivar también las tierras de los pastores, ¿no?

—Sí, pero ¿por qué?

—Ah, ya veo. Pues porque estaban aumentando la producción de alimentos para sustentar a una población incrementada.

—Por supuesto. Ahora ya estás preparado para abordar otra cuestión. Como ves, estos roturadores del suelo no tienen ningún reparo a la hora de

expandirse. No controlan su población. Cuando no hay alimentos suficientes para todo el mundo, simplemente buscan nuevos terrenos que cultivar.

—Cierto.

—Entonces, ¿a qué decía sí esta gente?

—Mmmmm. Creo que lo veo, aunque todavía de manera un tanto confusa.

—Plantéalo de esta manera: al igual que la mayor parte de los pueblos no agricultores, los semitas debían cuidarse muy mucho para que no se produjera desequilibrio entre los sexos. La escasez de varones no amenazaba la estabilidad de su población, pero la de mujeres, desde luego que sí. Esto lo ves, ¿no?

—Sí.

—Pero los semitas observaron que esto no les importaba a sus hermanos del norte. Si el número de habitantes resultaba excesivo, no se preocupaban demasiado: simplemente iban en busca de nuevas tierras que cultivar.

—Ya.

—O plantéalo también de esta manera: Adán y Eva pasaron tres millones de años en el jardín, viviendo de la generosidad de los dioses, crecieron muy poco, según el estilo de vida de los Dejadores esa era la forma que tenia que ser. Como los Dejadores estaban en todas partes, no necesitaban ejercitar la prerrogativa de los dioses de decidir quien debe vivir y quien debe morir. Pero cuando Eva le mostró este conocimiento a Adán, el dijo que si. Con este conocimiento no vamos a tener que depender nunca más de la generosidad de los dioses. Con el poder de decidir quien debe morir y quien debe vivir, podemos crear una generosidad que exista solo para nosotros y esto significa que le podemos decir si a la Vida y aceptar el conocimiento del bien y del mal como diferentes perspectivas de un solo acto, y este es la forma que el Génesis cuenta la historia.

—Si, Es un misterio, pero creo que lo entiendo. Cuando Adán acepto el fruto de ese árbol, el se rindió a la tentación de vivir sin limites y por eso la

persona que le ofreció ese fruto se llama Vida.

Ismael inclino la cabeza. Siempre que una pareja de Tomadores hable sobre lo maravilloso que seria tener una gran familia, ellos están re ejecutando esta escena del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Se dicen a ellos mismos es nuestro derecho distribuir la vida en este planeta como nos plazca. ¿Por qué detenernos cuando tenemos cuatro o seis hijos? Podemos tener quince si queremos. Todo lo que tenemos que hacer es arar otros cientos de acres de la selva tropical, si total a quien le importa si una docena de otras especies desparecen como resultado.

16

Había todavía algo que no encajaba del todo, pero no sabía cómo formularlo debidamente.

Ismael me dijo que me tomara mi tiempo.

Después de un buen rato sumido en mis reflexiones, me dijo:

—No quieras formularlo en términos de nuestros conocimientos actuales. En aquella época, los semitas vivían aislados en la península arábiga, con el mar a un lado y con el pueblo de Caín al otro. Según lo que sabemos, junto con sus hermanos del norte constituían el conjunto de la raza humana, el único pueblo sobre la Tierra. Ciertamente, era así como ellos veían la historia. Es posible que no supieran que era en ese pequeño rincón del mundo donde Adán había comido del árbol de los dioses, o que Mesopotamia no era el único lugar del mundo donde se practicaba la agricultura, o que había repartida por el mundo mucha gente que vivía como había vivido Adán antes de la Caída.

—Seguro —convine—. Yo había intentado que todo ello encajara con las informaciones de que disponemos en la actualidad, pero obviamente eso no podía funcionar.

17

—En mi opinión, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el relato de la Caída de Adán es con mucho el relato más famoso del mundo.

—Al menos, en Occidente —puntualicé.

—Oh, también es muy conocido en Oriente, pues ha llegado hasta los últimos rincones del planeta por obra de los misioneros cristianos. Ejerce una poderosa atracción sobre los Tomadores de todas las partes del mundo.

—Sí.

—¿Y por qué es así?

—Supongo que porque intenta explicar lo que *salió mal*.

—¿Qué es lo que *salió mal?* ¿Cómo entendió la gente el relato?

—Adán, el primer hombre, comió el fruto del árbol prohibido.

—¿Y qué se supone que significa esto?

—Francamente, no lo sé. Nunca he oído una explicación convincente.

—¿Y el conocimiento del bien y del mal?

—Repito que nunca he oído una explicación convincente. Lo veo como lo ve la mayoría de la gente: que los dioses quisieron probar la obediencia de Adán prohibiéndole algo, sin importar demasiado lo que estaba en juego. Eso es esencialmente la Caída: un acto de desobediencia.

—O sea, que no tiene nada que ver realmente con el conocimiento del bien y del mal.

—Pues no. Aunque supongo que hay gente para la que ese conocimiento del bien y del mal es sólo un símbolo de..., no sabría decir exactamente de qué. Que considera la Caída como una pérdida de la inocencia.

—La inocencia en este contexto es probablemente un sinónimo de ignorancia bienaventurada, ¿no?

—Sí, algo así: el hombre fue inocente hasta que aprendió a distinguir entre el bien y el mal. Cuando dejó de ser inocente, al poseer ese conocimiento, se convirtió en un ser caído.

—Siento decirte que eso no me dice absolutamente nada.

—Ni a mí tampoco, para el caso.

—No obstante, si lees el relato desde otro punto de vista, te explica qué fue lo que falló exactamente, ¿no?

—Sí.

—Pero los de tu cultura nunca han podido comprender esa explicación porque siempre han dado por supuesto que había sido formulada por gente como ellos, gente que daba por supuesto que el mundo estaba hecho para el hombre y que el hombre estaba hecho para conquistarlo y gobernarlo, gente para la que el conocimiento más preciado del mundo era el conocimiento del bien y del mal, gente que consideraba el cultivo del suelo la única manera noble y humana de vivir. Si leéis este relato como un relato escrito por alguien que ve el mundo desde vuestro mismo punto de vista, entonces no tendréis ninguna posibilidad de entenderlo.

—Eso es verdad.

—Pero si lo leéis de otra manera, la explicación cobrará pleno sentido: el hombre nunca podrá poseer la sabiduría que poseen los dioses a la hora de gobernar el mundo, y si intenta arrogarse esa sabiduría, habrá firmado su condena de muerte.

—Sí —asentí—. No me cabe la menor duda al respecto. De eso es de lo que trata el relato. Adán no fue el progenitor de nuestra raza. Fue el progenitor de nuestra cultura.

—Por eso su figura ha tenido siempre tanta importancia para vosotros. Aun cuando el relato como tal no tenga pleno sentido para vosotros, siempre podréis identificaros con su protagonista. Desde el principio, lo reconocéis como uno de los vuestros.

Capítulo
DIEZ

1

Un tío mío llegó sin anunciarse, esperando que lo acompañara y le enseñara la ciudad. Yo creí que iba a ser un solo día, pero fueron dos y medio. Mentalmente, le lanzaba estos mensajes en forma de pregunta: "¿No crees que ya deberías irte? ¿No echas de menos a tus amigos y tus cosas? ¿No se te ha ocurrido que podrías descubrir la ciudad tú solito, y que yo puedo tener cosas más importantes que hacer?". Pero no pareció darse por enterado.

Unos minutos antes de ir al aeropuerto a despedirle, recibí una llamada de un cliente en plan ultimátum. "Ya no valen ni más excusas, ni más palabras. O hace ahora mismo el trabajo o nos devuelve el anticipo". Yo le contesté diciendo que haría el trabajo ahora mismo. Así pues, acompañé a mi pariente al aeropuerto, volví y me senté delante del ordenador. Como no era un trabajo muy largo, razoné, no era necesario desplazarme hasta el centro de la ciudad sólo para decirle a Ismael que me iba a ausentar un par de días más.

Pero noté que se apoderaba de mí un sentimiento de culpa.

Yo suelo rezar por mis muelas. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez? Yo no tengo nunca tiempo para limpiarme los dientes con hilo dental. Ya se sabe. Aguantad ahí, les digo. Me ocuparé de vosotras antes de que sea demasiado

tarde. Pero, la segunda noche, una de las muelas de atrás dijo: "Hasta aquí he llegado". A la mañana siguiente, encontré a un dentista dispuesto a extraerla y a darle una honorable sepultura. En el sillón, mientras él me ponía una inyección tras otra y trasteaba con su instrumental para comprobar mi presión sanguínea, pensé decirle lo siguiente: "Mire, no tengo tiempo para tantas comprobaciones. Arránquela sin más y déjeme marchar". Pero resultó que tenía razón. ¡Qué barbaridad de raíz tenía esa muela! Parecía estar mucho más cerca de la columna vertebral que de los labios. En determinado momento, llegué incluso a preguntarle si no sería más fácil abordarla por detrás.

Cuando hubo acabado, pude conocer el otro lado de su personalidad. Se convirtió en un auténtico Policía Dental: me reprendió y me hizo sentirme insignificante, irresponsable, inmaduro. Yo asentí y le prometí hacer todo lo que me mandaba, pensando: Por favor, señor, déme otra oportunidad, fíese de mí palabra. Lo hizo al final, pero, cuando volví a casa, me estaban temblando las manos y me salían de la boca unas bolas de gasa nada estéticas. Pasé el día atiborrándome de analgésicos y antibióticos y volviéndome zombi a base de whiskies.

A la mañana siguiente volví al trabajo, pero noté que se apoderaba de mí el mismo sentimiento de culpabilidad.
"Sólo un día más, y llevo esto al correo", me dije a mí mismo. "Un día más no puede ya importar".

Un jugador que ha apostado sus últimos cien dólares a un número impar y ve cómo se detiene la bola en la casilla 18 te dirá que, desde el instante mismo en el que la ficha salió de su mano, ya *supo* que la suya era una apuesta sin futuro. Lo supe, lo *sentí*. Pero, por supuesto, si la bola se hubiera detenido una casilla más allá, en la 19, habría manifestado jubiloso que hay muchos presentimientos que acaban revelándose erróneos.

El mío, no.

Desde la entrada misma, vi una máquina limpiadora junto a la puerta medio abierta de Ismael, al tiempo que un hombre de mediana edad con ropa de trabajo gris salía reculando y se disponía a cerrar la puerta. Yo le dije que esperara un momento.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté con un tono algo tajante cuando estuvo lo suficientemente cerca como para no tener que gritarle.

Aquella pregunta no merecía ninguna contestación, y él no me la dio.

—Mire —insistí—. Ya sé que no es asunto mío, pero ¿le importaría decirme qué está pasando aquí?

Me miró como si yo fuera la cucaracha que creía haber aplastado la semana anterior. Sin embargo, al final hizo un pequeño esfuerzo bucal y profirió unas cuantas palabras:

—Preparando el lugar para el nuevo inquilino.

—Ah —exclamé—. Pero, mmmm, ¿qué ha sido del inquilino anterior?

Se encogió de hombros y me contestó con indolencia:

—La habrán echado, supongo. No pagaría el alquiler.

—¿La han echado? —Me había olvidado momentáneamente de que Ismael no era el propietario.

Me lanzó una mirada de incomprensión.

—Creí que conocía usted a la dama.

—No, yo conocía al,.. mmm...

Me miró unos instantes, sin dejar de parpadear.

—Mire —porfié, pero titubeando ahora—, es probable que haya ahí una nota para mí, o algo.

—Ahora mismo no hay *ná* de *ná* ahí dentro, se lo aseguro. Sólo un olor bastante malo.

—¿Le importaría que eche un vistazo?

Se dio media vuelta y cerró la puerta.

—Hable mejor con la agencia, ¿vale? Tengo prisa.

2

La "agencia", encarnada en una recepcionista, no veía ninguna razón para dejarme entrar en ese despacho ni para facilitarme ningún tipo de información más allá de lo que yo ya sabía: que el inquilino no había cumplido con los términos del contrato y, consiguientemente, se le había hecho llegar la orden de desalojar el lugar. Yo intenté desconcertarla un poco contándole parte de la verdad, pero ella rechazó despectivamente mi insinuación de que un gorila había ocupado hasta hacía poco ese lugar.

—Ningún animal como el que usted menciona se ha alojado, ni se alojará nunca, en ninguno de nuestros inmuebles.

Le pedí que me dijera al menos si Raquel Sokolow había sido la arrendadora de dicho lugar. ¿Qué podía haber de malo en ello?

Pero ella me contestó:

—No hay nada de malo. Lo único que..., si su interés fuera legítimo, sabría de sobra quién es el arrendador.

No era la típica recepcionista, desde luego. Si alguna vez necesito alguna, espero encontrar a una como ella.

3

Había en la guía telefónica media docena de mujeres apelli-dadas Sokolow, pero ninguna que se llamara Raquel. Había una Grace, con el tipo de dirección perfecto para ser la viuda de un comerciante judío acomodado. A la mañana siguiente, cogí temprano el coche y cometí una pequeña y discreta intrusión para ver si la casa tenía una glorieta. Sí la tenía.

Lavé el coche, saqué brillo a mis zapatos y cepillé las hombreras de un traje que conservaba para un caso de boda o funeral. Luego, para asegurarme de no llegar a la hora del almuerzo o del té, esperé a que dieran las dos para hacer mi aparición.

El estilo *beaux-arts* no es del gusto de todo el mundo, pero a mí no me parece mal cuando no lo confunden con una tarta nupcial. La mansión de los Sokolow parecía fría y majestuosa, y, sin embargo, era algo estrafalaria, como una familia aristocrática de picnic. Después de tocar el timbre, tuve tiempo de sobra para estudiar detenidamente la puerta de entrada, toda una obra de arte, donde se representaba en bronce el rapto de Europa, la fundación de Roma o algo por el estilo. Tras un buen rato, fue abierta por un hombre que, por la manera de vestir, su aspecto y sus modales, bien podía haber sido un secretario de Estado. No tuvo necesidad de decir: "¿sí?" o "¿y bien?". Le bastó con un simple movimiento de cejas. Le dije que deseaba ver a la señora Sokolow. Él me preguntó si tenía cita, aunque sabía perfectamente que no era tal el caso. Intuí que a este personaje no se le podían decir cosas como "se trata de un asunto personal", es decir, que lo que me había llevado allí no era de su incumbencia. Decidí darle algunas pistas.

—A decir verdad, estoy tratando de contactar con su hija.

Me miró de arriba abajo con aire divertido, como preguntándome telepáticamente: "¿Y no desea nada más?".

Decidí contarle algo más.

—¿Estaba usted con el *señor* Sokolow?

Frunció el ceño, dándome a entender que dudaba mucho de la importancia de mi investigación.

—La razón por la que pregunto esto es... ¿puedo preguntarle su nombre?

Dudó asimismo de la importancia de aquella pregunta, pero decidió seguir el juego.

—Me llamo Partridge.

—Bien, señor Partridge, la razón por la que le pregunto esto es... ¿Conocía usted por casualidad a Ismael?

Me miró con párpados entornados.

—Para serle realmente sincero, no estoy buscando a Raquel, sino a Ismael. Creo saber que Raquel se encargó más o menos de él al morir su padre.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó, sin soltar prenda.

—Sr. Patridge, si usted conoces la respuesta me ayudaría mucho pero sino, no me ayudaría en nada. Esto fue un punto interesante y lo reconoció inclinando la cabeza. Luego me pregunto por qué estaba buscando a Ismael.

—Él no está en el lugar de siempre.

—Es evidente que alguien se lo llevo. Ayudémoslo.

—Sí, yo dije. No creo que haya ido a Hertz y se haya alquilado un auto. Patridge ignoró mi ocurrencia. Honestamente, me temo que no sé nada.

—¿La señora Sokolow?

—Si ella sabría algo, me daría cuenta inmediatamente. Le creía pero dije: Dígame algún lugar para que comience a buscar.

—No sé de ningún lugar ahora. Ahora que la señorita Sokolow está muerta. Me quede ahí por un instante analizándolo.

—¿De qué murió?

—¿No la conocía?

—No mucho.

—Entonces no es de su incumbencia, me dijo sin rencor, simplemente como algo natural.

4

Pensé en la posibilidad de contratar a un detective privado. Luego repasé en mi cabeza las cosas que tendría que contarle, y decidí dejarlo. Pero como no podía tampoco cruzarme de brazos, hice una llamada telefónica al zoo para preguntar si por casualidad tenían un gorila de llanura. Me contestaron que no. Les comuniqué que yo tenía un gorila del que tenía que desprenderme y les pregunté si lo querían, pero me dijeron que no.

Entonces les pregunté si sabían de alguien que *tal vez* quisiera uno, y me dijeron que tampoco, que no tenían la menor idea. Y si tuvieran que deshacerse perentoriamente de un gorila, ¿qué harían ellos?, volví a la carga. Su contestación fue que podría haber un laboratorio o dos que lo quisieran para hacer experimentos; pero me dio la impresión de que no me estaban prestando ninguna atención. Una cosa era evidente: Ismael había hecho algunos amigos que yo no conocía, tal vez unos antiguos alumnos suyos. Para dar con ellos, se me ocurrió usar el mismo método que él usaba para conseguir alumnos: poner un anuncio en el periódico.

AMIGOS DE ISMAEL

Otro amigo ha perdido contacto.

Por favor, llamarme para decirme dónde está.

Aquel anuncio fue un error, pues me brindaba otra excusa para desconectar el cerebro. Esperé a que apareciera, esperé una semana a que alguien lo leyera y luego unos días más a que alguien me llamara, y de esa manera transcurrieron dos semanas durante las cuales no di ni golpe.

Cuando, finalmente, me enfrenté a la evidencia de que nadie me iba a contestar, me puse a buscar una nueva estrategia. Me llevó unos tres minutos dar con ella. Llamé al Ayuntamiento y me pusieron con la persona encargada de expedir permisos a los feriantes: ¿Qué pasaba si alguien quería arrendar un solar municipal durante una semana?

—¿Había alguna feria ambulante en la ciudad aquellos días?

—No.

—¿Había habido alguna últimamente?

—Sí, el Darryl Hicks Carnival, con diecinueve atracciones, veinticuatro casetas y una carpa. Se habían marchado hacía un par de semanas, más o menos.

—¿Incluía algo parecido a una casa de fieras?

—No recordaba que hubiera llevado fieras.

—¿Un animal o dos en la carpa, acaso?

—Pss. Era posible.

—¿El siguiente destino?

—Ni la más mínima idea.

No importaba. Tras una docena de llamadas más, supe que había permanecido una semana en una ciudad situada a cincuenta y tantos kilómetros, al norte, y que había vuelto a marcharse. Supuse que había seguido rumbo norte, y di con su paradero actual tras una sola llamada. Y, sí, ahora se vanagloriaban de tener a "Gargantúa, el gorila más famoso del mundo", bicho que, según mis noticias, llevaba muerto unos cuarenta años.

Alguien que dispusiera de un medio de locomoción razona-blemente moderno, habría dado con el Darryl Hicks Carnival en unos noventa minutos; pero yo, que disponía de un Plymouth que tenía la misma edad que *Dallas,* no llegué hasta pasadas dos largas horas. La feria estaba en todo su apogeo. Ya se sabe, las ferias se parecen mucho a las estaciones de autobús: unas más grandes que otras, pero todas muy parecidas. Darryl Hicks ocupaba una hectárea llena de sordidez disfrazada de diversión: mucha gente fea, mucho ruido y un intenso olor a cerveza, algodón dulce y palomitas. Me abrí paso en dirección a la carpa central.

Tengo la impresión de que este tipo de carpas, tal y como yo las recuerdo de mis años de infancia —o tal vez de las películas de mi infancia— brilla prácticamente por su ausencia en las ferias modernas; pero, si tal es el caso, el Darryl Hicks constituye una clara excepción. Cuando entré, un animador estaba presentando a un tragafuegos; pero no me quedé a mirar. Había un montón de cosas que ver allí dentro: la mencionada colección de monstruos, tipos raros, un faquir, un alfiletero humano, una mujer gorda tatuada, y más cosas, a las que no presté la menor atención.

Ismael se hallaba en un rincón poco iluminado al final de la carpa, objeto de atención de dos chavales de unos diez años.

—Apuesto a que, si quiere, rompe esos barrotes de un golpe —comentó uno de ellos.

—Ya —convino el otro—. Pero *él* no sabe eso.

Permanecí un rato inmóvil, con la mirada clavada en Ismael, mientras él parecía no inmutarse ni prestar atención a nada, hasta que los chicos se alejaron.

Un par de minutos después, yo seguía mirándolo fijamente y él seguía haciéndose el indiferente. Finalmente, cedí y rompí el silencio:

—Dime una cosa. ¿Por qué no me has pedido ayuda? Podrías haberlo hecho. No ponen a nadie de patitas en la calle de la noche a la mañana.

Nada delataba que me hubiera oído.

—¿Qué diablos puedo hacer para sacarte de aquí?

Siguió mirando en mi dirección, pero como si no me estuviera viendo, como si yo fuera un hombre invisible.

Volví a la carga:

—Oye, Ismael, ¿estás enfadado conmigo o qué?

Por fin, me miró a los ojos, pero con una mirada de pocos amigos.

—Yo no te he pedido en ningún momento que fueras mi pro-tector —replicó—; así que, por favor, intenta no ser condesen-diente.

—Quieres decir que me ocupe de mis propios asuntos, ¿no es eso?

—Dicho simple y llanamente, sí, es eso.

Mire alrededor, embargado por una sensación de impotencia.

—¿Pretendes realmente que me crea que quieres *quedarle* aquí?

De nuevo, la mirada de Ismael se volvió glacial.

—De acuerdo, de acuerdo —me compuse—. ¿Y yo, qué?

—¿Cómo que "y yo, qué"?

—Se supone que no habíamos terminado, ¿o sí?

—No, no habíamos terminado.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes? Que me convierta en el fracasado número cinco, ¿no?

Estuvo un par de minutos mirándome con aire turbio.

Luego, contestó:

—No tiene por qué ser así. Podemos seguir como antes.

En aquel momento, una familia de cinco miembros se acercó a echar un vistazo al gorila más famoso del mundo: mami, papi, dos niñas y un pequeño dormido en los brazos de la madre.

—Así que podemos seguir igual que antes... Eso es lo que tú opinas, ¿no? —le rebatí, y no precisamente en voz baja—. Eso te parece perfectamente factible, claro.

La familia de visitantes me encontró al parecer mucho más interesante que a "Gargantúa", el cual, después de todo, permanecía sentado con aspecto tristón.

Yo seguí con mi tema:

—Y qué, ¿cuándo empezamos? ¿Recuerdas dónde lo deja-mos?

Intrigados, los visitantes se volvieron para ver qué respuesta arrancaban mis palabras en Ismael. Cuando se produjo la respuesta, obviamente sólo yo pude oírla.

—Cierra el pico.

—¿Que cierre el pico? Había creído oírte decir que íbamos a seguir igual que antes.

Soltó un gruñido, se desplazó a la parte trasera de la jaula y nos ofreció a los presentes una amplia visión de su parte posterior. Un minuto después aproximadamente, los visitantes decidieron que yo merecía una mirada de reproche; me la echaron bien echada y prosiguieron su recorrido en dirección al cadáver momificado de un hombre muerto de un disparo al final de la Guerra Civil.

—Déjame que te saque de aquí.

—No, gracias —respondió volviéndose hacia mí, pero sin hacer ningún amago de acercarse—. Por increíble que pueda parecerte, prefiero vivir así antes que vivir de tu generosidad.

—De mi generosidad sólo hasta que se nos ocurriera alguna otra cosa.

—¿Alguna otra cosa... como qué? ¿Hacer monerías en un pro-grama de la tele? ¿O marcarme un numerito todas las noches en una *boite?*

—Escucha. Si podemos ponernos en contacto con los otros, tal vez podamos hacer algo positivo entre todos.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Estoy hablando de los que te han llevado tan lejos. No lo has hecho tú solo, ¿no?

Me lanzó una mirada hostil desde la sombra.

—Vete —gruñó—. Vete y déjame en paz.

Me fui y le dejé en paz.

5

Yo no había planeado aquello, en realidad yo no había planeado absolutamente nada, y no tenía la menor idea de lo que podía hacer. Reservé una habitación en el motel más barato que encontré y salí a comer y beber algo a ver si mientras se me ocurría alguna idea.

Como a las nueve de la noche no se me había ocurrido aún nada, volví al recinto ferial a ver lo que pasaba por allí. Tuve suerte, por así decir: se estaba acercando un frente frío, y una lluvia fina pero pertinaz estaba enviando a casa a los numerosos visitantes.

¿Se siguen llamando peones los que trabajan en una feria? No se lo pregunté al hombre que estaba echando el cierre a la carpa. Debía de tener unos ochenta años. Yo le ofrecí un billete de diez dólares a cambio de poder comulgar un rato con la naturaleza en la persona del gorila, que, desde luego, no se llamaba Gargantúa. No pareció importarle un ardite la falta de ética de mi propuesta. Esbozó una risita sarcástica ante la escasa enjundia del soborno. Al ofrecerle otros diez, dejó una luz ardiendo junto a la jaula y

se alejó, con paso renqueante, del lugar. Había grupos de sillas recogidas junto a cada uno de los escenarios; yo arrastré una y me senté.

Ismael me estuvo mirando unos minutos y finalmente me preguntó dónde lo habíamos dejado.

—Acababas de decirme que el relato del *Génesis* que empieza con la Caída de Adán y termina con el asesinato de Abel no es realmente como lo entienden los de mi cultura. Es el relato de nuestra revolución agrícola contado por algunas de las primeras víctimas de esa revolución.

—Y ¿qué nos queda por hacer, en tu opinión?

—No sé. Tal vez nos quede reducir todo esto a un común denominador. No sé todavía cuál puede ser la suma de todas estas partes.

—De acuerdo. Déjame pensar un poco.

6

—¿Qué es exactamente la cultura? —preguntó Ismael al fin—. En el sentido en que se utiliza la palabra corrientemente, no en el sentido especial que le hemos dado a lo largo de estas conversaciones.

Parecía una pregunta diabólica para plantear a alguien sentado dentro de una carpa ferial; con todo, me esforcé al máximo por reflexionar.

—Yo diría que es la suma global de lo que hace que un pueblo sea tal pueblo.

Ismael asintió.

—Y ¿cómo surge esa suma global?

—No estoy seguro de a dónde pretendes llegar. Surge con la vida misma del pueblo.

—Sí, pero los gorriones también viven, y no tienen cultura.

—Vale, ya veo lo que quieres decir. Digamos que es una acumulación. La suma global es una acumulación.

—Pero no me estás diciendo cómo se inicia esa acumulación.

—Ah, bueno. Vale. La acumulación es la suma global que se transmite de una generación a otra. Se inicia cuando... cuando una especie alcanza cierto grado de inteligencia, los pertenecientes a una generación empiezan a transmitir información y técnicas a la siguiente. La siguiente generación recibe esta acumulación, añade sus propios descubrimientos, hace unos cuantos retoques y pasa el lote a la siguiente.

—Y esta acumulación es lo que se llama cultura.

—Sí, yo diría que sí.

—Es la suma global de lo que se transmite, por supuesto; y no sólo informaciones y técnicas. También creencias, suposiciones, teorías, costumbres, leyendas, canciones, historias, danzas, bromas, supersticiones, prejuicios, gustos, actitudes. Todo ello.

—Sí.

—Por curioso que pueda parecer, el grado de inteligencia necesario para que se inicie la acumulación no es necesariamente muy elevado. Los chimpancés de la selva ya transmiten a sus retoños modos de fabricación y utilización de las herramientas. Veo que esto te sorprende un poco.

—Ah, no. Bueno... Supongo que lo que me sorprende es que tú cites a los chimpancés.

—En vez de citar a los gorilas, ¿no?

—Sí.

Ismael frunció el ceño.

—A decir verdad, he evitado deliberadamente todos los estudios acerca de la vida de los gorilas. Es un tema cuyo estudio no me interesa particularmente.

Asentí con la cabeza, sintiéndome un poco estúpido.

En cualquier caso, si los chimpancés ya han empezado a acumular conocimientos sobre lo que funciona bien para los chimpancés, ¿cuándo crees tú que empezaron los de tu especie a acumular conocimientos sobre lo que funcionaba bien para la especie?

—Yo diría que empezaron cuando empezó a haber gente.

—Vuestros paleo-antropólogos estarían de acuerdo. La cultura humana empezó con la vida humana, lo que equivale a decir con el *homo habilis*. Éste transmitió a sus hijos todo lo que había aprendido, y, conforme cada generación fue añadiendo su granito de arena, se produjo una acumulación de conocimientos. Y ¿quién fue el heredero de esta acumulación?

—¿El *homo erectus?*

—Correcto. El cual transmitió dicha acumulación a las sucesivas generaciones, cada una de las cuales hizo su pequeña aportación al todo. Y ¿quién fue el heredero de esta acumulación?

—El *homo sapiens*.

—Por supuesto. Y su heredero fue el *homo sapiens sapiens,* quien transmitió dicha acumulación a las sucesivas generaciones, cada una de las cuales hizo su pequeña aportación al todo. ¿Y quiénes fueron los herederos de *esta* acumulación?

—Yo diría que los distintos pueblos de los Dejadores.

—¿Y no los de los Tomadores? ¿Por que no?

—¿Que por qué no? Pues no lo sé muy bien. Yo diría que porque... Está claro que se produjo una ruptura total con el pasado en la época de la revolución agrícola. Sin embargo, no hubo ninguna ruptura con el pasado entre los distintos pueblos que estaban emigrando a las Américas por aquella época. No hubo ninguna ruptura con el pasado entre los distintos pueblos que vivían en Nueva Zelanda, Australia o Polinesia.

—¿Qué te hace decir eso?

—No lo sé. Es una impresión.

—Sí, pero ¿en qué se basa dicha impresión?

—Creo que en lo siguiente. No sé qué historia están representando esos pueblos, pero me da la impresión de que todos están representando la misma. No puedo concretar aún de qué historia se trata, pero está claramente ahí, en contraposición a la historia que están representando tos

pueblos de mi cultura. Donde quiera que estén, estos pueblos siempre están haciendo exactamente el mismo género de cosas, llevando exactamente el mismo género de vida, igual que, si nos miramos a *nosotros,* siempre estamos haciendo exactamente el mismo género de cosas, siempre estamos llevando exactamente el mismo género de vida.

—Pero, ¿qué relación hay entre esto y la transmisión de acumulación cultural por parte de la humanidad durante los tres primeros millones de años de vida humana?

Reflexioné un par de minutos y luego contesté:

—He aquí la relación: los Dejadores están aún transmitiendo la acumulación en todas las formas en que ésta les llega. Pero no así nosotros, pues, hace diez mil años, los fundadores de nuestra cultura dijeron: "Eso no son más que paparruchas, ésa no es la manera como debería vivir la gente", y tiraron todo lo heredado por la borda. Y sin duda eso hicieron, pues, en la época en que sus descendientes entran en la historia, no hay huella de las actitudes e ideas que encontramos por doquier entre los pueblos Dejadores. Además...

—¿Sí?

—Es curioso. Nunca me había puesto a pensar en esto... Los pueblos Dejadores siempre son conscientes de una tradición que se remonta a los tiempos primitivos. Nosotros no tenemos esa conciencia. En líneas generales, somos un pueblo muy "nuevo". Toda generación es en cierto modo nueva, más alejada del pasado que la que le precedió.

—¿Qué dice al respecto la Madre Cultura?

—Pues... —contesté, cerrando los ojos—. La Madre Cultura dice que es así como debería ser. El pasado tiene poco que ofrecernos. El pasado es porquería. El pasado es algo que hay que dejar atrás, de lo que hay que escapar.

Ismael inclinó la cabeza. Entonces entiendes, de esta forma es como llegaste a ser un amnésico cultural.

—¿Cómo?

—Hasta que Darwin y los paleontólogos vinieron a cambiar tres millones de años de vida humana de tu historia, se creía en tu cultura que el nacimiento del hombre y de la cultura eran acontecimientos simultáneos cuando en realidad ambos fueron un solo acontecimiento. Lo que quiero decir es que las personas de tu cultura pensaban que el hombre había nacido de ti. Se creía que la agricultura era innata al hombre como lo es la producción de miel a las abejas.

—Si, así parecía.

—Cuando la gente de tu cultura se encontró con los cazadores de África y de América, se pensaba que estas personas habían degenerado el estado agricultor natural, personas que habían perdido el arte con el que habían nacido. Los Tomadores no se imaginaban que estaban en frente de lo que ellos mismos habían sido antes de que se convirtieran en agricultores. Hasta lo que sabían los Tomadores, no existía un antes. La creación había ocurrido solo un par de miles de años atrás, el Hombre y la Agricultura habían difundido inmediatamente la tarea de construir la civilización.

—Si, así es.

—¿Te das cuenta como sucedió esto?

—¿Qué cosa?

—Como sucedió que la pérdida de memoria de tu periodo prerrevolucionario fue tal que tú ni siquiera sabias que había existido.

—No, no lo sé. Siento que debería pero no.

—Fue tu observación de que lo que la Madre Cultura te enseña es que el pasado es una mierda, algo que deber desaparecer.

—Si.

—Y a lo que quiero llegar es que aparentemente esto es algo que ella te ha estado enseñando desde el principio.

—Si, entiendo. Se me está aclarando ahora. Estoy diciendo que entre los Dejadores, siempre se tiene la sensación de una persona con un pasado

que se remonta al nacimiento de los tiempos. Entre los Tomadores, se tiene la sensación de una persona cuyo pasado se remonta a 1963. Ismael inclino la cabeza, pero luego continúo: Al mismo tiempo, se debe tener en cuenta que la antigüedad, es un gran validador entre la gente de tu cultura siempre y cuando se limite a esa función. Por ejemplo, los Ingleses quieren que todas sus instituciones y todo el esplendor que rodea a esas instituciones sean lo más antiguas posibles. (incluso si no lo son). Sin embargo, ellos no viven como vivían los británicos de antes, y no tienen la más mínima intención de hacerlo. Más de lo mismo se podría decir de los Japoneses. Ellos aprecian los valores y las tradiciones de sus ancestros más nobles y sabios y lamentan su desaparición, pero no tienen ningún interés en vivir de la forma en que vivían sus ancestros más nobles y sabios. Resumiéndolo, las costumbres antiguas sirven para las instituciones, ceremonias y vacaciones pero los Tomadores no quieren adoptarlas para sus vidas diarias.

—Es cierto.

7

—Pero, por supuesto, la Madre Cultura no enseñó que hubiera que desechar *todo* lo proveniente del pasado. ¿Qué había que salvar? ¿Qué se *salvó* realmente?

—Yo diría que la información sobre cómo fabricar o hacer en general ciertas cosas.

—Se salvó toda información relacionada con la producción. Y es por eso por lo que *las cosas están como están*.

—Sí.

—Por supuesto, también los Dejadores salvan la información sobre la producción, pero raras veces es la producción por la producción un rasgo característico de sus vidas. Entre los Dejadores, la gente no tiene cupos

semanales de cacharros o puntas de flecha que producir. No está preocupada por aumentar su producción de hachas.

—Cierto.

—Así, aunque guarda información sobre la producción, la mayor parte de la información que guarda es sobre otras cosas. ¿Cómo caracterizarías tú esa información?

—Creo que ya diste tú la respuesta a esa pregunta hace unos minutos. Guardan lo que funciona bien para ellos.

—¿Para ellos? ¿No para todo el mundo?

—No. Yo no soy un experto en antropología, pero he leído suficientes cosas relacionadas con esta materia para saber que, por ejemplo, los zuñis o los navajos no creen que su manera de vivir sea la manera en que debe vivir todo el mundo. Cada pueblo tiene una manera de vivir que funciona bien para sus integrantes.

—Y esta manera de vivir, que funciona bien para sus integrantes, es la que éstos enseñan a sus hijos, ¿no?

—Sí. Y lo que nosotros enseñamos a nuestros hijos es sobre todo cómo fabricar cosas. Cómo fabricar más y mejores cosas.

—¿Por qué no les enseñáis lo que funciona bien para la gente?

—Yo diría que porque no *sabemos* qué es lo que funciona bien para la gente. Cada generación tiene que idear su propia versión de lo que funciona bien para la gente. Mis padres tenían su versión, que era bastante inútil, y los padres de mis padres tenían también *su* versión, que era bastante inútil, y nosotros estamos creando actualmente *nuestra* propia versión, que probablemente les parecerá bastante inútil a nuestros hijos.

8

—He dejado que la conversación se desvíe un poco de su curso —refunfuñó Ismael mientras cambiaba de postura, haciendo chirriar los ejes del

carromato—, para que veas que cada cultura dejadora es una acumulación de conocimientos que se remontan, cual cadena ininterrumpida, hasta los albores de la vida humana. Por eso no hay que extrañarse de que cada una de estas culturas funcione bien. Cada una de ellas se ha ido comprobando y refinando a lo largo de miles de generaciones.

—Sí. Sobre eso se me está ocurriendo algo.

—Adelante.

—Dame un minuto. Tiene que ver con..., el que no sepamos cómo debería vivir la gente.

—Tómate tu tiempo.

—Bien —proseguí unos minutos después—. Cuando dije al principio que no existía un conocimiento seguro sobre cómo debía vivir la gente, lo que quería decir era que no existe *una única manera correcta*. Pero eso es lo que *nosotros* postulamos. Eso es lo que postulan los Tomadores. Nosotros no queremos conocer una manera de vivir que funcione bien. Queremos conocer la *única manera correcta. Y esa* es la que nos dan a conocer los profetas y los legisladores. Déjame que piense... Después de una amnesia que duró entre cinco y ocho mil años, los Tomadores no sabían realmente cómo vivir. Debieron de dar la espalda al pasado, pues, de repente, entra en escena Hammurabi, y todo el mundo le pregunta: "¿Qué es eso?", y Hammurabi les contesta: "Esto, hijos míos, son *leyes*". "¿Leyes? ¿Y qué son las leyes?". Y Hammurabi contesta: "Las leyes son las que establecen cuál es *la única manera correcta* de vivir". ¿Qué estaba tratando de decir?

—No estoy seguro.

—Tal vez sea esto: cuando tú empezaste a hablar de nuestra amnesia cultural, yo creí que estabas hablando metafóricamente, o tal vez exagerando un poco para hacerme ver mejor algún razonamiento. Pues, obviamente, no se puede saber lo que pensaban aquellos campesinos neolíticos. Sin embargo, unos miles de años después, los descendientes de estos campesinos neolíticos se rascaron la cabeza y dijeron: "¡Ah! Nos gustaría

saber cómo debe vivir la gente". Pero mientras tanto, durante ese mismo espacio de tiempo, los Dejadores del mundo *no habían* olvidado cómo vivir. *Ellos* aún se acordaban, pero los de mi cultura se habían olvidado, se habían alejado de una tradición que les enseñaba cómo vivir. *Necesitaron* que un Hammurabi se lo dijera. *Necesitaron* que un Dracón, un Solón, un Moisés, un Jesús y un Mahoma se lo dijeran. No así los Dejadores, pues tenían una manera, mejor dicho, tenían un abanico de maneras... Espera. Creo que ya lo tengo.

—Tómate tu tiempo.

—Cada una de las maneras de vivir o culturas de los Dejadores evolucionó poco a poco, según un proceso de ensayo y error que comenzó antes incluso de tener palabras para nombrarlas. Nadie dijo: "Muy bien, formemos un comité para redactar una serie de leyes que todos vamos a observar". Ninguna de aquellas culturas fueron *inventos.* Pero eso es lo que nos dieron *nuestros* legisladores: inventos, argucias. No cosas que se habían ido probando a lo largo de miles de generaciones, sino más bien veredictos arbitrarios sobre *la única manera correcta* de vivir. Y eso es lo que todavía está ocurriendo. Las leyes que aprueban en Washington no se incluyen en los libros de texto porque funcionen bien, sino porque representan *la única manera correcta* de vivir. No se puede abortar, a no ser que el feto amenace la vida de la madre o haya sido engendrado por un violador. Hay un montón de gente a la que le gusta que la ley sea así. ¿Por qué? ¡Porque ésa es l*a única manera correcta* de vivir!. Uno puede ocasionarse la muerte emborrachándose, y no le pasa nada, pero si lo pillan fumando un cigarrillo de marihuana, a la cárcel, pues ésa es *la única manera correcta* de vivir. A nadie le importa un comino si nuestras leyes funcionan bien o mal. Eso no entra en el orden del día....

—De nuevo, me parece que me he perdido.

Ismael gruñó.

—No tienes por qué hablar de algo concreto. Estás explorando un profundo complejo de ideas..., y no se puede llegar a lo más hondo de una cuestión en veinte minutos.

—Cierto.

—Sin embargo, hay una cosa que quiero dejar clara antes de seguir adelante.

—Muy bien.

—Ya has visto que los Tomadores y los Dejadores acumulan dos tipos de conocimiento completamente distintos.

—Sí. Los Tomadores acumulan conocimientos sobre lo que funciona bien para las *cosas*, y los Dejadores acumulan conocimientos sobre lo que funciona bien para las *personas*.

—Pero no para *todas* las personas. Cada pueblo Dejador tiene un sistema que funciona bien para él porque dicho sistema ha *evolucionado* dentro de su seno; era adecuado para el terreno en el que vivía, era adecuado para la comunidad biológica en la que vivía, era adecuado para sus gustos, preferencias y visión del mundo peculiares.

—Sí.

—¿Y cómo se llama este tipo de conocimiento?

—No sé lo que quieres decir.

—¿Qué tiene alguien que sabe lo que funciona bien para la gente?

—Pues... ¿sabiduría?

—Pues claro. Ahora ya sabes que lo que más valora tu cultura es el conocimiento de lo que funciona bien para la producción, y que lo que más valoran las culturas dejadoras es el conocimiento de lo que funciona bien para las personas. Y cada vez que los Tomadores destruyen una cultura dejadora, desaparece de manera irreparable una sabiduría destilada desde el nacimiento de la humanidad, al igual que, cada vez que exterminamos una especie, desaparece de manera irreparable una forma de vida destilada desde el nacimiento de la vida.

—Eso es una barbaridad —me salió.

—Sí —corroboró Ismael—. Una barbaridad.

9

Ismael estuvo unos minutos rascándose la cabeza y tocándose las orejas, y luego me despachó por aquel día.

—Estoy cansado —-explicó—. Y tengo demasiado frío para pensar.

Capítulo
ONCE

1

La lluvia fina aún seguía, y, cuando llegué hacia las doce del día siguiente, no había aún nadie por allí a quien pudiera sobornar. Yo había cogido de un almacén de la Marina dos mantas para Ismael —y otra para mí, para que no fuera a pensar...—. Aunque las aceptó con renuencia, pareció bastante contento de tener algo con que abrigarse. Pasamos un rato sumidos en el abatimiento, y luego, un tanto a regañadientes, Ismael decidió arrancar:

—Poco antes de mi mudanza, me preguntaste, no recuerdo bien qué fue lo que dio pie a la pregunta, cuándo íbamos a tratar de la historia representada por los Dejadores.

—Así es.

—¿Por qué estás interesado en conocer esa historia?

Aquella pregunta me pilló completamente desprevenido.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Estoy preguntando cuál era el fundamento de tu pregunta. Sabes que Abel está prácticamente muerto.

—Ya, es cierto.

—Entonces, ¿para qué conocer la historia que estaba representando?

—Devuelvo la pregunta: ¿y por qué no la puedo conocer?

Ismael sacudió la cabeza.

—No me gusta seguir en este plan. Aunque no pudiera decirte por qué *no te* la puedo contar, no sería razón suficiente para tener que contártela.

Estaba obviamente de mal humor. Yo no se lo podía repro-char, pero tampoco podía simpatizar con él, pues era él quien estaba insistiendo en crear mal ambiente. Preguntó:

—¿Lo quieres saber por pura curiosidad?

—No, yo no diría eso. Tú dijiste al principio que aquí se han representado dos historias. Ya conozco una de ellas. Nada más natural que quiera conocer la otra.

—¿Natural? —repitió, como si aquella palabra no le gustara demasiado—. Me gustaría que dijeras algo con un poco más contenido. Algo que me dé la sensación de que no soy el único que está utilizando el cerebro.

—Siento decirte que no sé a dónde quieres ir a parar.

—Ya sé que no lo sabes, y eso es lo que me irrita. Te has convertido en un oyente pasivo; parece que desconectas el cerebro cuando estás sentado ahí y que lo vuelves a conectar cuando te levantas para irte.

—No creo que eso sea cierto.

—Dime entonces por qué no es una pérdida de tiempo conocer una historia que ya ha desaparecido prácticamente.

—Pues..., *yo* no considero eso una pérdida de tiempo.

—Eso no basta. No se hace algo simplemente porque *no sea una pérdida de tiempo.*

Me encogí de hombros, sin saber por dónde tirar.

Ismael sacudió la cabeza, manifiestamente disgustado.

—Está claro que para ti ese conocimiento sería completamente inútil. Eso está más que claro.

— Pues para mí no lo está tanto.

—Entonces, ¿tú crees que hay un fundamento para conocer esa historia?

—Pues... sí.

—¿Cuál es ese fundamento?

—¡Dios! Simplemente *quiero* conocerla, y punto.

—No. Yo no puedo seguir en ese plan. Yo *quiero* seguir, pero no simplemente para satisfacer tu curiosidad. Vete y vuelve cuando puedas darme alguna razón auténtica para continuar.

—¿Una razón auténtica, como qué? Ponme un ejemplo.

—Muy bien. ¿Para qué molestarse en conocer la historia que representan los de tu cultura?

—Porque la representación de esa historia está destruyendo el mundo.

—Cierto. Pero ¿para qué molestarse uno en conocerla?

—Porque es, obviamente, algo que debe conocerse.

—¿Quién debe conocerlo?

—Todo el mundo.

—¿Por qué? A eso vuelvo siempre. ¿Por qué, por qué, por qué? ¿Por qué deberían los tuyos conocer la historia que están representando mientras destruyen el mundo?

—Para poder *dejar de* representarla. Para no seguir con el estropicio actual. Para ver que se hallan involucrados en una fantasía megalómana, en una fantasía tan demencial como el Reich de los Mil Años.

—¿Eso es lo que hace que la historia merezca conocerse?

—Sí.

—Me alegra escuchar eso. Ahora ve y vuelve cuando me puedas explicar qué es lo que hace que valga la pena saber la otra historia.

—No necesito irme. Te lo puedo explicar ahora.

—Dime.

—La gente simplemente no puede dejar una historia. Eso es lo que los chicos trataron de hacer en los sesentas y en los setentas. Trataron de dejar de vivir como Tomadores, pero no tenían otra forma para vivir. Ellos

fracasaron porque no se puede simplemente dejar de ser parte de una historia, se debe tener otra historia a la cual pertenecer. Ismael inclino la cabeza. Y si existiese esa historia, ¿la gente debería escucharla?

—Si, deberían.

—¿Crees que ellos quieran escucharla?

—No lo sé. No creo que alguien pueda querer algo si todavía no sabe que existe.

—Muy cierto.

—Y ¿de qué crees que esta historia se trata?

—No tengo idea.

—¿Crees que es sobre cazadores y agricultores?

—No lo sé.

—Se honesto. ¿No esperabas algún himno de la alegría de los misterios de la Gran Caza?

—Que yo sepa, no me espero nada por el estilo.

—Bueno, al menos deberías saber que trata del sentido del mundo, de las intenciones divinas en el mundo y del destino del hombre.

—Sí.

—Como ya te habré dicho al menos media docena de veces, el hombre *se hizo* hombre representando esta historia. Eso deberías saberlo también.

—Sí.

—¿Cómo *se hizo* hombre el hombre?

Reflexioné unos instantes para ver si no se escondía alguna trampa detrás de aquella pregunta.

—No estoy seguro de lo que significa esa pregunta —respondí—. O, mejor dicho, no estoy seguro de qué tipo de respuesta te esperas. No querrás que te responda, supongo, que el hombre se hizo hombre evolucionando.

—Eso equivaldría a decir que se hizo hombre haciéndose-hombre, ¿no?

—Sí.

—Entonces, mi pregunta sigue esperando tu respuesta. ¿Cómo se hizo hombre el hombre?

—Supongo que es una de las típicas respuestas obvias.

—Sí. Si te diera la respuesta, dirías: "Hombre, pues claro. Qué estupidez".

Me encogí de hombros, derrotado.

—Abordaremos la cuestión de manera oblicua. Pero no te olvides de que es una pregunta que espera su respuesta.

—De acuerdo.

3

—Según la Madre Cultura, ¿qué tipo de revolución marcó su revolución agrícola?

—¿Qué *tipo* de revolución? Yo diría que, según la Madre Cultura, fue una revolución tecnológica.

—¿No contiene ninguna implicación humana más profunda, de tipo cultural o religioso?

—No. Los primeros agricultores fueron unos simples tecnó-cratas del Neolítico. Eso es lo que me ha parecido siempre.

—Pero, si echas un vistazo a los capítulos tres y cuatro del *Génesis*, verás que allí hubo en juego, más cosas de las que nos enseña la Madre Cultura.

—Sí.

—Hubo muchas más cosas en juego, por supuesto, y aún las hay, pues la revolución aún está en curso. Adán sigue comiendo del fruto de ese árbol prohibido, y siempre que hoy encontramos a Abel, también está Caín detrás de él, cuchillo en mano.

—Cierto.

—Hay otra indicación en el sentido de que la revolución fue algo más que meramente tecnológica. La Madre Cultura enseña que, antes de la revolución, la vida humana estaba desprovista de sentido y era insulsa, vacía, fútil. La vida prerrevolucionaria era algo feo. Detestable.

—Sí.

—Y tú también lo crees, ¿no?

—Pues... supongo que sí.

—Indudablemente la mayoría de ustedes lo cree, ¿no?

—Si.

—¿Quiénes serian las excepciones?

—No lo sé. Supongo que los antropólogos.

—La gente que realmente conoce de esa vida.

—Si.

—Pero la Madre Cultura nos enseña que esa vida fue abominablemente miserable.

—Así es.

—¿Puedes imaginarte alguna circunstancia en la que vos mismo cambiarias tu vida por ese tipo de vida?

—No. Francamente, no puedo imaginarme por qué alguien lo haría si tendría la libertad de elegir.

—Los Dejadores lo harían. A lo largo de la historia, la única forma que los Tomadores encontraron para dejar esa vida fue gracias a la fuerza brutal, gracias al genocidio. En la mayoría de los casos, les fue más fácil simplemente exterminarlos.

—Es verdad. Sin embargo la Madre Cultura tiene algo para decirnos al respecto. Lo que ella dice es que los Dejadores simple-mente no sabían qué era lo que estaban perdiendo. Ellos no comprendían cuales eran los beneficios de la vida a base de la agricultura y fue por eso que se aferraron tanto a vivir de la caza. Ismael sonrió disimuladamente. Entre los aborígenes de tu país, ¿Quiénes dirías que fueron los adversarios más fuertes que tuvieron los

Tomadores?

—Bueno… diría que los Aborígenes de las llanuras.

—Yo creo que la mayoría de ustedes están de acuerdo con eso. Sin embargo, antes de que los españoles trajeran los caballos, los aborígenes de las llanuras habían sido agricultores por siglos. Pero cuando consiguieron los caballos, dejaron la agricultura y se hicieron cazadores.

—No sabía eso.

—Bueno, ahora lo sabes ¿los aborígenes de las llanuras conocían los beneficios de la vida a base de la agricultura?

—Supongo que ellos debían conocerlos.

—¿Qué es lo que la Madre cultura dice?

Pensé al respecto por un instante y luego me reí. Ella dice que ellos en realidad no entendían. Si lo hubiesen hecho nunca hubiesen vuelto a la caza.

—Porque esa es una vida detestable.

—Así es.

—Puedes empezar a entender lo efectiva que son las ense-ñanzas de la Madre Cultura en este tema.

—Cierto. Pero lo que no entiendo a dónde nos lleva todo esto.

—Estamos camino a descubrir qué es lo que es mentira en lo más profundo de tus miedos y odio de la vida del Dejador. Estamos buscando descubrir por qué el hombre siente que debe hacer la revolución aun cuando esta lo destruya a él y al mundo entero. Estamos por descubrir a qué se enfrentaba la revolución del hombre.

—¡Ah!, exclame.

—Y cuando hayamos descubierto todo eso, estoy seguro que me podrás decir cuál es la historia que los Dejadores han estado ejecutando durante los primeros tres millones de años de la vida humana y aun algunos siguen representando en la actualidad, allí donde han logrado sobrevivir.

4

Al mencionar lo de "sobrevivir", Ismael empezó a tiritar y se tapó con las mantas exhalando una mezcla de suspiro y gemido. Durante un minuto, pareció hechizado por el incesante tamborileo de la lluvia contra la lona de la carpa; luego, carraspeó y prosiguió:

—Planteémoslo así. ¿Para qué fue *necesaria* la revolución?

—Fue necesaria para que el hombre consiguiera algo.

—Quieres decir para que el hombre tuviera calefacción central, universidad, teatros de ópera y naves espaciales, ¿no?

—Sí.

Ismael asintió.

—Esta respuesta la habría aceptado cuando empezamos nuestro trabajo, pero ahora quiero que ahondes un poco más en el tema.

—De acuerdo. Pero no sé qué quieres decir con "ahondar un poco más".

—Sabes de sobra que, para cientos de millones de vosotros, ciertas cosas, como la calefacción central, la universidad, el teatro de ópera o la carrera espacial pertenecen a un mundo remoto e inalcanzable. Cientos de millones de humanos viven en unas condiciones que la mayoría de los estadounidenses difícilmente podrían imaginar. Incluso en este país, hay millones de personas que carecen de hogar o viven en condiciones miserables y desesperadas en chozas, penitenciarías o centros públicos que apenas son mejores que cárceles. Para estas personas, el comodín de la revolución agrícola carecería completamente de sentido.

—Cierto.

—Pero aunque estas personas no disfrutasen de las ventajas de vuestra revolución, ¿le volverían la espalda? ¿Cambiarían su miseria y desesperación por el tipo de vida que se llevaba en los tiempos prerrevolucionarios?

—Pues otra vez tengo que decir que no.

—Esa es también mi impresión. Los Tomadores creen en su revolución aunque no disfruten de sus beneficios. No hay rezon-gadores, disidentes, contrarrevolucionarios. Todos creen en lo más profundo de su ser que, por mal que les vayan las cosas, esta vida es infinitamente preferible a la que había antes.

—Sí, yo diría lo mismo.

—Pues bien, hoy quiero que vayas hasta la raíz de esta creencia tan extraordinaria. Y, una vez que la hayas encontrado, tendrás una visión completamente distinta de vuestra revolución así como de la vida de los Dejadores.

—Muy bien. Pero ¿cómo puedo hacerlo?

—Oyendo lo que dice la Madre Cultura. Esta lleva hablándote al oído desde el principio de tu más tierna infancia, y lo que has oído no se diferencia de lo que oyeron tus padres y abuelos, ni de lo que oye la gente todos los días en todo el mundo. En otras palabras, que lo que estamos buscando se halla enterrado en tu mente, en todas sus mentes. Hoy quiero que lo desentierres. La Madre Cultura les ha enseñado a aborrecer la vida que dejaron atrás con su revolución, y yo quiero que busques las raíces de dicho aborrecimiento.

—De acuerdo —convine—. Es cierto que sentimos cierto abo-rrecimiento hacia esa vida, pero el problema es que ese aborre-cimiento no tiene para mí nada de reprochable.

—¿Ah, no? ¿Por qué no?

—No lo sé. Pero..., es una vida que, en mi opinión, no lleva a ninguna parte.

—Basta de respuestas superficiales. Escarba.

Suspiré, me acurruqué en mi manta y me dispuse a escarbar.

—Es curioso —dije unos minutos después—. Mientras yo estaba aquí pensando en cómo vivían nuestros antepasados, me vino a la cabeza una imagen muy concreta y muy clara.

Ismael esperó a que prosiguiera.

—Tiene algo que ver con un sueño. O con una pesadilla. Está anocheciendo, y un hombre avanza por el borde de una montaña escarbando de vez en cuando. En este mundo, siempre está anocheciendo. El hombre es bajito, delgado, piel oscura y está desnudo. Corre medio encorvado, buscando pistas. Está cazando y parece desesperado. Está cayendo la noche y no tiene nada que llevarse a la boca.

»Corre sin parar, como si estuviera en una cinta rodante. De hecho es una cinta rodante, pues, cuando anochezca al día siguiente, él seguirá corriendo. Pero hay otras cosas que lo empujan a correr, además del hambre y la desesperación. Está aterrorizado. Detrás de él, aunque a lo lejos, sus enemigos lo vienen persiguiendo por el borde de la montaña para hacerlo picadillo: los leones, los lobos, los tigres. Por eso tiene que seguir corriendo por la cinta rodante durante toda su vida, siempre a un paso detrás de su presa y a otro delante de sus enemigos.

»El borde de la montaña, por supuesto, representa el filo de la navaja de la supervivencia. El hombre vive en ese filo y tiene que pelear perpetuamente para no caer al abismo. De hecho, es como si, en vez de él, fueran el borde de la montaña y el cielo los que estuvieran moviéndose. El está corriendo *in situ,* atrapado allí, sin llegar a ninguna parte.

—En otras palabras, que los cazadores-recolectores llevan una vida muy dura.

—Sí.

—¿Y por qué es tan dura?

—-Porque es una lucha por mantenerse vivos.

—Pero, en realidad, no es nada de eso. Estoy seguro de que eso lo sabes, lo guardas en otra parte de la mente. Los cazadores-recolectores no viven en el filo de la navaja de la supervivencia como tampoco viven ahí los lobos, leones, gorriones o conejos. El hombre se hallaba tan perfectamente adaptado a la vida en este planeta como cualquier otra especie, y la idea de

que viviera en el filo de la navaja de la supervivencia es una simpleza biológica. Como omnívoro que es, su abanico alimenticio es inmenso. Hay miles de especies que pasarían hambre antes que él. Su inteligencia y destreza le permiten vivir bastante bien en unas condiciones que resultarían completamente insoportables para cualquier otro primate.

»En vez de estar constantemente buscando algo que comer, los cazadores-recolectores son la gente mejor alimentada de la Tierra; pasan buscando comida sólo dos o tres horas al día, lo que les convierte en la gente más reposada, o menos trabajada, del planeta. En su libro sobre la economía de la Edad de Piedra, Marshall Sahlings la llama "la primera sociedad opulenta". Por cierto, la caza de hombres por parte de los depredadores es práctica-mente inexistente. Ello se debe, sencillamente, a que éstos no constituyen ni mucho menos su plato favorito. Como ves, pues, tu visión fantasmagórica y terrorífica de la vida de tus antepasados es otra paparruchada más de la Madre Cultura. Si te parece, puedes confirmar todo esto por ti mismo en cualquier biblioteca.

—De acuerdo —contesté—. ¿Y bien?

—Ahora que sabes que es una paparruchada, ¿sigues pen-sando igual acerca de ese tipo de vida? ¿Te parece menos repulsivo ahora?

—Un poco menos repulsivo, tal vez. Pero repulsivo al fin y al cabo.

—Planteémoslo de este modo. Supongamos que formas parte del batallón de los sin techo del país. Sin trabajo, sin cualificación; tu mujer está igual, y tenéis dos hijos. Nadie a quien acudir, sin esperanzas, sin futuro. Pero yo te puedo dar una caja provista de un botón. Lo aprietas y, de repente, te trasladas a los tiempos prerrevolucionarios. Puedes hablar la lengua, tienes la cualificación que tiene todo el mundo.

No tienes ya que preocuparte por ti ni por tu familia. Todo eso te lo dan ya hecho, pues formas parte de esta primera sociedad opulenta.

—De acuerdo.

—Qué, ¿aprietas el botón o no?

—No sé. Tengo que pensarlo.

—¿Por qué? No vas a decir adiós precisamente a una vida maravillosa. Según esta hipótesis, la vida que llevas aquí es desgraciada, y no tiene aspectos de mejorar. Entonces, será porque la otra vida te parece peor todavía. No es que no puedas decir adiós a la vida que tienes, es que no puedes abrazar esa otra vida.

—Sí, eso es.

—¿Qué hace que dicha vida nos parezca tan horrorosa?

—No sé.

—Parece que la Madre Cultura ha hecho un buen trabajo contigo.

—Parece.

—Muy bien. Planteémoslo ahora de esta otra manera. Siempre que los Tomadores se han acercado a los cazadores-recolectores con la intención de expulsarlos de la zona que ocupan, les han intentado explicar que deben abandonar su modo de vida y convertirse en Tomadores, más o menos con estas palabras: "Esa vida que llevan no sólo es desgraciada, sino que además es un error. El hombre no está hecho para vivir de esa manera. Así que no peleen contra nosotros. Únanse a nosotros, a nuestra revolución, y juntos convertiremos el mundo en un paraíso para el hombre".

—Cierto.

—Bien, tú harás este papel, el del misionero cultural, y yo haré el del cazador-recolector. Y ahora explícame por qué la vida que a mi pueblo y a mí nos parece satisfactoria desde hace miles de años es triste, asquerosa y repulsiva.

—¡Caramba!

—Bueno, empezaré yo. Bwana[3], tú nos dices que la manera como vivimos es desgraciada, equivocada y vergonzosa; que ésa no es la manera como se supone que debe vivir la gente. Esto nos desconcierta bastante, bwana, pues durante miles de años nos ha parecido siempre una buena manera de vivir. Pero si vosotros, que subís a los astros y envían palabras por

todo el mundo a la velocidad del pensamiento, nos decís lo contrario, entonces nosotros intentaremos ser sensatos y escuchar lo que tengan que decirnos.

—Mmmm..., ya veo que les parece buena. Esto es porque son gente ignorante, analfabeta y con pocas luces.

—Exactamente, bwana. Nosotros esperamos que nos ilumi-nen. Díganos por qué nuestra vida es desgraciada, sucia y vergon-zosa.

—Su vida es desgraciada, sucia y vergonzosa porque vivís como animales.

Ismael frunció el ceño, desconcertado.

—No comprendo, bwana. Nosotros vivimos como vive todo el mundo. Nosotros tomamos lo que necesitamos del mundo y dejamos el resto en paz, como hacen los leones y los ciervos. ¿Acaso llevan una vida vergonzosa los leones y los ciervos?

—No, pero eso es porque ellos son sólo animales. No está bien que los humanos vivan de esa manera.

—Ah —exclamó Ismael—. Eso no lo sabíamos nosotros. ¿Y por qué no está bien vivir de esa manera?

—Pues porque... viviendo de esa manera... no controlan sus vidas.

Ismael me miró cruzado:

—¿En que sentido no controlamos nuestras vidas, bwana?

—No controlan la cosa más básica y necesaria de todas: su suministro alimenticio.

—Me desconciertas un poco, bwana. Cuando tenemos ham-bre, salimos en busca de algo que comer. ¿Que mayor control se necesita?

—Tendríais mayor control si lo plantaran ustedes mismos.

—*¿Cómo* es eso, bwana? ¿Qué importa quién plante los ali-mentos?

—Si los plantan ustedes, entonces sabrán con total seguridad que van a estar allí.

3 Bwana: com. col. Amo, señor: Se usa humorística o irónicamente.

Ismael dejó escapar una risita, manifiestamente divertido.

—Ciertamente, me dejas boquiabierto, bwana. Nosotros ya sabemos con total seguridad que van a estar ahí. Todo en la vida es alimento. ¿Crees que los alimentos van a fugarse por la noche? ¿Adonde irían? Siempre están ahí, día tras día, temporada tras temporada, año tras año, Si no fuera así, yo no estaría aquí hablando ahora contigo.

—Sí, pero si los plantarían ustedes, podrían controlar cuanta comida hay. Podrían decir: "Bien, este año tendremos más batatas, este año tendremos más legumbres, este año tendremos más frutos".

—Bwana, esas cosas crecen en abundancia sin el menor esfuerzo por nuestra parte. ¿Por qué vamos a quebrarnos la cabeza plantando lo que ya está creciendo?

—Sí, pero... ¿no sufrís nunca necesidad? ¿No les ocurre nunca que les apetezca comer batatas pero descubren que no hay ninguna a la vista?

—Sí, supongo que sí. Pero ¿no es lo mismo para ustedes? ¿No quieren a veces batatas pero descubrís que no está creciendo en sus campos?

—No, porque si queremos batatas, vamos a la tienda y compramos una caja de batatas.

—Sí, he oído hablar de ese sistema. Dime una cosa, bwana. La caja de batatas que compran en la tienda..., ¿cuántas personas trabajan para que llegue esa caja hasta allí?

— Ah, cientos de personas, supongo. Agricultores, segadores, transportistas, limpiadores, mecánicos, embaladores, otros trans-portistas, desempaquetadores, dependientes y así sucesivamente.

—Perdona, bwana, pero eso parece una cadena infernal. Hacer todo eso sólo para aseguraros de que nunca sen van a sentir defraudados si un día les apetece comer batatas. En mi pueblo, cuando queremos una batata, simplemente vamos y lo arrancamos del suelo, y si no encontramos ninguno, ya encontraremos alguna otra cosa igual de buena. Así que no obligaremos a cientos de personas a trabajar para poner batatas en nuestras manos.

—No ves el quid de la cuestión.

—Sin duda, bwana.

Ahogué un suspiro.

—Mira, te diré cuál es el quid de la cuestión. Si no controlas el suministro de alimentos, vivirás a merced del mundo. No importa que siempre hayas tenido bastante. Ése no es el quid de la cuestión. No puedes vivir dependiendo del capricho de los dioses. Esa no es la manera como deben vivir los hombres.

—¿Por qué no. bwana?

—Pues... escucha. Supón que sales en busca de comida y que cazas un ciervo. De acuerdo, eso está muy bien. Estupendo. Pero no sabias que allí había un ciervo, no tenías el menor control sobre este hecho, ¿verdad que no?

—No, bwana.

—Bien. Al día siguiente, sales a cazar y no hay ningún ciervo a la vista. ¿No os ha ocurrido eso nunca?

—Muchas veces, bwana.

—Ya, pues a eso iba. Como no tenéis control sobre los ciervos, no tenéis ningún ciervo. ¿Y qué hacéis ahora?

Ismael se encogió de hombros.

—Pues cazaremos un par de conejos.

—Exactamente. No tendrían necesidad de ir por conejos cuando lo que quieren es un ciervo.

—¿Y ésa es la razón por la que llevamos un género de vida vergonzoso, bwana? ¿Esa es la razón por la que deberíamos dejar a un lado la vida que tamo amamos para ir a trabajar a una de vuestras fabricas? ¿Porque comemos conejo al no habernos topado con ningún ciervo?

—No. Déjame terminar. No tenéis ningún control sobre los ciervos, ni tampoco sobre los conejos. Supón que salís a cazar un día, y no hay ningún ciervo ni ningún conejo.

—Entonces comeríamos otra cosa, Bwana. El mundo está lleno de

comida.

—Sí, pero observa. Si no tenéis control sobre ninguno de ellos…. Le mostré mis dientes. No existe ninguna garantía de que el mundo va estar siempre lleno de comida ¿no? ¿Nunca has tenido una sequía?

—Por supuesto, Bwana.

—Bien, entonces ¿qué pasa?

—Los pastizales se secan, todas las plantas se marchitan. Los árboles no dan ningún fruto.

—La presa desaparece. Los animales de rapiña van desapareciendo.

—¿Y qué le sucede a vosotros?

—Si la sequía es muy fuerte, nosotros también empezamos a desaparecer.

—Quieres decir que morimos ¿no?

—Sí, Bwana.

—¡Ese es el punto!

—¿Es vergonzoso morir, Bwana?

—No… Este es el punto. Mueres porque vives a la merced de los dioses. Mueres porque piensas que los dioses te van a cuidar. Esto está bien para los animales, pero ustedes deberían saber.

—¿No les debemos confiar nuestras vidas a los dioses?

—Definitivamente no. Deben confiar sus vidas a ustedes mismos. Esa es la forma de vivir del hombre. Ismael movió su cabeza. Bwana, ciertamente, esta es una noticia triste. Por muchísimos años hemos vivido en las manos de los dioses, y nos parecía que vivíamos bien. Les dejábamos a los dioses todo el trabajo de sembrar, cultivar y vivir una vida alegre, y parecía que siempre había suficiente para nosotros en el mundo, porque ¡Mirad! ¡Estamos aquí!

—Si, le dije austeramente. Estas aquí, y mírate no tienes nada. Estas desnudo y desamparado. Vives sin seguridad, sin comodidad, sin oportunidad.

—¿Y esto es porque vivimos en las manos de los dioses?

—Absolutamente. En las manos de los dioses, ustedes no son más

importantes que los leones, que las lagartijas o que las pulgas. En la manos de estos dioses, estos dioses que cuidan a los leones, lagartijas y a las pulgas, ustedes no son nada especial. Ustedes son solo otro animal a quien alimentar. Espera un segundo, dije y cerré mis ojos por un par de minutos.

—Está bien, esto es importante. Los dioses no hacen distinción entre ustedes y el resto de las criaturas.

—No, así no es.

Aguanta. Volví a analizarlo y luego intente de nuevo. Aquí esta: Lo que los dioses te proporcionan, es lo suficiente para vivir como animales, eso te lo garantizo.

—Pero para vivir como humanos, tú eres el que debe proporcionar. Los dioses no van a hacer eso.

Ismael me miro como aturdido.

—Bwana, tú dices que existe algo que nosotros necesitamos algo que los dioses no nos van a dar.

—Así parece. Ellos te dan lo que tú necesitas para vivir como animal pero no lo que necesitas para vivir como humano.

—Pero ¿cómo puede ser eso, bwana? ¿Cómo pueden ser los dioses suficientemente sabios para crear el universo, el mundo y la vida que hay en él y, sin embargo, carezcan de la sabiduría nece-saria para darnos a los humanos lo necesario para ser humanos?

—No sé explicarlo, pero así es. Es un hecho. La vida del hombre estuvo en las manos de los dioses durante tres millones de años y, al final de ese largo período, el hombre no estaba mejor ni mas adelantado que al principio.

—Sin duda, bwana, ésta es una noticia muy extraña. ¿Qué tipo de dioses son ésos?

Yo solté una carcajada.

—Ah, mi querido amigo, son unos dioses *incompetentes*. Por eso no deben poner sus vidas en sus manos. Deben poner sus vidas en sus propias manos.

—¿Y cómo se hace eso, bwana?

—Como te he dicho, tienen que empezar plantando ustedes mismos los frutos que van a comer.

—Pero ¿que puede cambiar eso, bwana? Los alimentos son alimentos, los plantemos nosotros o los planten los dioses.

—Ese es exactamente el quid de la cuestión. Los dioses sólo plantan lo que necesitamos, mientras que nosotros podemos plantar más cantidad que la que necesitamos.

—¿Con qué fin, bwana? ¿Qué hay de bueno en tener más alimentos de los que se necesitan?

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Ya lo tengo!

Ismael sonrió y repitió:

—¿Qué hay de bueno en tener más alimentos de los que
se necesitan?

—¡Ése es el maldito quid de la cuestión! Cuando tienes más alimentos que los necesarios, entonces los dioses ya no tienen poder sobre ti.

—Podemos hacerles burla, ¿no?

—Exactamente.

A pesar de todo, bwana, ¿qué vamos a hacer con todos estos alimentos si no los necesitamos?

—¡Los guardan! Los guardan para frustrar los planes de los dioses cuando decidan que les toca pasar hambre. Los guardan para que, cuando les envíen sequías, podrán decir: "A mí no me afectará, ¡maldita sea! *Yo* no voy a pasar hambre, y ustedes no podrán hacer nada, pues mi vida está ahora en mis propias manos".

5

Ismael asintió, abandonando su papel de cazador-recolector.

—Así que vuestras vidas están ahora en vuestras manos, ¿no?

—Así es.

—Entonces, ¿qué es lo que les tiene a todos tan preocupa-dos?

—¿Qué quieres decir?

—Si ahora tienen sus vidas en sus propias manos, depende completamente de ustedes el saber si van a seguir viviendo o si van a extinguirse. Es un razonamiento lógico, ¿no?

—Sí, pero, obviamente, hay todavía algunas cosas que *no están* en nuestras manos. Nosotros no podríamos controlar ni sobrevivir a una catástrofe ecológica total.

—O sea, que no están aún a salvo. ¿Y cuándo lo estarán, por fin?

—Cuando hayamos arrebatado todo el mundo a los dioses.

—Es decir, cuando todo el mundo esté en sus propias manos, que son unas manos más competentes, ¿no es eso?

—Así es. Entonces, los dioses dejarán por fin de tener poder sobre nosotros. Entonces los dioses ya no tendrán poder sobre *nada*. Todo el poder estará en nuestras manos y por fin seremos libres.

6

—Bien —dijo Ismael—, ¿crees que estamos haciendo algún progreso?

—Yo creo que sí.

—¿Crees que hemos encontrado la raíz de su aborrecimiento del género de vida que existió en los tiempos prerrevolucionarios?

—Sí. En mi opinión, la más trivial de las reflexiones de Cristo fue aquélla de: "No os preocupéis por lo que comeréis mañana. Mirad las aves del cielo. No siembran ni siegan ni almacenan en graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No creéis que hará lo mismo con vosotros?". En nuestra cultura, la respuesta abrumadora a esa pregunta es: "Pues no". Hasta los monjes más devotos se preocupan de sembrar, segar y almacenar en graneros.

—¿Y qué me dices de san Francisco?

—San Francisco contó con la derroche de los agricultores, no con la de Dios. Hasta el más radical de los fundamentalistas se taparía los oídos si oyese a Jesús hablar de las aves del cielo y los lirios del campo. Sabría perfectamente bien que Jesús sólo está contando cuentos, haciendo bonitos discursos.

—Así que tú piensas que eso es lo que está en la raíz de su revolución. Ustedes quieren y aún siguen queriendo tener sus vidas en sus propias manos.

—Sí. Con toda seguridad. Para mí, vivir de cualquier otra manera resultaría algo casi inconcebible. Yo estoy convencido de que los cazadores-recolectores viven en un estado de completa y constante preocupación por lo que les puede tener reservado el mañana.

—Sin embargo, no es tal el caso. Cualquier antropólogo te lo confirmará. Los cazadores-recolectores padecen menos ansiedad que ustedes. No tienen puestos de trabajo que perder. Nadie puede decirles: "Enséñame el dinero que tienes o, de lo contrario, no comes ni te vistes ni te cobijas".

—Te creo. Racionalmente hablando, te creo. Pero te estoy hablando de lo que siento, de mi condicionamiento. Mi condi-cionamiento me dice, la Madre Cultura me dice, que poner tu vida en las manos de los dioses debe de ser una pesadilla interminable llena de terror y de angustia.

—Y eso es lo que les da su revolución: sacarnos de esa espan-tosa pesadilla, y poneros fuera del alcance de los dioses.

—Sí, eso es.

—Bien. Ahora tenemos un par de definiciones nuevas para ti. Los Tomadores son aquéllos que conocen el bien y el mal, mientras que los Dejadores son...

—Los Dejadores son aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses.

Capítulo DOCE

1

Hacia las tres de la tarde, la lluvia cesó, y la feria bostezó, se desperezó y volvió a animarse y a rascarles el bolsillo a los lugareños. Sin saber qué hacer una vez más, me di una vuelta sin rumbo, desprendiéndome de algunos dólares. Finalmente, tuve la idea de buscar la pista del propietario de Ismael. Resultó ser un hombre negro, de mirada penetrante, llamado Art Owens. Medía aproximadamente uno sesenta y pasaba, a ojos vista, más tiempo levantando pesas que yo sentado ante el teclado. Le hice saber que estaba interesado en comprarle el gorila.

—¿Realmente? —preguntó sin parecer interesado pero tam-poco desdeñoso.

Le dije que sí y le pregunté cuánto me saldría.

—Le saldría unos tres mil.

—No me interesa entonces.

—¿Hasta cuánto daría? —Preguntó por simple curiosidad, no por verdadero interés.

—Bueno, más de mil.

Esbozó una risita de conejo, pero tratando de no ser descortés. Por alguna razón, me caía bien aquel tipo. Era de los que tienen una licenciatura en Derecho por Harvard escondida en un cajón de la casa porque nunca han encontrado algo interesante que hacer con ella. Volví a la carga:

—Es un animal muy, pero que muy viejo, como todo el mundo puede ver. Lleva por aquí desde los años treinta.

Aquello llamó su atención. Me preguntó cómo lo sabía.

—Conozco a ese animal —repliqué concisamente, como si conociera a otros mil más como él.

—Podría bajar hasta dos mil quinientos —dijo.

—El problema es que no tengo dos mil quinientos.

—Mire, hace poco que he encargado un cartel a un pintor de Nuevo México—me hizo saber—. Le he adelantado doscientos.

—Mmmm. Tal vez podría subir hasta mil quinientos.

—No creo que pueda aceptar menos de dos mil doscientos, en serio. En serio, si hubiera tenido dos mil en mano allí mismo, seguro que los habría aceptado encantado. Y tal vez incluso mil ochocientos.

Le dije que lo pensaría.

2

Como era viernes por la noche, los juerguistas no empezaron a marcharse hasta pasadas las once, así que mi antiguo sobornado no se presentó para tomar sus veinte dólares hasta las doce. Ismael estaba dormido sentado, envuelto en sus mantas, pero no tuve ningún reparo en despertarlo. Tenía que apreciar las ventajas de una vida independiente.

Bostezó, estornudó dos veces, carraspeó para quitarse una masa de flemas y me miró con ojos legañosos y malévolos.

—Vuelve mañana —me conminó con el equivalente a un gruñido mental.

—Mañana es sábado. Imposible hacer nada.

Le fastidiaba, pero sabía que yo llevaba razón. Demoró un poco la entrevista inevitable componiendo la postura y ordenando la jaula y las mantas. Se sentó y me lanzó una mirada de odio.

—¿Dónde lo dejamos?

—Lo dejamos con un nuevo par de definiciones para los Tomadores y los Dejadores; a saber, aquéllos que conocen el bien y el mal, y aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses.

Ismael gruñó.

3

—¿Qué les ocurre a aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿qué les ocurre a aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses pero *no* les ocurre a aquéllos que basan su vida en el conocimiento del bien y del mal?

—Ah, ya sé —conteste—. Imagino que no es esto lo que buscas, pero es lo que me viene a la mente. Aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses no se vuelven los amos del mundo ni obligan a los demás a vivir como ellos, pero sí lo hacen aquéllos que conocen el bien y el mal.

—Has invertido la pregunta —rezongó Ismael—. Yo te he preguntado qué les ocurre a aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses pero no les ocurre a los que conocen el bien y el mal, y tú me has contestado justo lo contrario; es decir, lo que *no* les ocurre a aquéllos cuyas vidas están en las

manos de los dioses pero sí les ocurre a aquéllos que conocen el bien y el mal.

—Quieres decir que estás buscando algo *positivo* que les ocurra a aquéllos cuyas vidas están en las manos de los dioses, ¿no es eso?

—Eso es.

—Bueno, suelen dejar vivir a su manera a quienes están a su alrededor.

—Me estás diciendo algo que *hacen,* no algo que les acontece. Estoy tratando de centrar tu atención en los efectos de su modo de vida.

—Lo siento, pero no sé a dónde quieres ir a parar.

—Sí lo sabes, pero no estás acostumbrado a plantear la cuestión en estos términos.

—De acuerdo.

—Recuerda la pregunta que empezamos a contestar cuando llegaste a mediodía: ¿cómo se hizo hombre el hombre? Todavía estamos buscando una respuesta a esa pregunta.

Rezongué a mi vez sin reparo alguno.

—¿Por qué rezongas? —preguntó Ismael.

—Porque me intimidan las preguntas demasiado generales. ¿Cómo se hizo hombre el hombre? ¡Y yo qué sé! Simplemente se hizo. Se hizo de la misma forma que los pájaros se hicieron pájaros, de la misma forma que los caballos se hicieron caballos.

—Exactamente.

—No me hagas esto, le dije.

—Evidentemente no te diste cuenta de lo qué acabas de decir.

—Probablemente no.

—Voy a intentar aclarártelo. Antes de que seas Homo, ¿qué eras?

—Australopithecus.

—Bien. ¿Y cómo se convirtieron los Australopithecus en Homo?

—Esperando.

—Por favor. Estas aquí para pensar.

—Lo siento.

—Los Australopithecus se convirtieron en Homo diciendo, Conocemos al igual que los dioses la diferencia entre el bien y el mal, por eso no necesitamos vivir en sus manos tal como lo hacen los conejos y las lagartijas. A partir de ahora nosotros decidiremos quien debe vivir y quien debe morir en este planeta, no los dioses. ¿No se pudieron convertir en hombres diciendo eso?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque habrían dejado de estar sujetos a las condiciones en las cuales se lleva a cabo la evolución.

—Exactamente. Ahora puedes contestar esta pregunta: ¿Qué le pasa a los hombres, y a las criaturas en general que viven en las manos de los dioses?

—Si, entiendo. Ellas evolucionan.

—Y ahora ya puedes contestar también a la pregunta que te hice esta mañana: ¿cómo se hizo hombre el hombre?

—El hombre se hizo hombre dejando su vida en manos de los dioses.

—Correcto.

—Viviendo como viven los kreen-akrore de Brasil.

—Correcto de nuevo.

—¿Como viven los neoyorkinos?

—No.

—¿O los londinenses?

—No.

—Bien, ya sabes lo que les ocurre a aquéllos cuyas vidas están en manos de los dioses.

—Sí, que evolucionan.

—¿Y por qué evolucionan?

—Porque están en condiciones de evolucionar. Porque es así como se produce la evolución. El ancestro del hombre evolucionó hasta convertirse en

el primer hombre porque estaba compitiendo con el resto. El ancestro evolucionó porque no evito la compe-tición, porque siguió sometido a las leyes de la selección natural.

—Quieres decir que seguía formando parte de la comunidad general de la vida, ¿no es así?

—Así es.

—Y, por eso, al final el australopithe*cus* se convirtió en *homo habilis,* éste en homo *erectus,* éste en *homo sapiens* y éste en *homo sapiens sapiens.*

—Sí.

—¿Y qué ocurrió después?

—Después, los Tomadores dijeron: "Basta ya de que nuestras vidas estén en las manos de los dioses. Eso se acabó para nosotros. ¿Selección natural? No, gracias".

—Así que..., así fue.

—Así fue.

—¿Recuerdas que te dije que representar una historia es vivir de manera que ésta se vuelve realidad?

—Sí.

—Según la historia de los Tomadores, la creación tocó a su fin con el hombre, ¿no?

—Sí. ¿Y bien?

—¿Cómo hay que vivir para que *eso* se haga realidad? ¿Cómo hay que vivir para que la creación toque a su fin con el hombre?

—Uff. Ah, ya sé lo que quieres decir. Hay que vivir como viven los Tomadores. Nosotros hemos venido viviendo de tal manera que la creación va a tocar a su fin muy pronto. Si seguimos así, no habrá sucesor para el hombre, ni tampoco para el chimpancé, el orangután o el gorila; es decir, que no habrá sucesor para ningún ser vivo. Todo el tinglado se irá al carajo con nosotros. Para que su historia se haga realidad, los Tomadores tienen que

poner fin a la creación, y, tal y como están actuando, desde luego que lo van a conseguir.

4

—Cuando empezamos, intenté ayudarte a encontrar la premisa de la historia de los Tomadores y te dije que la historia de los Dejadores tenía una premisa completamente distinta.

—Sí, lo recuerdo.

—Tal vez estés preparado ahora para exponerme esa premisa.

—No sabría decir... En este momento ni siquiera me acuerdo de la premisa de los Tomadores.

—Seguro que te acuerdas. Toda historia es la elaboración de una premisa.

—Ah, ya. La premisa de la historia de los Tomadores es que el mundo pertenece al hombre. —Estuve pensando unos instantes, y luego me eché a reír—. Parece demasiado fácil. La premisa de los Dejadores es que el hombre pertenece al mundo.

—¿Y qué significa eso?

—Significa... —Solté una carcajada—. Es realmente... dema-siado.

—Adelante.

—Significa que, desde el principio, todo cuanto vivía perte-necía al mundo, y por eso las cosas acabaron siendo como son. Los seres vivos unicelulares que se movían por los antiguos océanos pertenecían al mundo, y por eso se originó todo lo que vino después. Los osteictios que vivían en las orillas de los continentes pertenecían al mundo, y por eso al final surgieron los anfibios. Y, como los anfibios pertenecían al mundo, surgieron al final los reptiles. Y, como los reptiles pertenecían al mundo, surgieron al final los mamíferos. Y, como los mamíferos pertenecían al mundo, surgieron al final los primates. Y, como los primates pertenecían al mundo, surgió al final el

australopithecus. Y, como el *austra-lopithecus* pertenecía al mundo, surgió al final el hombre. Y, durante tres millones de años, el hombre perteneció al mundo, y *como* pertenecía al mundo, creció y se desarrolló y se volvió más listo y más hábil que los demás hasta que, un día, fue tan listo y tan hábil que tuvimos que llamarlo *homo sapiens sapiens*, lo que significa que era como *nosotros*.

—Y fue así como vivieron los Dejadores durante tres millones de años: perteneciendo, formando parte del mundo.

—Exacto. Y fue así como surgimos *nosotros*.

5

Ismael prosiguió:

—Ya sabemos lo que sucede si adoptamos la premisa de los Tomadores: que el mundo pertenece al hombre.

—Sí, lo cual acaba en desastre.

—¿Y qué ocurre si adoptamos la premisa de los Dejadores, es decir, que el hombre pertenece al mundo?

—Pues que, entonces, la creación no se acaba nunca.

—¿Y qué te parece eso?

—Doy mi voto.

6

—Se me ocurre una cosa —observé. —¿Sí?

—Pues... que la historia que acabo de contar es en realidad la historia que los Dejadores han estado representando en la Tierra durante los tres últimos millones de años. La historia de los Tomadores reza así: "Los dioses hicieron el mundo para el hombre, pero hicieron un trabajo impresentable, y

nosotros, que somos más competentes, no pudimos por menos que tomar cartas en el asunto". Mientras que la historia de los Dejadores reza así: "Los dioses hicieron el hombre para el mundo, al igual que hicieron para el mundo el salmón, el gorrión y el conejo; como esto ha funcionado bastante bien hasta ahora, nosotros no nos preocu-pamos y dejamos que el mundo siga en manos de los dioses".

—Cierto. Hay otras maneras de plantearlo, como hay otras maneras de contar la historia de los Tomadores; pero esta manera es tan buena como cualquier otra.

Permanecí un momento callado.

—Estoy pensando en... el sentido del mundo, en las intenciones divinas para con el mundo y en el destino del hombre... según la historia de los Dejadores.

—Adelante.

—El significado del mundo... Creo que el tercer capítulo del Génesis llevaba razón. Es un jardín, el jardín de los dioses. Digo esto aun cuando dudo mucho que los dioses intervengan aquí. Pero me parece una interpretación saludable y alentadora.

—Comprendo.

—En el jardín hay dos árboles, uno para los dioses y otro para nosotros. El de ellos es el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, y el nuestro es el Árbol de la Vida. Pero nosotros sólo podremos encontrar el Árbol de la Vida si nos quedamos en el jardín, y sólo podremos quedarnos en el jardín si nos mantenemos alejados del árbol de los dioses.

Ismael asintió con la cabeza, en señal de aliento.

—En cuanto a las intenciones divinas... Parecería que... hay una especie de tendencia a la evolución, ¿no te parece? Si empiezas con esos seres ultra-sencillos de los mares antiguos y sigues avanzando, paso a paso, hasta lo que vemos ahora —y más allá—, no puedes por menos que observar

una tendencia a... la complejidad. Y a la conciencia y la inteligencia. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Es decir, que toda criatura de este planeta parece estar en trance de alcanzar esa conciencia y esa inteligencia. Así pues, los dioses no han apostado sólo por los humanos. Nosotros nunca estuvimos destinados a ser los únicos actores de esta película. Está claro que los dioses pretenden que este planeta sea un jardín ll*eno* de seres conscientes e inteligentes.

—Eso parece. Y si tal es el caso, entonces el destino del hombre parecería bastante claro.

—Así es. Por increíble que pueda parecer, *está* bastante claro. El es el pionero, el explorador. Su destino es ser el primero en saber que las criaturas, al igual que él, tienen una elección: pueden intentar frustrar los planes de los dioses, y perecer en el intento, o también pueden echarse a un lado para dejar sitio a los demás. Pero hay algo más. El destino del hombre es ser el padre de todas las criaturas, y no me refiero a la paternidad biológica. Al darles a todos los demás una oportunidad —a ballenas, delfines, chimpancés o mapaches—, se convierte en cierto sentido en su progenitor... Por extraño que parezca, este destino es incluso más grandioso que el que los Tomadores habían soñado con hacer realidad.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Piensa un poco. Dentro de mil millones de años, *quien,* o lo *que,* viva para aquel entonces, dirá: "¿El hombre? Ah, sí, ¡el *hombre!* ¡Qué criatura tan maravillosa fue! Estuvo a su alcance destruir todo el mundo y acabar con el futuro de todos nosotros, pero vio la luz antes de que fuera demasiado tarde y echó marcha atrás. Echó marcha atrás y nos dio una oportunidad a todos. Nos enseñó *qué había que hacer* para que el mundo siguiera siendo un jardín para siempre. El hombre fue un ejemplo a seguir para todos nosotros".

—No es un destino nada insignificante.

—No, desde luego. Y se me ocurre otra cosa...

—¿Sí?

—En cierto modo, esto da forma a toda la historia. El mundo es un lugar hermosísimo. No un lugar caótico que necesite ser conquistado o gobernado por el hombre: el mundo no tiene por qué pertenecer al hombre, pero el hombre sí tiene que pertenecer a él. Alguna criatura tenía que ser la primera en constatar que en el jardín había dos árboles, uno bueno para los dioses y otro bueno para las criaturas. Alguna criatura tenía que encontrar el camino, y, entonces, no habría vuelta atrás. En otras palabras, que el hombre tiene una función en el mundo, pero que su función no es la de gobernar. Los dioses se encargan de eso. La función del hombre es la de ser el primero. La función del hombre es la de ser el primero sin ser el último a la vez. La función del hombre es la de dilucidar cómo se puede lograr esto, y dejar sitio a los demás para que puedan llegar a ser lo que él ha llegado a ser. Y tal vez, cuando llegue el momento, la función del hombre será la de ser el profesor de todas las criaturas que pudieran llegar a donde él ha llegado. Y no el único profesor, ni el último: tal vez sólo el primer instructor, el de la guardería; pero tampoco eso sería insignificante. ¿Y sabes otra cosa?

—¿Qué?

—Todo este tiempo, me he venido preguntando: "Esto es muy interesante, pero ¿para qué sirve? ¡Nada va a cambiar!".

—¿Y sigues pensando igual?

—He aquí lo que necesitamos: no sólo dejar de hacer cosas. No sólo hacer menos cosas. La gente necesita algo positivo por lo que trabajar. Necesita ver algo... No sé. Algo que...

—Creo que lo que quieres decir es que la gente necesita algo más que regaños y sermones, algo más que sentirse estúpida y culpable. Necesita algo más que ver todo de color negro. Necesita una visión del mundo, y de sí misma, que la inspire.

—Sí. Sin ningún género de dudas. Dejar de contaminar no es algo que inspire demasiado. Separar los desperdicios no es algo que inspire demasiado.

Reducir el consumo de fluorocarbonos no es algo que inspire demasiado. Pero imaginarnos a nosotros mismos de otra manera, imaginar el mundo de una nueva manera... Imaginas...

Me explayé a gusto, qué caramba. Él sabía de sobra lo que yo intentaba expresar.

7

—Espero que veas ahora lo que intenté hacerte ver en nuestros primeros encuentros. La historia que han venido representando los Tomadores no es precisamente el capítulo dos de la historia que se representó durante los tres primeros millones de años de vida humana. La historia de los Dejadores tiene su propio capítulo dos.

—¿Cuál *es* el capítulo dos?

—Tú mismo has hablado de eso hace poco, ¿no?

—No estoy seguro.

Durante un buen rato, Ismael pareció completamente sumido en sus pensamientos.

—Nunca sabremos lo que se habían propuesto hacer los Dejadores de Europa y Asia cuando los de tu cultura los aniquilaron. Pero sí sabemos lo que se habían propuesto hacer aquí, en Norteamérica. Estaban buscando una manera de volverse sedentarios que armonizara con la manera como venían viviendo desde siempre, un modo de vida que dejara sitio al resto de los seres vivos que había a su alrededor. No pretendo decir que hicieran esto por unos ideales. Quiero decir sencillamente que no se les ocurrió tomar la vida del mundo en sus propias manos y declarar la guerra al resto de la comunidad de la vida. De haber vivido de esa manera durante otros cinco o diez mil años, en este continente podría haber aparecido una docena de civilizaciones tan avanzadas como lo es ahora la de ustedes, cada cual con sus propios valores y objetivos. No es algo impensable.

—No, no lo es. O más bien, si lo es. De acuerdo a la mitología de los Tomadores, todas las civilizaciones del universo deben ser civilizaciones Tomadoras, civilizaciones en las cuales las personas hayan tomado la vida del mundo en sus manos. Eso es tan evidente que no necesita ser explicado. Demonios, toda civilización ajena en la historia de la ciencia ficción ha sido una civilización Tomadora. Toda civilización que alguna vez se enfrento a las Empresas de los Estados Unidos ha sido una civilización Tomadora. Esto sucede porque las criaturas inteligentes de todas partes insisten en poner sus vidas en las manos de los dioses, y de esa forma no se dan cuenta que el mundo les pertenece a ellos y nos a los dioses.

—Es verdad.

—Lo que hace que surja en mi mente una pregunta importante. ¿Qué es lo que significa exactamente a esta instancia, pertenecer al mundo? Obviamente, no estás diciendo que solo los cazadores pertenecen verdaderamente al mundo.

—Me alegra escuchar eso. Sin embargo si los Bosquimanos de África (Bushmen) o los Kapalo de Brasil (si es que queda alguno) quieren continuar viviendo de esa forma por los próximos diez millones de años, no entiendo porque esto no sería bueno para ellos y para el mundo.

—Es verdad. Pero eso no contesta mi pregunta ¿Cómo pueden las personas civilizadas pertenecer al mundo?

—Ismael movió su cabeza en lo que parecía una mezcla de impaciencia y exasperación.

—Lo civilizado no tiene nada que ver con eso. ¿Cómo pueden pertenecer al mundo las tarántulas? ¿Cómo pueden pertenecer al mundo los tiburones?

—No entiendo.

—Si miras a tu alrededor, verás unas criaturas que actúan como si el mundo les perteneciera y otras que actúan como si ellas pertenecieran al mundo. ¿Las puedes distinguir?

—Sí.

—Las criaturas que actúan como si pertenecieran al mundo siguen la ley que vela por la paz, y porque siguen esa ley, dan a las demás criaturas una oportunidad para desarrollar su propio potencial. Así es como surgió el hombre. Las criaturas que había alrededor del australopithecus no imaginaban que el mundo les perteneciese, por lo que le dejaron vivir y crecer. Entonces, ¿ser civilizado significa que tienes que destruir el mundo?

—No.

—¿Te incapacita el estar civilizado para dejar a las criaturas de tu alrededor un poco de espacio en el que vivir?

—No.

—¿Te incapacita para vivir tan inocentemente como los tibu-rones, tarántulas y serpientes de cascabel?

—No.

—¿Te incapacita para seguir una ley que hasta los caracoles y las lombrices siguen sin ninguna dificultad?

—No.

—Hace tiempo te dije que el asentamiento humano no va contra la ley, está sujeto a la ley, y lo mismo cabe decir de la civilización. Así pues, ¿cuál era exactamente tu pregunta?

—Pues ahora no lo se. Obviamente, pertenecer al mundo significa... pertenecer al mismo club que todo el mundo. Este club no es otra cosa que la comunidad de la vida. Y pertenecer a este club significa seguir las mismas normas que todo el mundo.

—Y sí ser "civilizado" realmente significa algo, debería signi-ficar que ustedes son los responsables del club, no sus hostigadores ni sus destructores.

—Cierto —asentí, y luego me descubrí parpadeando unos momentos—. Algo que dijiste hace un momento... sobre que nunca sabremos lo que los Dejadores de Europa o de Asia tenían en mente cuando los de mi cultura acudieron a aniquilarlos...

—¿Sí?

—Creo que, en los últimos años, se ha descubierto alguna información al respecto.

Ismael asintió con la cabeza, y afirmó:

—Si es reciente, es posible que yo no haya oído hablar de ella.

—Una arqueóloga llamada Riane Eisler ha escrito sobre una extensa sociedad agrícola de Dejadores que existió en Europa hasta que fue arrasada por los Tomadores hará unos cinco o seis mil años. Sólo que ella no los llama Dejadores y Tomadores, por supuesto. Yo no soy un experto en la materia, pero parece ser que la cultura que aniquilaron los Tomadores se basaba en la adoración a la diosa.

Ismael asintió nuevamente con la cabeza:

—Uno de mis estudiantes conocía el libro de que me hablas, pero no pudo explicar su importancia en los términos que tú lo has hecho. Se llama, creo, "El cáliz y la espada".

8

—Volviendo al tema de la esperanza... hoy en día tenemos una nueva razón para no perderla —sugirió Ismael.

—¿Cuál es?

—Cuando mis otros alumnos llegaban a este punto, todos decían: "Sí, sí, esto es maravilloso, pero la gente no va a abandonar el poder que tiene sobre el mundo. Sencillamente, es algo que no puede ocurrir. Nunca. Ni aunque pasen mil años". Y yo no tenía nada concreto que ofrecerles para alentar su esperanza. Pero ahora, sí.

Tardé medio minuto en descubrirlo.

—Supongo que te refieres a lo que ha ocurrido últimamente en la Unión Soviética y en la Europa del Este.

—Exactamente. Hace diez o veinte años, cualquiera que hubiera vaticinado el inminente desmantelamiento del marxismo desde arriba habría sido tachado de triste visionario, de estar loco de remate.

—Sí. Es cierto.

—Pero, cuando los habitantes de esos países se sintieron inspirados ante la posibilidad de un nuevo modo de vida, el desmantelamiento se produjo casi de la noche a la mañana.

—Ya sé lo que quieres decir. Hace cinco años, yo habría dicho que eso no se podría alcanzar, por muy inspirada que se sintiera la gente.

—¿Y ahora?

—Ahora cuesta trabajo imaginarlo y resulta bastante poco probable; pero, en honor a la verdad, no es del todo inimaginable.

9

—Tengo otra pregunta —agregué.

—Adelante.

—Tu anuncio decía: "Ha de tener verdadero deseo de salvar el mundo".

—¿Y bien?

—¿Qué hace uno con verdadero deseo de salvar el mundo?

Ismael me miró durante un buen rato a través de los barrotes con el ceño fruncido.

—¿Quieres un programa?

—Por supuesto que quiero un programa.

—Pues aquí tienes un programa: Hay que invertir el relato del Génesis. En primer lugar, Caín debe dejar de asesinar a Abel. Eso es esencial si queréis sobrevivir. Los Dejadores son la especie en peligro de extinción más importante, y no porque sean humanos sino porque sólo ellos pueden enseñar a los destructores del mundo que no hay una manera única de vivir. Y en segundo lugar, por supuesto, deben escupir el fruto de ese árbol prohibido.

Deben abandonar para siempre la idea de que pueden decidir quién debe vivir y quién morir en este planeta.

—Sí, esto lo veo claramente, pero es un programa para la humanidad en su conjunto, no un programa para mí. ¿Qué es lo que tengo que hacer yo?

—Lo que tienes que hacer es enseñar a cien personas lo que yo te he enseñado, y animar a cada una de ellas a que enseñen lo mismo a otras cien. Así se ha hecho siempre.

—Sí, pero... ¿bastará con eso?

Ismael frunció el ceño.

—Por supuesto que no. Pero, si empiezas de otra manera, no habrá ninguna esperanza. Los de tu cultura pueden decir: "Vamos a cambiar la manera de portarnos con el mundo, pero no vamos a cambiar la manera de ver el mundo, ni la manera de interpretar las intenciones divinas para con el mundo, ni la manera de concebir el destino del hombre". Mientras los de tu cultura estén convencidos de que el mundo les pertenece y que el destino del mundo es, por designio divino, ser conquistado y gobernado por ellos, seguirán actuando como han venido actuando durante los últimos diez mil años. Seguirán tratando el mundo como si fuera propiedad de los humanos y seguirán conquistándolo como si fuera un adversario más. No se pueden cambiar estas cosas con *leyes*. Hay que cambiar la *mentalidad* de la gente. Ni se puede erradicar un conjunto de ideas nefastas y dejar simplemente un vacío en su lugar. Hay que ofrecer a la gente algo que tenga mayor importancia que lo que pierde, algo que tenga más sentido que el viejo y espantoso Hombre Supremo, que borra del planeta lo que no sirve directa o indirectamente a sus necesidades.

Sacudí la cabeza.

—Lo que tú dices es que tiene que surgir alguien que sea para el mundo de hoy lo que fue san Pablo para el imperio romano, ¿no?

—Sí, básicamente. ¿Es eso tan intimidante?

Estas palabras me hicieron reír.

—Intimidante no es una palabra suficientemente fuerte. Llamarlo intimidante es como llamar charco al océano Atlántico.

—¿Es realmente tan imposible en una época en la que un cómico de televisión llega a más gente en diez minutos que Pablo en toda su vida?

—Yo no soy un cómico.

—Pero eres escritor, ¿no?

—No de ese tipo.

Ismael se encogió de hombros.

—Entonces eres un hombre con suerte: estás eximido de toda obligación. Auto-eximido.

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué esperabas aprender de mí? ¿Un encantamiento? ¿Una palabra mágica que acabara de un plumazo con toda la asquero-sidad reinante?

—No.

—Al final, se diría que no eres diferente de los que dices despreciar: tú quieres algo para ti solo. Algo que te haga sentirte mejor cuando notes que se acerca el fin.

—No, no es eso. Tú no me conoces muy bien. Yo siempre actúo así. Primero, digo: "No, no, eso es imposible; ni hablar; se acabó", pero luego sigo haciendo lo mismo.

Ismael me miró de arriba abajo, poco convencido.

—Una cosa que se que las personas me van a decir es ¿Estas sugiriendo que volvamos a ser cazadores recolectores?

—Por supuesto eso es una idea sin sentido, dijo Ismael. El estilo de vida de los Dejadores no se trata de cazar y recolectar, se trata de permitirle al resto de la comunidad que viva al igual que a los agricultores y que los cazadores recolectores. Se detuvo y movió su cabeza. Lo que he estado intentando hacer es mostrarte una nueva premisa de la historia del hombre. La vida de los Dejadores no es algo anticuado que está de vuelta. Tu deber no es volver sino alcanzar.

—Pero ¿a qué? No podemos dejar nuestra civilización de la forma que los Hohokam lo hicieron.

—Eso es verdad. Los Hohokam tenían otra forma de vida que los esperaba, pero tú tienes que ser ingenioso si es que para vos vale la pena. Si te importa sobrevivir.

Me miro con mirada apagada.

—Ustedes son personas ingeniosas, ¿no? Se enorgullecen de eso ¿no?

—Sí.

—Entonces inventen.

—No tuve en cuenta una pequeña cuestión, dijo Ismael, y luego dio un suspiro largo, como si se arrepintiese de haberlo recordado.

Esperé en silencio.

—Uno de mis estudiantes era un ex presidiario. Había sido atracador. ¿No te lo he contado?

Le dije que no.

—Aunque me cueste reconocerlo, nuestras charlas me resultaron más provechosas a mí que a él. Básicamente, aprendí de él que, en contra de la impresión que se saca de las películas carcelarias, los reclusos no forman una masa indiferenciada, ni mucho menos. Al igual que ocurre en el mundo exterior, hay ricos y pobres, poderosos y débiles. Y los ricos y los poderosos viven bastante bien en la cárcel, no tan bien como fuera, claro, pero mucho, mucho mejor que los pobres y los débiles. En realidad, pueden tener casi todo lo que desean en lo relativo a drogas, comida, sexo y servicios.

Lo miré con una ceja enarcada.

—Quieres saber a qué viene esto, ¿no? —preguntó con un movimiento de cabeza—. Pues tiene que ver con esto: El mundo de los Tomadores es una vasta prisión, y, salvo un puñado de Dejadores dispersos por los cuatro rincones del mundo, toda la raza humana se halla actualmente en el interior de esa cárcel. Durante el último siglo, todos los pueblos Dejadores de Norteamérica tuvieron que elegir entre ser exterminados o vivir prisioneros.

Muchos eligieron la prisión, pero pocos fueron realmente capaces de adaptarse a la vida carcelaria.

—Sí, he oído hablar de eso.

Ismael me miró con los ojos semi-entreabiertos y húmedos.

—Naturalmente, una cárcel bien administrada debe tener una industria carcelaria que funcione. Estoy seguro de que sabes por qué.

—Pues..., porque ayuda a mantener a los internos ocupados, supongo. Les hace olvidarse del aburrimiento y insignificancia de sus vidas.

—Sí. ¿Y qué es lo que hace la de ustedes?

—¿Te refieres a nuestra industria carcelaria? Pues así, de repente, no se me ocurre nada. Seguro que es algo insustancial.

—Bastante insustancial, sin duda.

Reflexioné un poco.

—Dejar el mundo agotado.

Ismael asintió con la cabeza.

—Acertaste a la primera.

11

—Hay una diferencia muy importante entre los reclusos de sus cárceles y los reclusos de su cárcel cultural: los primeros saben que el reparto de la riqueza y del poder dentro de la cárcel no tiene nada que ver con la justicia.

Estuve unos segundos parpadeando y luego le pedí que se explicara.

—En vuestra cárcel cultural, ¿quiénes son los que detentan el poder?

—Mmmm... Los reclusos varones. Especialmente los blancos.

—Sí, eso es cierto. Pero no olvides que estos reclusos blancos, son reclusos al fin y al cabo y no guardianes. Pese a su poder y a sus privilegios, pese a todo lo que se chulean en la cárcel, ninguno de ellos tiene una llave para salir de ella.

—Si es verdad. Donald Trump puede hacer muchas cosas que yo no puedo, pero no puede salir de la cárcel cultural. Pero ¿qué tiene que ver esto con la justicia?

—La justicia hace que los hombres blancos tengan poder dentro de la cárcel cultural.

—Si, entiendo. Pero ¿qué estás diciendo? ¿Eso no es verdad? —¿Verdad? Por supuesto que es verdad que los hombres como tú dices, especialmente los hombres blancos han tenido el poder dentro de la cárcel por miles de años, quizá incluso desde el principio. Por supuesto es verdad que esto esta redistribuido equitativamente. Sin embargo, se debe tener en cuenta que lo qué es indispensable para sobrevivir como raza no es la redistribución del poder y de la riqueza dentro de la cárcel sino la destrucción de la esa cárcel.

—Si entiendo eso, pero no creo que los demás lo entenderían.

—¿No?

—No. Entre los políticamente activos, la redistribución de poder y de riquezas es… No sé cómo llamarlo para que suene lo suficientemente fuerte. Una idea cuyo momento ha llegado. El santo grial.

—Sin embargo, escaparse de la cárcel de los Tomadores es algo que le concierne a toda la humanidad. Blancos, de color, hombres o mujeres, lo que la gente de esta cultura quiere es tener la mayor cantidad de poder y de riqueza que puedan dentro de la cárcel de los Tomadores. No es importante para nada que sea una cárcel y tampoco les importa un carajo que estén destruyendo al mundo. Ismael encogió los hombros. El mismo pesimista de siempre.

—Quizá tengas razón. Espero que estés equivocado.

—Yo también espero estar equivocado, créeme.

A pesar de que solo habíamos hablado una hora, Ismael se veía exhausto. Hice el amague de irme, pero evidentemente él está pensando en otra cosa. Hasta que al fin levanto la mirada y dijo: Te das cuenta que he

terminado contigo. Sentí como si me clavaran un cuchillo en el estómago. Ismael cerró los ojos por un momento. —Perdóname. Estoy cansado y no me siento bien. No quería que sucediera de esta manera.

No le pude contestar nada, lo único que logre hacer fue inclinar la cabeza.

—Termine de hacer lo que tenía planeado hacer. Como profesor, no tengo nada más que enseñarte. Sin embargo, me gustaría tenerte como un amigo.

Una vez mas no pude hacer nada más que inclinar la cabeza.

Ismael encogió los hombros y miro a su alrededor con una mirada confusa, como si se hubiese olvidado donde estaba. Luego echó la cabeza hacia atrás y estornudó estruendosamente.

—Escúchame —alcancé a decirle mientras me incorporaba—. Volveré mañana.

El me dirigió una mirada prolongada, oscura. Sin duda se estaba preguntando qué demonios esperaba yo de él; pero estaba demasiado cansado para hacerme la pregunta. Se despidió con un gruñido y un gesto afirmativo de la cabeza.

Capítulo
TRECE

1

Aquella noche, antes de caer dormido en mi cama del motel, perfilé mi plan. Era un plan malo, yo lo sabía, pero no se me ocurría otro mejor. Le gustara o no a Ismael (yo sabía que no), tenía que rescatarlo de aquella feria de mala muerte.

Mi plan era malo en cuanto que dependía enteramente de mí y de mis escasos recursos. No me quedaba más que una carta, y, si la enseñaba, me daba la espina de que iba a ser una carta algo mal hecha.

A las nueve de la mañana del día siguiente, mientras entraba en una pequeña población situada a mitad de camino con la espe-ranza de encontrar algún lugar donde desayunar, vi encenderse en el salpicadero el piloto de la temperatura, lo que me obligó a parar el coche. Abrí el capó y comprobé el aceite: normal. Comprobé el depósito del agua: seco. Bueno, no importaba demasiado: como conductor prevenido que soy, llevo siempre un bidón lleno de agua en el maletero. Llené el depósito, arranqué y, dos minutos después, volvió a encenderse la luz roja. Me dirigí a una estación de servicio que tenía un taller al lado, pero no había nadie en aquel momento. No obstante, el de

la gasolinera, que sabía de coches treinta veces más que yo, aceptó echarle un vistazo.

—No funciona el ventilador del radiador —me comunicó unos quince segundos después. Me lo enseñó y me explicó que eso suele ocurrir cuando se circula mucho por ciudad.

—¿No podría ser un fusible fundido?

—Podría —asintió, pero descartó esta posibilidad al poner uno nuevo y ver que todo seguía igual—. Voy a ver una cosa —me dijo mientras empuñaba un detector en forma de bolígrafo para comprobar la clavija que conectaba el ventilador al sistema eléctrico—. Le llega corriente al ventilador —me dijo—, así que debe ser el mismo ventilador lo que se ha estropeado.

—¿Dónde puedo conseguir uno nuevo?

—No en este pueblo. Es sábado, ya sabe.

Le pregunté si podía seguir hasta mi casa tal y como estaba el coche.

—Creo que sí —contestó—, si no tiene que atravesar mucha ciudad hasta llegar a su casa. Ah, y pare el coche para que se enfríe el motor cada vez que se encienda el piloto.

Volví a casa hacia las doce del mediodía y dejé el coche en un taller de guardia, pese a que me aseguraron que no lo mirarían antes del lunes por la mañana. Sólo tenía un recado que hacer, que no era otro que acudir a un pequeño y bonito cajero automático para sacar todo el dinero de que disponía: cuenta corriente, ahorros, tarjetas de crédito. Volví a mi apartamento con dos mil doscientos dólares, pero, al margen de esa cantidad, estaba completamente pelado.

No quería pensar en los problemas subsiguientes, que eran de por sí bastante gordos. ¿Cómo sacar a un gorila que pesa media tonelada de una jaula que él no quiere abandonar?

¿Cómo meter a un gorila que pesa media tonelada en el asiento trasero de un coche que se para cada dos por tres? Pero, sobre todo ¿puede moverse un coche con un gorila que pesa media tonelada en el asiento trasero?

Como se puede ver, yo soy de los que afrontan los problemas según llegan. Un improvisador. Primero haría lo que fuera para acomodar a Ismael en el asiento trasero de mi coche y luego ya se me ocurriría algo. Y, si conseguía llevarlo hasta mi apartamento, ya vería lo que hacía después. Mi experiencia me dice que nunca conoces realmente el alcance de un problema hasta que no lo tienes delante.

2

Me llamaron el lunes a las nueve de la mañana para decirme lo que tenía el coche. El ventilador se había estropeado porque se había forzado demasiado; y se había forzado demasiado porque el dichoso circuito de refrigeración se había estropeado. La repa-ración necesitaba mucho trabajo, a unos seiscientos dólares la hora. Refunfuñé y les dije que... adelante. Me contestaron que proba-blemente estaría listo por la tarde, y que ya me llamarían. Yo les dije que no me llamaran, que iría personalmente a recogerlo en cuanto pudiera. En realidad, yo lo había dado por perdido: no podía pagar la reparación, y lo más probable es que ya no pudiera transportar a Ismael.

Alquilé una furgoneta.

Se preguntarán ustedes cómo diablos no se me había ocurrido antes aquella idea. La respuesta es: sencillamente, porque no se me había ocurrido. Yo soy un poco lento de reflejos, ¿vale? Estoy acostumbrado a hacer las cosas de una manera determinada, y entre ellas no figura el alquiler de furgonetas.

Dos horas después, mientras entraba en el recinto de la feria, exclamé:

—¡Mierda! La feria se había ido a otra parte.

Algo, tal vez una premonición, me hizo salir a echar un vistazo. El solar parecía demasiado pequeño para haber contenido diecinueve atracciones, veinticuatro casetas y una carpa. Me pregunté si lograría encontrar el

emplazamiento de la jaula de Ismael sin ayuda. Mis pies me llevaron solos cerca de allí, y mis ojos hicieron el resto, pues *había* un rastro inconfundible: las mantas que le había llevado formaban un montón desordenado junto con otras cosas, que también reconocí: algunos libros suyos, un bloc donde aún se veían los mapas y diagramas que había hecho para ilustrar los relatos de Caín y Abel, de los Dejadores y los Tomadores, y el póster de su despacho, ahora enrollado y sujeto con una goma.

Mientras revolvía azoradamente cuanto me encontraba, apareció el viejo al que había sobornado varias veces. Esbozó una sonrisa de conejo y sostuvo en el aire una bolsa de plástico negro para mostrarme lo que estaba haciendo: recoger parte de los cientos de kilos de basura que había dejado la feria a su paso. Luego, al ver el montoncito que había a mis pies, levantó los ojos y dijo:

—Ha sido la neumonía.

—¿Qué?

—Tu amigo el gorila se enfermo de neumonía. Me quede ahí mirándolo, sin poder entender qué era lo que me quería decir. El veterinario vino el sábado y lo lleno de cosas pero era demasiado tarde. Murió esta mañana alrededor de las siete u ocho, supongo.

—¿Me estás diciendo que el está…. muerto?

Esta muerto. Y yo, un egoísta total, casi ni me había dado cuenta que estaba un poco pálido. Mire el vasto terreno gris, en donde el viento levantaba los papeles de aquí para allá y algunas veces los hacia caer, y encontré uno vacío sin usar, tapado de polvo, un baldío. Mi viejo amigo esperó, interesado en escuchar que iba a decir luego este amigo de los gorilas.

—Le pregunte que habían hecho con el.

—¿Cómo?.

—¿Qué hicieron con el cuerpo?.

—Ah. Supongo que llamaron al condado. Se lo llevaron a donde creman

a los muertos en accidentes de tránsito. ¿Viste?

—Ah si. Gracias.

—No te preocupes.

—¿Está bien si me llevo estas cosas? Por la forma en que me miro me di cuenta que el pensaba que estaba loco.

—Claro, ¿cómo no? De todos modos, todo va a ir a la basura.

Dejé las mantas, naturalmente, pero el resto me lo llevé bajo el brazo.

3

—¿Qué iba a hacer? ¿Pasar unos minutos con la mirada gacha junto al horno municipal donde queman a los animales atrope-llados? Otra persona habría actuado de manera diferente, probablemente mejor, demostrando un corazón más grande, una sensibilidad mayor. Yo me volví a casa.

Devolví la furgoneta, recogí el coche y volví a mi aparta-mento. Estaba extrañamente vacío, como un grado más vacío.

En una esquina de la mesa había un teléfono que me conec-taba con un mundo lleno de vida y actividad; pero ¿a quién iba a llamar?

Curiosamente, se me ocurrió una persona, busqué su número y lo marqué. Tres tonos después, contestó una voz suave pero firme.

—Residencia de la señora Sokolow.

—¿Es el señor Partridge?

—Sí, el mismo.

—Soy el chico que le hizo una visita hace un par de semanas, intentando localizar a Raquel Sokolow.

Partridge esperó.

Le comuniqué:

—Ismael ha muerto.

Una pausa.

—Lamento oír esa noticia.

—Podríamos haberlo salvado.

Partridge hizo otra pausa, pensando en la respuesta.

—¿Está seguro de que nos habría dejado?

No lo estaba, y se lo dije.

4

Hasta que no llevé el póster de Ismael a una tienda de cuadros no descubrí que se hallaba escrito por ambos lados. Lo mandé enmarcar de manera que se pudieran ver los dos. El mensaje que había en uno de los lados era el que yo había visto en la pared del cuarto de Ismael:

DESAPARECIDO EL HOMBRE,
¿HAY ESPERANZA PARA EL GORILA?

El mensaje que había en el otro lado rezaba:

DESAPARECIDO EL GORILA,
¿HAY ESPERANZA PARA EL HOMBRE?

…el mundo no le pertenece al hombre,

el hombre le pertenece al mundo…